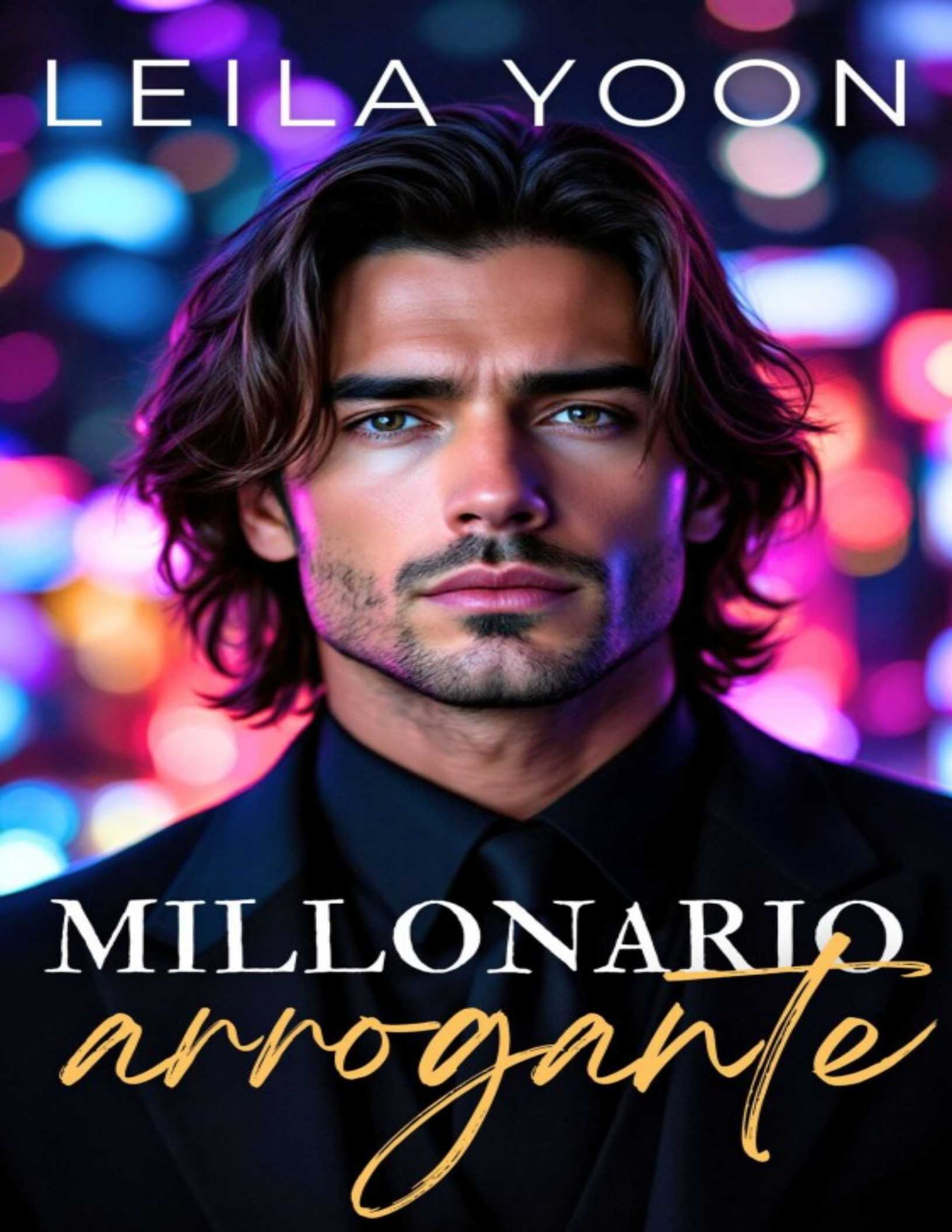
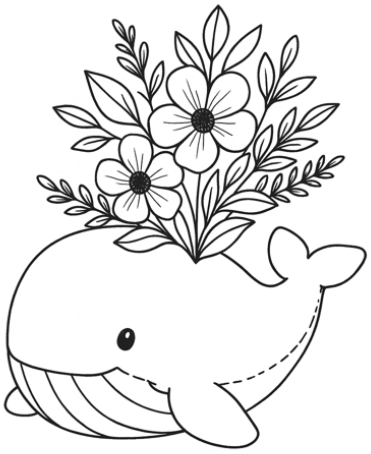

LEILA YOON
MILLONARIO
arrogante

Millonario arrogante



LEILA YOON

Serie Herederos millonarios de Manhattan #2

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2025 Leila Yoon.

ÍNDICE

ALGUIEN QUE TE HAGA SENTIR SEGURA

EL HEREDERO MÁS ESCANDALOSO DE MANHATTAN

¿MAESTRO… SEXUAL?

QUIERO QUE SEAS TÚ ESA PERSONA

BEBERSE LOS PROBLEMAS

COMO JAMIE FRASER

CONDENADO

SIN VUELTA ATRÁS

ALGO QUE SE CONSTRUYE Y SE SABOREA

BESAR CON LENGUA ES (IN)NECESARIO

TOCAR EL NIRVANA CON LOS LABIOS

TODO CONTROLADO

PROBLEMAS MUNDANOS

PODEROSA

SUFICIENTE

UN CHANTAJE DELICIOSO

LOS MORETTI

LA GRAN RECOMPENSA

UNA REVELACIÓN QUE DEJA SIN AIRE

¿SOLO AMIGOS?

AUNQUE SEA TU FAMILIA, NO ES TOLERABLE

UNA LECCIÓN INOLVIDABLE

HECHA PEDAZOS

FIN DEL EXPERIMENTO

INTOXICACIÓN POR EXPOSICIÓN

UNA SALIDA POSIBLE

¿DÓNDE ESTÁ RILEY?

LLÉVAME CONTIGO

EN CASA

UN SECRETO IMPACTANTE

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

SINOPSIS

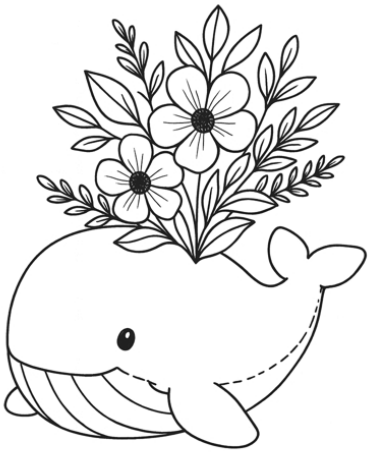
MIS NOVELAS

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

1

Riley

ALGUIEN QUE TE HAGA SENTIR SEGURA



Estaba en el laboratorio de la universidad, registrando las variaciones en los cantos de las ballenas jorobadas.

A mi alrededor, el zumbido constante de los equipos y el aroma persistente del café componían la rutina de cada mañana.

Para mí, aquel lugar era mucho más que un trabajo.

Era mi refugio.

El único sitio donde todo parecía tener sentido.

—¿Ya ha llegado la temporada de apareamiento? —preguntó Sue, una de mis compañeras del laboratorio y también mi mejor amiga.

Se colocó a mi lado con una sonrisa traviesa, echando un vistazo a los espectrogramas y a mis anotaciones.

—Hay unas variaciones en el canto que podrían indicar que sí —respondí, sin apartar la vista de la pantalla—. Pero aún es pronto para asegurarlo. Necesitamos más registros para confirmarlo.

Las ballenas jorobadas solo tienen una temporada de apareamiento al año. Uno de mis trabajos era descifrar sus cantos y detectar exactamente cuándo comenzaba.

Conseguir aquel puesto en la Universidad de Columbia había sido un sueño hecho realidad. Desde niña había soñado con trabajar con ballenas.

Y ahora, por fin, lo estaba haciendo.

Solo salía al mar un par de veces al año para participar en las expediciones.

El resto del tiempo lo dedicaba al laboratorio, analizando los sonidos que llegaban desde los hidrófonos instalados en las zonas de migración.

—Si lo pienso bien, mi vida sexual es un poco como la de las ballenas —dijo Sue, apoyándose sobre la mesa con un suspiro—. Hará un año que no veo a Haruto.

—Es verdad.

—Por suerte, en un mes volveré a embarcarme con él. Tres semanas en alta mar, los dos juntos. Sin horarios. Sin conexiones fallidas. Solo el barco, las ballenas y nosotros.

Sue conoció a Haruto en una de esas expediciones anuales en alta mar.

Él era japonés y trabajaba como biólogo marino.

Se enamoraron rápido y con intensidad. Pero ella tuvo que volver a Nueva York y él se quedó en el barco, siguiendo a las ballenas.

Desde entonces apenas se habían visto.

Una vez al año, como mucho.

Hablaban por videollamada siempre que podían, aunque las diferencias horarias y las malas conexiones en alta mar no lo ponían fácil.

Y aun así, seguían juntos.

Yo envidiaba lo que tenían. Porque mis relaciones apestaban. Casi siempre.

Tenía una especie de imán para hombres emocionalmente inaccesibles, narcisistas patológicos o con un eterno síndrome de Peter Pan que les impedía crecer de una vez por todas.

Siempre acababa en el mismo punto: decepcionada, frustrada y con la sensación de que el problema era yo.

Aunque en ese momento de mi vida, tenía esperanzas.

Hacía tres semanas que estaba conociendo a un chico.

Se llamaba Shane, y hasta ahora todo parecía ir bien. Era simpático, fácil de tratar, y nuestras conversaciones fluían sin esfuerzo.

No era perfecto, pero después de tantos fracasos, bastaba con que no pareciera un desastre para que yo quisiera darle una oportunidad.

Meec. Craso error.

Justo entonces, la realidad llegó en forma de vibración en el bolsillo de mi bata.

Era un mensaje de móvil dispuesto a recordarme que, cuando se trataba de hombres, mi intuición solía ser un chiste.

SHANE

Ey, Riley. Lo siento, pero creo que no deberíamos seguir viéndonos. Supongo que tú también notaste ayer que las cosas entre nosotros no fluían como deberían. No es culpa tuya, simplemente la química es impredecible. Espero que te vaya todo muy bien. Eres una chica genial. Hasta siempre.

Fue como una patada en el estómago.

¿Shane acababa de darme calabazas? ¿Y por mensaje?

El rubor me subió a las mejillas, calentándome la piel que siempre se empeñaba en estar tan pálida como el papel de mis espectrogramas.

Recordé la noche anterior.

Después de unas cuantas citas, había accedido a pasar la noche con él. Y bueno… quizá no hubo fuegos artificiales. Pero no le di importancia.

Conmigo el sexo siempre era un poco así: correcto, funcional, nada espectacular.

Me convencía de que no pasaba nada, de que era normal, de que no tenía por qué ser de película.

Pero tarde o temprano ellos se daban cuenta. Siempre se daban cuenta.

Y entonces venía la misma excusa de manual: no es culpa tuya, la química es impredecible.

Me mordí el labio, luchando contra la punzada en el pecho.

—Ry, ¿estás bien? —La voz de Sue me sacó de mis pensamientos. Se inclinó hacia mí, y sus rizos oscuros y perfumados cayeron como una cortina entre nosotras.

Siempre había sentido fascinación por su cabello rebelde, en contraste con el mío, castaño claro y tan liso que se me escapaba de los recogidos.

—No —admití, con un nudo en la garganta—. Shane me ha dejado.

Las lágrimas me aguaron los ojos y guardé el móvil en el bolsillo.

—¿Qué? —Sue abrió sus ojos, del color del ámbar oscuro, como platos—. Pero si dijiste que las cosas entre vosotros iban bien.

—E iban bien… —Tragué saliva, intentando mantener la voz firme—. Pero ayer… —Me interrumpí, bajando la mirada. El calor me subió a las mejillas—. Ayer fue la primera vez que dormimos juntos.

No necesité decir mucho más. Sue entendió de inmediato.

—Oh, Riley…

—¿Qué hago mal? —susurré—. Todos los hombres con los que estoy se encargan de recordarme que soy horrible en el sexo. Siempre es lo mismo. Por mucho que lo intente, no consigo relajarme. —Bajé la voz, avergonzada, como si confesarlo en alto lo hiciera aún peor—. Una vez, un tipo me llamó témpano de hielo. Porque no consiguió que me corriera, por mucho que lo intentó. ¿Y si soy frígida?

—Eh, para —me pidió Sue de inmediato, con una seriedad que pocas veces le había visto—. No vuelvas a llamarte así ni en broma. No eres frígida, Riley. Lo que eres es una mujer que no ha encontrado a la persona adecuada para hacerte sentir cómoda. Y eso no es culpa tuya.

—¿Y si nunca encuentro a esa persona? Quizás estoy destinada a estar sola. Yo y mi vibrador.

Sue soltó una carcajada, lo bastante alta como para que alguno de los becarios del fondo girara la cabeza.

—Bueno, al menos tu vibrador nunca te va a fallar —respondió con una sonrisa pícara.

—No es gracioso.

—No lo es, pero creo que te estás obsesionando. Lo único que necesitas es encontrar a alguien en quien confíes de verdad y que te permita relajarte, soltar el control y simplemente disfrutar. Como lo haces con tu vibrador. El problema es que todas tus experiencias hasta ahora han sido decepcionantes. Es normal que vayas en tensión cada vez que lo intentas.

Tenía razón.

Todas mis relaciones sexuales pasadas habían sido… un despropósito.

La primera, con mi novio del instituto, había terminado antes de empezar: nervios, prisas y cero magia.

Después vinieron un par de intentos igual de torpes, chicos que parecían más pendientes de ellos mismos que de mí.

Y a partir de ahí, una sucesión de decepciones que solo reforzaban la idea de que el problema era yo.

—La clave es romper la mala racha. Conocer a un tipo con el que no tengas que fingir, que te haga sentir segura y con quien puedas soltar todas esas malditas inseguridades y practicar. Una especie de maestro sexual —prosiguió Sue.

La miré alzando una ceja.

—¿Insinúas que contrate a un gigoló?

—No seas tonta —Rio—. No hablo de eso. Hablo de alguien de verdad, alguien con quien tengas confianza.

—Claro, porque esos aparecen todos los días en la puerta del laboratorio —repliqué con sarcasmo.

—No digo que sea fácil, Ry. Pero tiene que ser alguien con quien ya tengas esa base. Un tipo que te conozca, que no te juzgue. Alguien con quien no te dé vergüenza equivocarte. Una especie de maestro sexual que te ayude a soltar los miedos y a descubrir que puedes disfrutar de verdad.

Me quedé en silencio, con el bolígrafo entre los dedos, golpeando suavemente contra la mesa.

No quería admitirlo, pero la idea no era del todo absurda.

El problema era que no tenía a nadie en mente.

Nadie que encajara con esa descripción.

A no ser que…

Negué con la cabeza, espantando la imagen mental que se había formado sin permiso.

No. Ni hablar.

Él no podía ser la respuesta a mis problemas.

Por mucho que fuera mi mejor amigo, que siempre hubiera estado ahí para mí y que me conociera mejor que nadie, Leo Moretti no podía entrar en esa ecuación.

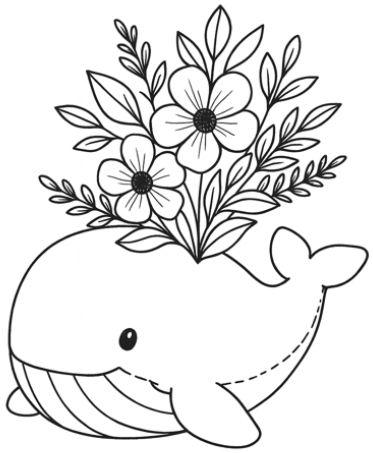
Ni en broma.

¿O quizás sí?

2

Leo

EL HEREDERO MÁS ESCANDALOSO DE MANHATTAN



El vapor llenaba la sauna del *Luxury*, uno de los hoteles que algún día serían míos.

Me gustaba ese lugar: la madera cálida, el silencio interrumpido solo por el siseo del vapor… y la certeza de que, tarde o temprano, siempre habría alguien que no podría resistirse a mí.

Como la chica que me miraba desde el otro lado de la sala.

Tenía la toalla húmeda pegada al cuerpo y los labios entreabiertos.

Apenas bastó con sostenerle la mirada un par de segundos para que se acercara a mí.

Resultaba así de fácil la mayoría de las veces.

Era el encanto de ser Leo Moretti: magnetismo puro, un sex appeal que funcionaba como un imán para las mujeres.

Se sentó a mi lado. Su respiración se aceleró antes incluso de que yo moviera un dedo.

Y en cuestión de segundos me estaba besando, sentada en mi regazo, con su lengua enredada en la mía y su culo presionando mi polla a través de la toalla.

Solté una risa ronca contra su boca y la sujeté de las caderas, guiándola para que se frotara con más fuerza contra mí.

El vapor se mezcló con el calor de su piel y con mis ganas de tomarla allí mismo.

Mi toalla cayó, la suya también, y en un parpadeo me la encontré de rodillas entre mis piernas.

Me la chupaba con la entrega desesperada de quien quiere complacer.

Cerré los ojos, apoyando la cabeza contra la madera caliente y dejé escapar un gruñido bajo.

Sus labios se deslizaban arriba y abajo con ansia, mientras su lengua lamía cada centímetro.

—Eso es… buena chica —murmuré, enterrando los dedos en su pelo húmedo, marcando el ritmo como a mí me gustaba.

Estaba a punto de correrme, pero no tenía ninguna intención de hacerlo tan pronto.

La levanté de golpe, la giré y la empotré contra los bancos de madera. Su espalda chocó con la superficie ardiente y dejó escapar un gemido.

Yo sonreí.

Siempre llevaba lo necesario conmigo.

En la pequeña bandolera que había dejado junto a la puerta de la sauna guardaba mi móvil, la cartera… y un par de condones.

Costumbre adquirida.

Con un gesto rápido, lo saqué, lo desenrollé sobre mi polla y la penetré de una embestida.

Ella se arqueó contra mí, jadeando, mientras yo me movía dentro de su cuerpo con fuerza. Marcaba un ritmo que no dejaba lugar a dudas de quién mandaba allí.

Cada embestida hacía que sus uñas se hundieran en la madera y su voz se quebrara en un gemido ahogado.

—Joder… —susurró, perdiéndose en la cadencia que le imponía.

Sonreí contra su piel, acelerando el ritmo, sujetándola fuerte de las caderas para no darle respiro.

Me encantaba sentir cómo perdía el control. Escuchar sus jadeos cada vez más altos. Notar cómo sus piernas se tensaban y sus músculos se apretaban alrededor de mí.

—Eso es… córrete para mí —le ordené con la voz ronca.

Y lo hizo.

Su cuerpo se arqueó de golpe, convulsionando contra los bancos de madera mientras gritaba.

La sensación de tenerla deshaciéndose alrededor de mi polla me arrastró con ella.

Y no tardé en correrme con un gruñido profundo, hundiéndome hasta el fondo mientras el placer me recorría como un incendio.

Durante unos segundos, solo se escuchó nuestra respiración entrecortada y el siseo constante del vapor.

Me separé despacio, me quité el preservativo con un gesto mecánico y me até de nuevo la toalla a la cintura.

Ella se dejó caer sobre el banco, exhausta, aún temblando.

Yo, en cambio, crucé la sauna con una sonrisa satisfecha, como si aquello no hubiera sido más que un calentamiento de rutina.

Una ducha fría más tarde, mi reflejo en el espejo me devolvió esa sonrisa arrogante que tanto me gustaba. La de un hombre que nunca falla, que siempre consigue lo que quiere.

No era la primera vez que una mujer se lanzaba sobre mí con el único propósito de sentirme dentro.

Ni sería la última.

Estaban dispuestas a todo con tal de probarme, como si yo fuera un capricho inevitable. Y yo, generoso como era, solía concederles el deseo.

Me puse el pantalón de lino oscuro y la camisa blanca recién planchada que había dejado preparada en la taquilla.

Abotoné los puños, me coloqué el cinturón de piel italiana y el reloj suizo en la muñeca. El traje de chaqueta lo llevé en la mano, por si más tarde lo necesitaba.

Cogí mi bandolera de piel y salí de los vestuarios con paso relajado.

La sensación era siempre la misma: satisfacción, poder, una certeza que me recorría por dentro como un chute de adrenalina.

Tenía el mundo a mis pies y lo sabía.

Pero en cuanto crucé el vestíbulo del Luxury, mi sonrisa se congeló.

Allí estaba él.

Giovanni Moretti. Mi abuelo. Impecable en su traje gris a medida, apoyado en el bastón de caoba, con esa mirada de hielo que lograba atravesarme aunque llevara toda una vida fingiendo que no me afectaba.

—A mi despacho. Ahora —dijo sin levantar la voz.

Lo seguí hasta la última planta, aquella a la que solo se podía acceder con un pase especial.

Era una zona privada, inaccesible para los huéspedes, donde se encontraban las oficinas centrales de la cadena de hoteles de lujo.

Además de las oficinas, allí estaban las viviendas de mis abuelos y de mis padres. Y, si algún día yo lo decidía, también podría tener la mía. Por ahora, prefería vivir en una de las suites del hotel.

Mi abuelo me condujo hasta su despacho.

Ni siquiera me ofreció asiento.

Se limitó a quedarse de pie frente a mí, apoyado en su bastón, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en mí como cuchillas.

—Estoy harto de tus escándalos, Leo —dijo al fin, con esa voz grave que nunca necesitaba subir de tono para imponer respeto—. Tu vida de mujeriego y vividor ha pasado de ser un capricho tolerable a una vergüenza para este apellido.

Fruncí el ceño, apretando los puños en los bolsillos del pantalón.

—¿Y a qué viene ahora el sermón?

El abuelo avanzó con paso lento hasta su escritorio de caoba. Abrió el cajón superior y sacó un periódico doblado.

Me lo tiró encima con un gesto seco.

Lo miré.

Era un ejemplar de un diario sensacionalista.

En la portada, una foto mía ocupaba media página: yo, saliendo de un club privado de Manhattan, con dos mujeres colgadas de mis brazos. Una de ellas me besaba en la mandíbula mientras la otra me

metía la mano por dentro de la camisa, riéndose con una copa en la otra mano.

El titular era tan amarillista como siempre:

EL HEREDERO MÁS ESCANDALOSO DE NUEVA YORK: LAS NOCHES SIN FIN DE LEO MORETTI

Debajo, un subtítulo aún más venenoso:

Fuentes cercanas afirman que el nieto del magnate Giovanni Moretti puede gastar en una sola noche de champán y escorts de lujo lo mismo que costaría mantener durante un mes el personal de uno de los hoteles de la cadena.

El estómago se me tensó de rabia.

Rabia porque el maldito fotógrafo había tenido la puntería de captar justo ese instante y porque los buitres de la prensa sabían exactamente cómo retorcerlo.

Levanté la vista hacia mi abuelo, que me observaba con el ceño fruncido y los labios apretados en una línea de hierro.

—Eso es mentira, abuelo, esas mujeres no eran escorts.

Giovanni apoyó con fuerza el bastón contra el suelo, inclinándose un poco hacia mí.

—¿Y crees que eso lo hace mejor? —su voz sonó grave, cargada de desprecio—. Lo que ven los demás no son matices, Leo. Lo que ven es a un Moretti con la bragueta desabrochada y dos mujeres colgadas de su cuello como si fueras un heredero caprichoso cuya única ambición en la vida fuera gastar dinero y ensuciar el apellido.

—Salimos de un club, nada más. Es una jodida foto fuera de contexto. —Me pasé una mano por el pelo, exasperado—. No hice nada que no hagan otros de mi edad.

—Otros de tu edad no van a heredar un imperio —replicó con frialdad, sin apartar la mirada—. Otros de tu edad no llevan sobre los hombros el apellido Moretti.

Golpeó el suelo con el bastón, seco, como un martillazo.

—Por eso he tomado una decisión. —Su voz se endureció aún más—. No verás ni un dólar de tu fideicomiso hasta que me demuestres que puedes ser algo más que un playboy de tabloide.

Sentí que la sangre me hervía en las venas. Iba a heredar ese monto en unos meses, cuando cumpliera los treinta.

—¿Qué? Ese dinero es mío, abuelo. Llevaba meses trabajando en un proyecto. Un nuevo hotel, innovador, diferente a todo lo que tenemos. ¿Pretendes que lo deje a medias?

Giovanni se inclinó hacia delante, clavando en mí esos ojos oscuros y despiadados.

—Ese dinero no es tuyo, Leo. Es un legado. Y hasta ahora lo único que has demostrado es que no estás preparado para administrarlo.

—No tienes derecho… —gruñí, con la mandíbula tensa.

—Tengo todo el derecho —me interrumpió con voz cortante—. Porque sin mí, sin este apellido, tú no eres nada.

Sus palabras me atravesaron como una daga afilada.

Cerré los puños, conteniendo las ganas de estrellar algo contra la pared.

El abuelo continuó:

—Quiero que me demuestres que puedes comportarte como un Moretti íntegro. Yo levanté este imperio desde la nada, con mis propias manos, mientras tu abuela se deslomaba trabajando para que no faltara pan en la mesa. Y tu padre, con todos sus defectos, nunca permitió que se mancillara el apellido. ¿Y tú, Leo? ¿Qué has hecho para honrarlo?

No respondí. El abuelo golpeó el suelo con el bastón una vez más y el eco reverberó en la sala.

—La familia es lo primero, Leo. Sin ella, no somos nada. Y mientras no lo entiendas, no tendrás ni un centavo de ese fideicomiso. Tienes hasta tu cumpleaños para demostrarme que eres capaz de comportarte como un Moretti. Si no lo haces, ese dinero quedará bloqueado para siempre.

Se acomodó en el sillón y me señaló la puerta con un gesto seco.

—Ahora márchate.

Apreté la mandíbula hasta que me dolió, pero no dije nada. Cogí mi bandolera y salí de la suite, cerrando la puerta tras de mí con un golpe contenido.

En el pasillo, el aire me pareció más pesado que el vapor de la sauna.

Caminé despacio, con el corazón bombeando rabia en cada latido, consciente del follón en el que me acababa de meter.

Tenía un proyecto a medias, un imperio esperando, y un maldito reloj de arena corriendo en mi contra.

¿Lo peor?

Que tenía que cambiar la imagen que el abuelo tenía sobre mí y no tenía ni idea de por dónde empezar.

Yo no era un santo, ni pretendía serlo.

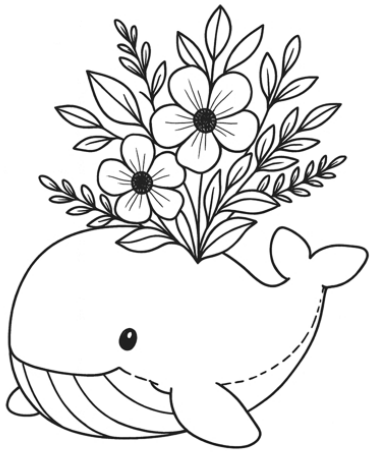
Pero si no movía ficha, si no encontraba la forma de demostrarle que podía ser más que el heredero fiestero de los titulares, mi proyecto iba a quedarse en nada.

Y esa, joder, no era una opción.

3

Leo

¿MAESTRO… SEXUAL?



El coche se deslizó por las calles del Upper West Side mientras el eco de las palabras de mi abuelo seguía martilleándome en la cabeza.

«Demuestra que eres un Moretti íntegro.»

Yo era Leo Moretti. El heredero rebelde que disfrutaba del sexo sin compromisos, las fiestas sin remordimientos y el lujo sin pedir disculpas. Ese era yo.

Y sin embargo, ahí estaba, con un ultimátum colgado del cuello como una soga.

Apreté el volante y solté un bufido.

Si había una persona capaz de hacerme olvidar la mierda de sermón que me había echado el abuelo, esa persona, era Riley, mi mejor amiga.

La conocía desde que éramos críos.

Unos idiotas del colegio se metieron con ella por ser una friki de las ballenas. ¿Qué hice yo? Meterme en medio y defenderla. Esos niños terminaron con dos ojos morados y yo con una semana de castigo.

Valió la pena. Desde entonces, Riley se convirtió en mi sombra, y yo en el tipo que se aseguraba de que nadie volviera a meterse con ella.

La gente no entendía nuestra amistad, porque éramos polos opuestos.

Ella, la friki de las ballenas, la niña aplicada que sacaba matrículas y soñaba con estudiar en Columbia.

Yo, el cabrón arrogante que nunca sabía estarse quieto, que coleccionaba líos y castigos como medallas.

Pero funcionábamos. Encajábamos.

Con ella no necesitaba fingir nada. Ni ser el nieto del magnate, ni el heredero de un imperio hotelero, ni el hombre que todo el mundo esperaba que fuera.

Con Riley era… yo. Y punto.

Aparqué frente a su edificio y crucé el vestíbulo, saludando al portero con un gesto automático.

Subí en el ascensor hasta su planta y, cuando las puertas se abrieron, avancé por el pasillo hasta su puerta.

Toqué el timbre y esperé.

La puerta se abrió y allí estaba ella.

Tenía cara cansada, eso lo noté de refilón, pero mi cabeza seguía dando vueltas al maldito sermón del abuelo, así que no me detuve a analizarla.

Entré sin pedir permiso, como siempre.

El apartamento de Riley era inconfundible.

Cada rincón estaba plagado de ballenas: peluches apilados en el sofá, ilustraciones enmarcadas en las paredes, tazas con dibujos marinos en la mesa de café y hasta un móvil colgante de origami azul y gris sobre la ventana.

Aquello podía parecer infantil para cualquiera, pero a mí me resultaba tan «Riley» que me habría parecido extraño verla vivir en un sitio sin ese océano en miniatura.

—Necesito una copa —solté, dejándome caer en el sofá como si fuera mi casa—. El abuelo ha decidido que mi vida es un circo y que no me dará ni un céntimo de mi fideicomiso hasta que le demuestre que soy un Moretti «íntegro». Lo que coño signifique eso.

Me pasé una mano por el pelo, exasperado, mientras ella cerraba la puerta detrás de mí.

—¿Te lo imaginas? ¿Yo, ejemplo de integridad? —Proseguí—. Está chalado si cree que voy a pasarme los próximos meses fingiendo que soy un santo.

—Creo que necesito más contexto —respondió Riley, arqueando una ceja mientras se cruzaba de brazos y se dejaba caer a mi lado en el sofá—. ¿Tu abuelo no quiere darte el fideicomiso? ¿Quiere que demuestres integridad?

Bufé, hundiéndome más en el sofá.

—Ha salido un nuevo reportaje mío en uno de esos periódicos sensacionalistas y el abuelo ha puesto el grito en el cielo. Una jodida foto en la que se me ve con dos mujeres al lado, riendo, y de repente me convierten en el heredero más decadente de Manhattan. —Chasqueé la lengua, con una risa seca—. Según él, mi vida de mujeriego es una vergüenza para el apellido Moretti.

—Bueno… —Riley ladeó la cabeza—. Admitámoslo, Leo, lo tuyo no es precisamente bajo perfil.

—Oh, venga ya. —Me giré hacia ella, con un gesto de incredulidad—. Hago lo que hace cualquiera a mi edad. Salgo, me divierto, follo. Fin. Pero claro, como llevo Moretti de apellido, de repente es pecado mortal.

—Bueno, no todos a tu edad hacemos eso.

—¿Lo dices por ti? —Arqueé una ceja con una sonrisa ladeada—. Porque tú no eres un ejemplo para tener en cuenta. Te gustan más las ballenas que los hombres.

—Cierto. Al menos las ballenas no envían mensajes para romper contigo porque eres un desastre en la cama —soltó Riley, clavando la mirada en el cojín que abrazaba.

Me quedé en silencio un segundo, intentando asimilar el significado de sus palabras. No tenía buen aspecto.

Sus ojos estaban enrojecidos y el pelo castaño lo llevaba recogido de cualquier manera, con mechones sueltos pegados a las mejillas.

—¿El idiota con el que salías ha roto contigo por mensaje? —pregunté.

Riley asintió despacio, sin mirarme.

—Sí. Todo un detalle, ¿verdad? Ni una llamada, ni un café para decirlo a la cara. Un simple mensaje y ya está. Fin de la historia.

—¿Y dijo que eras un desastre en la cama? —pregunté, sintiendo cómo la rabia me subía por dentro.

—No directamente, pero… Ya sabes cómo funciona. «La química es impredecible», «eres genial, pero no es lo que busco»… Traducción: no vales la pena en el sexo.

—¿Quieres que vaya a verle y le pegue una paliza? —pregunté, medio en serio, medio en broma—. Puedo hacerlo yo mismo o mandar a dos tipos para que lo hagan por mí.

Eso le sacó una sonrisa, aunque fue breve.

—Lo único que quiero es dejar atrás esa historia lo más rápido posible.

—Joder, Ry… lo siento. —Me pasé una mano por la cara, frustrado—. Y yo quejándome por una mierda de fideicomiso, mientras tú lo estás pasando mal.

Ella me miró de reojo, con un destello triste en los ojos.

—No tienes por qué disculparte. Sé lo mucho que estabas dedicado a ese proyecto del nuevo hotel y que el fideicomiso era imprescindible para hacerlo realidad… debe de haber sido un mazazo para ti.

Negué despacio, dejándome caer contra el respaldo del sofá.

—Un mazazo, sí. Pero lo tuyo es peor. Mi abuelo puede joderme la vida con sus condiciones, vale, pero tú… —Me incliné hacia ella, buscando su mirada—. Tú no deberías pensar que eres mala en el sexo solo porque un hombre lo haya insinuado.

—No es solo un hombre, Leo. —Su voz tembló, pero esta vez no apartó la mirada—. Él no ha sido el primero. Es un patrón que se repite. Soy mala en el sexo, no hay duda.

Me quedé helado un segundo, intentando asimilar lo que acababa de soltar.

Después solté un gruñido bajo, cargado de rabia.

—No vuelvas a decir eso de ti misma.

—Es la verdad. —Riley apretó el cojín contra su pecho más fuerte, como si quisiera esconderse detrás de él—. No consigo relajarme, no disfruto, y al final ellos lo notan.

—Entonces la culpa es de ellos. Si no han sabido hacer que te relajes, el problema es suyo, no tuyo.

—No lo sé, Leo… ya sabes cómo soy. Me cuesta sentirme cómoda con los hombres.

—Conmigo no te cuesta.

—Ya, porque tú eres tú. —Sus ojos se suavizaron un instante, como si la frase llevara mucho más peso del que quería admitir.

No quise darle importancia.

—Entonces lo único que necesitas es encontrar a alguien como yo, que consiga que te sientas cómoda, que no te juzgue y que sepa lo que hace en la cama.

—Eso mismo dijo Sue.

—Sue es una chica lista.

Riley suspiró, bajando la vista al cojín que tenía entre las manos.

—De hecho me insinuó que buscara un maestro sexual.

—¿Maestro… sexual? —repetí, incrédulo.

Asentí.

—He estado pensando en eso… toda la tarde, de hecho. Y he llegado a la conclusión de que tiene razón. —Alzó la mirada hacia mí, con una mezcla de timidez y determinación—. Necesito encontrar a un tipo que me haga sentir cómoda, con el que pueda tener experiencias que me den la confianza que nunca he tenido. Que me ayude a ganar seguridad para el futuro.

Hizo una pausa, y sus labios se curvaron apenas en una sonrisa nerviosa.

—Si lo pienso bien, tiene lógica. Aplicándolo al método científico: pruebas, resultados positivos y, con el tiempo, confianza en la hipótesis.

—Bueno, si crees que eso es lo que necesitas para ganar seguridad, yo te apoyo. —Me encogí de hombros, con una media sonrisa—. Aunque consejo no pedido: no te acerques a un tipo y le digas que sea tu maestro sexual, porque suena demasiado creepy.

—Vale, lo tendré en cuenta. —Rodó los ojos, divertida—. Entonces, ¿cómo debería hacerlo?

—No sé… —me llevé la mano a la barbilla, fingiendo que lo pensaba en serio—. Quizá algo más natural. En plan: «Eh, tío, necesito a alguien que me enseñe a follar bien, ¿te apuntas?».

La risa se me quedó a medias cuando levantó la vista hacia mí.

Me estaba mirando con una intensidad que no le había visto nunca, seria, decidida, como si hubiera dejado de bromear de golpe.

—Eh, tío —repitió despacio, imitando mis palabras—. Necesito a alguien que me enseñe a follar bien. ¿Te apuntas?

—Exacto, perfecto. —Me eché hacia atrás con una sonrisa arrogante—. Si una tía me entrara así, no dudaría en aceptar.

Su mirada se volvió aún más intensa.

—Entonces… ¿aceptas?

—¿Qué? —parpadeé, convencido de que había escuchado mal.

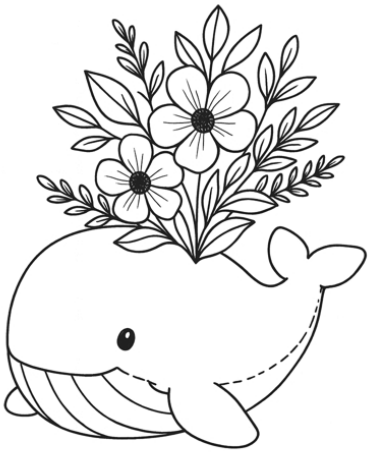
Riley respiró hondo.

—Leo… lo que estoy intentando decirte es que quiero que seas tú esa persona. Mi maestro sexual, por muy creepy que suene. ¿Podrías hacerlo?

4

Riley

QUIERO QUE SEAS TÚ ESA PERSONA



—Leo… lo que estoy intentando decirte es que quiero que seas tú esa persona. Mi maestro sexual, por muy *creepy* que suene. ¿Podrías hacerlo?

Sentí el alivio instalarse en mi pecho al soltar la pregunta al fin.

Me había costado mucho encontrar la forma de decirlo. De reunir valor para transformar la idea en palabras.

Llevaba toda la tarde dándole vueltas, intentando convencerme de que no era una locura absoluta.

Y aun así, en cuanto lo dije en voz alta, me temblaron las manos.

Leo me miraba como si acabara de perder la cordura.

La arrogancia que siempre dibujaba en su sonrisa había desaparecido por completo.

Tenía la boca entreabierta. Los ojos entrecerrados. Y un silencio espeso se había apoderado de él.

Tragué saliva, notando cómo la piel de mi cuello ardía.

—Sé que suena repentino, pero llevo horas pensándolo. ¿Por qué buscar a otra persona cuando ya conozco a alguien que cumple con los requisitos? Tú eres perfecto para ayudarme.

—¿Pero te has vuelto loca? ¡Somos amigos!

—Y eso lo hace aún mejor. ¿Con qué otra persona voy a sentirme tan segura como contigo? No me da vergüenza ser yo misma contigo. No tendría que fingir, ni preocuparme por si sale mal.

Él negó con la cabeza, como si fuera incapaz de procesar lo que estaba oyendo.

—No, Riley. Ni de coña.

Me incliné hacia él, intentando sonar lo más objetiva posible.

—Escúchame. Lo he pensado bien. Incluso hice una lista de pros y contras. —Levanté las manos, enumerando—. Uno: nunca te tomas el sexo en serio, así que no me juzgarías si meto la pata. Dos: tienes experiencia, muchísima más que cualquiera que conozca. Y tres: eres mi mejor amigo, el único hombre con el que realmente me siento cómoda. Dime que no tiene sentido.

Leo soltó una carcajada incrédula, frotándose la frente como si quisiera arrancarse la idea de la cabeza.

—Riley, esto es una locura. ¡Has perdido la cabeza!

—No, Leo, piensa en ello. Siempre estás presumiendo de que era un Dios del sexo. Podrías instruirme, enseñarme lo que tú sabes. ¡Con tus métodos, podrías convertirme en una Diosa sexual a mí también! Es perfecto.

—Perfecto, mis cojones. No voy a acostarme contigo para «enseñarte». Estás loca si crees que voy a hacerlo.

—¿Por qué no? —insistí, con un nudo en la garganta—. ¿Es porque no te atraigo? Sé que no me parezco a las mujeres con las que sales… si fuera necesario podría esforzarme un poco para cumplir más con ese perfil.

Leo se quedó helado, como si acabara de escuchar la mayor estupidez de su vida.

Y aun así, incluso en medio de aquella tensión absurda, me resultaba imposible ignorar lo que tenía delante.

Con dos botones de la camisa desabotonados y el cabello castaño oscuro perfectamente despeinado, Leo Moretti irradiaba un atractivo descuidado.

Su mandíbula marcada, como si estuviera cincelada en mármol, remataba esa imagen de elegancia innata que parecía correr por la sangre de los italianos.

Tenía esa presencia que llenaba cualquier habitación sin esfuerzo.

Su sonrisa arrogante solía derribar defensas ajenas, pero a mí me transmitía algo distinto.

Confianza, cercanía, como si ese brillo en sus ojos estuviera reservado solo para mí.

Aunque, en ese momento, sus ojos expresaban algo distinto. Enojo. Incomprensión.

—¿Pero qué coño dices? —Su voz sonó dura, cortante—. No vuelvas a rebajarte así. Ni de coña.

—Entonces dime por qué. Dame una razón lógica para que no tenga sentido.

—Porque somos amigos. Y porque no quiero joder lo único que de verdad funciona en mi vida.

—¡Me lo debes! —solté, con un atisbo de rabia en la voz—. ¿Recuerdas aquella vez que hice tu proyecto final de Historia del Arte porque preferiste largarte un fin de semana a Las Vegas? Gracias a mí no repetiste curso.

Leo parpadeó, incrédulo.

—¿En serio estás intentando chantajearme con un trabajo universitario de hace diez años?

—¡Pues sí! —respondí, encogiéndome de hombros—. Tú me debes favores, y yo te estoy pidiendo uno muy concreto.

Él se pasó la mano por la cara, exasperado, como si no pudiera creer la conversación que estábamos teniendo.

—Esto es surrealista, Riley. Absolutamente surrealista.

—Por otro lado… ¿no has pensado que te vendría bien mi propuesta ahora mismo?

Leo arqueó una ceja, desconfiado.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Tu abuelo quiere que te conviertas en el heredero modelo, ¿no? —respondí, intentando sonar lo más lógica posible—. Y no lo vas a conseguir si sigues acostándote con una mujer distinta cada fin de semana.

Él me fulminó con la mirada, como si acabara de tocar un nervio demasiado sensible.

—Básicamente me estás pidiendo que te folle mientras mi abuelo piensa que me estoy reformando.

—Exacto. —Apreté los labios, tragando saliva, pero sin apartar la mirada—. Conmigo no habría prensa, ni rumores, ni escándalos.

Nadie tendría por qué enterarse. No tendrías que renunciar al sexo. Y además… —sentí el calor subiéndome por las mejillas—, yo saldría ganando también.

Leo se levantó de golpe, como si el sofá quemara.

—Estás completamente loca. Me marcho antes de que sueltes alguna tontería más.

—Leo… —susurré, estirando la mano hacia él.

Pero se fue antes de que pudiera decir nada más.

La puerta se cerró de un portazo seco que retumbó en el silencio del apartamento.

Me quedé allí, abrazada a mi cojín como si fuera lo único que pudiera sostenerme, con la garganta hecha un nudo y las lágrimas presionando detrás de los ojos.

Por supuesto que Leo no quería ayudarme con eso.

Sabía de sobra el tipo de mujeres que le gustaban, y yo estaba a años luz de ese estereotipo.

Por eso era su amiga.

Por eso nunca había intentado nada conmigo. Porque, a sus ojos, ni siquiera era una mujer.

No podía culparlo por no querer. Quizá tampoco debí presionarlo tanto.

Pero estaba… desesperada.

Desesperada por dejar de sentirme defectuosa.

Desesperada por no volver a romperme cada vez que alguien me decía que no era suficiente.

Desesperada por probar, aunque fuera una vez, lo que significaba realmente disfrutar.

Apreté el cojín contra mí, cerré los ojos con fuerza y dejé que una lágrima se escapara, caliente, recorriéndome la mejilla.

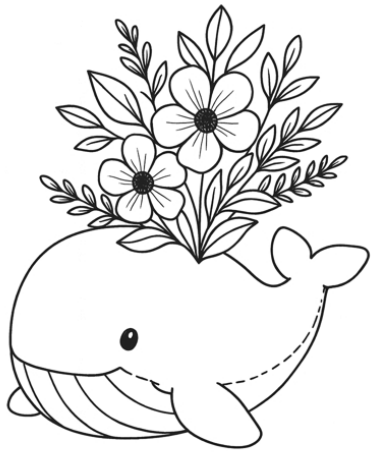
Quizás debía aceptar que no había nacido para disfrutar del sexo como los demás.

Quizás ese era mi destino: vivir con la certeza de que, en ese aspecto, siempre sería insuficiente.

5

Leo

BEBERSE LOS PROBLEMAS



En lugar de regresar al hotel, donde vivía, decidí entrar en un pub cercano y beber un poco para calmar los nervios.

No podía creer que Riley acabara de hacerme semejante propuesta.

Quería que le ayudara a… ¿qué? ¿a soltarse? ¿a ganar confianza?

Solté una carcajada incrédula mientras me dejaba caer en un taburete de la barra. El camarero me lanzó una mirada de reojo y yo levanté dos dedos.

—Un whisky doble. Y rápido.

El vaso apareció frente a mí en cuestión de segundos.

Lo apuré de un trago, como si el ardor en la garganta pudiera borrar las palabras de Riley de mi cabeza.

Pero no, ahí seguían, clavadas como un eco imposible de callar.

Riley.

Mi mejor amiga.

La niña a la que defendí en el colegio, la mujer con la que podía hablar de cualquier cosa sin que me juzgara… y ahora la misma que me había pedido que la convirtiera en una especie de alumna en la cama.

Apoyé los codos en la barra, frotándome la frente.

Joder.

Lo peor no era la propuesta en sí.

Lo peor era que mi cuerpo había reaccionado antes que mi cerebro.

Que en cuanto la escuché decir esas palabras, una parte de mí, la parte más instintiva, más cabrona, se imaginó cómo sería hacerlo.

Incluso me había empalmado.

Una reacción fisiológica completamente normal, teniendo en cuenta que Riley era una mujer preciosa.

¿Rara? Sí. A fin de cuentas, ¿cuántas mujeres vivían obsesionadas con las ballenas como lo estaba ella?

Pero preciosa, a fin de cuentas.

Tenía una figura que no presumía, pero que cualquiera con ojos podía apreciar: curvas suaves, naturales, un cuerpo hecho para encajar contra otro.

Su rostro destilaba dulzura, con sus ojos grandes del color de las castañas asadas, una nariz pequeña pero respingona y una boca… prefería no pensar en su boca.

Era jodidamente guapa, aunque ella no lo supiera.

Quizá ese era parte del problema: que Riley nunca se había visto como una mujer deseable.

Se tenía en demasiada poca consideración como para fijarse en la forma en la que la miraban los otros hombres.

Pero yo sí que me daba cuenta.

Lo había visto en la universidad, cuando más de uno se giraba a mirarla al pasar.

Lo había visto en los bares, cuando algún tipo se acercaba a invitarla a una copa y ella pensaba que lo hacían por lástima o aburrimiento.

Y lo seguía viendo ahora, en cada maldito sitio al que íbamos juntos.

Los hombres la miraban. Claro que la miraban.

Solo que Riley no sabía interpretarlo.

Estaba convencido de que podría encontrar en cualquier parte a un hombre dispuesto a instruirla en todo lo referente al sexo. Hombres sobraban. Tipos encantados de tumbarse en una cama y jugar a ser profesores.

Pero ese hombre no podía ser yo.

No cuando se trataba de Riley.

No cuando ella era lo único en mi vida que no estaba manchado de mierda, la única persona que siempre había estado ahí para mí.

Si cruzábamos esa línea, se acababa.

Y yo no estaba dispuesto a perderla.

Horas más tarde, incapaz de sacarme esa bomba de la cabeza, y más bebido de lo que debería, decidí visitar a Julian, uno de mis mejores amigos.

El pub acababa de cerrar y yo quería seguir bebiendo.

Julian formaba parte de un grupo de cinco herederos millonarios que nos conocimos años atrás, cuando coincidimos en un curso de mentoría.

Vivía cerca de Riley, y muchas veces aprovechaba que pasaba a verla para dejarme caer por su casa.

Sabía que podía estar acompañado. Acababa de comprometerse con Clementine, una escritora anónima que resultó ser su editora y con la que vivió un romance intenso que terminó en pedida de mano.

Pero eso no impidió que sacara la copia de su llave que llevaba encima y subiera a su casa.

Entré directo al salón, crucé el pasillo a oscuras y abrí el mueble bar como si fuera mío.

Media botella me sonrió desde la estantería y no dudé en servirme un vaso generoso.

El primer sorbo bajó como fuego líquido, pero no hizo nada por callar la maldita voz de Riley en mi cabeza.

—¿Leo? ¿Qué coño haces aquí? ¡¿Cómo has entrado?!

La voz de mi amigo me hizo girar.

Julian estaba en el marco de la puerta, despeinado, en pantalón de chándal y con la cara de pocos amigos que uno tiene cuando lo arrancan de la cama.

—Tengo tu llave, ¿recuerdas? Me la diste por si perdías la tuya. O si te desmayabas solo en casa. O para regarte las plantas. Nunca especificaste bien.

—¿Y se te ha ocurrido que a las tres de la madrugada es el mejor momento para usarla?

—No es de madrugada si no te has acostado aún.

—Eso no es un argumento válido. Además, yo sí estaba acostado —dijo, encendiendo una lámpara del salón—. Estás desubicado. ¿Qué pasa?

Me serví un trago largo, solté un suspiro largo cargado de dramatismo, y me dejé caer en su sofá como si fuera mío.

—Hoy he quedado con Riley —empecé, sin mirarlo—. Y me ha hecho una petición… inesperada.

Frunció el ceño.

—¿Qué tipo de petición?

Me giré hacia él, levantando el vaso como si brindara por el fin del mundo.

—Quiere que sea su maestro del sexo.

Se quedó mirándome.

—¿Su maestro del qué?

—Del sexo. Riley, mi mejor amiga desde siempre, me ha pedido que le enseñe... lo que sé. Que la forme. Que la instruya. Que la convierta en una Diosa sexual, con mis... métodos.

Julian parpadeó. Varias veces.

Me miraba como si esperara que en cualquier momento soltara un «es broma».

—Estás de coña —dijo al fin.

—Ojalá. —Me serví otro whisky y lo bebí de un trago—. Pero no, hermano. Me lo pidió con esa cara seria suya, como si estuviera solicitando un préstamo en el banco.

Julian se llevó una mano a la nuca, incrédulo.

—¿Y tú qué hiciste?

—Lo obvio. —Levanté el vaso vacío y lo agité, señalando la botella—. Mandarla a la mierda e ir a por alcohol. Como el pub donde estaba ha cerrado, he pensado que podrías seguir suministrándome tú.

Julian me fulminó con la mirada, cruzándose de brazos.

—Estoy con Clementine, tío. No puedes aparecer por casa cada vez que se te ocurre beberte tus problemas.

—Claro que puedo. —Me encogí de hombros, sirviéndome otro trago—. Tengo la llave, ¿recuerdas? Tú me la diste. Técnicamente, esta es también mi casa.

—Pues devuélvemela. —Alargó la mano hacia mí.

—De eso nada. —Le guiñé un ojo—. Si alguna noche me sigue la prensa, necesito un escondite decente… y tu casa es perfecta.

Julian resopló, aguantándose la risa.

—Suerte que en nada nos mudaremos.

—¿Os mudáis? —arqueé una ceja, interesado.

—Sí. Clementine y yo hemos decidido comprar una casa. Algo nuestro, lejos de las llaves que reparto como caramelos a mis amigos irresponsables.

—¿Una casa? Eso suena… jodidamente serio.

—Voy a casarme con ella. Lo que tengo es serio. Es la mujer de mi vida.

Me quedé un segundo en silencio, asimilando sus palabras.

La convicción en su voz, la seguridad con la que lo decía… joder, me daban ganas de reírme y admirarlo al mismo tiempo.

—Mírate, todo un hombre de familia. ¿Quién lo diría? El mismo Julian que antes se creía alérgico al compromiso ahora habla de boda y casa propia.

Julian me lanzó una mirada de advertencia, pero la sonrisa le traicionó.

—Las cosas cambian, Leo. Y cuando encuentras a la persona adecuada, lo entiendes.

—Ajá… —murmuré, alzando el vaso—. Brindo por ti, amigo. Y por Clementine.

—Gracias —respondió Julian, aunque su ceja seguía arqueada—. Pero deja de dar rodeos y volvamos a lo tuyo con Riley. ¿Qué piensas hacer ahora? Ignorarla no es una opción.

—Claro que lo es. —Me serví otro whisky, sin mirarlo—. Fingir que nunca pasó, seguir con mi vida, dejar que se le pase la locura.

Julian bufó, incrédulo.

—¿Tú te oyes? Riley no es de las que sueltan algo así porque sí. ¿Y si no se da por vencida? O peor, ¿y si le hace esa misma propuesta a otro? A algún pervertido que no dude en aceptar y aprovecharse de ella.

El vaso se me quedó a medio camino de la boca.

Sentí un nudo en el estómago, un calor extraño que no venía del whisky.

—Eso no va a pasar —gruñí.

—¿Y cómo lo sabes? —insistió Julian—. Tú la conoces mejor que nadie. Cuando Riley se empeña en algo, no se queda de brazos cruzados.

Me pasé la mano por la nuca, maldiciendo por lo bajo.

La sola idea de otro hombre tocándola, enseñándole lo que ella me había pedido… me revolvió las tripas.

Puede que instantes antes le hubiera animado a hacerlo, pero Julian tenía razón.

Si una chica cualquiera me pidiera algo así, me aprovecharía sin pensarlo dos veces.

Un hombre cualquiera no pensaría en ella, no sería considerado con sus necesidades, ni mucho menos paciente.

Se limitaría a usarla para su propio placer, a marcarla con una experiencia más que la haría sentir todavía más insuficiente.

Y eso… no podía permitirlo.

—Pues entonces tendré que asegurarme de que no caiga en esa estupidez —dije al fin, apretando los dientes.

Julian me miró en silencio, con esa media sonrisa de cabrón que solo él sabía poner.

—Ajá. Y ahí lo tienes: acabas de reconocer que no puedes ignorarla.

Me llevé el vaso a la boca para no contestar. No iba a darle el gusto de admitirlo en voz alta.

Julian suspiró, se levantó del sofá y sacó el móvil del bolsillo.

—Vale, ya basta por hoy. Estás demasiado borracho para seguir filosofando. Te voy a pedir un taxi y te vuelves al hotel.

—Yo puedo volver solo —protesté, aunque la verdad era que la habitación me daba vueltas.

—Sí, claro, y luego me tocaría a mí reconocer tu cuerpo en la morgue. Paso. —Marcó el número con calma.

Rodé los ojos, dejándome caer contra el respaldo.

—Siempre tan dramático.

Diez minutos más tarde ya estaba en el taxi rumbo al Luxury. Apoyé la cabeza contra el cristal helado y cerré los ojos.

El conductor iba en silencio, pero mi cabeza no.

Las palabras de Riley seguían ahí, repitiéndose como un puto eco imposible de callar: «Quiero que seas tú esa persona».

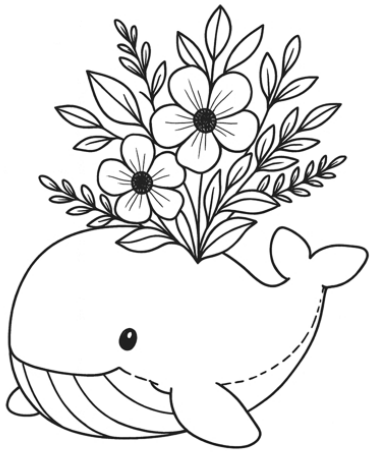
La frase me perseguía como una maldición.

Y lo peor era que, por mucho que quisiera, no estaba seguro de poder escapar de ella.

6

Riley

COMO JAMIE FRASER



El Starbucks del campus de Columbia estaba lleno, como casi siempre a media tarde.

Se encontraba en Lerner Hall, el edificio estudiantil más concurrido de la universidad.

Era el corazón del bullicio académico. Portátiles abiertos. Montones de apuntes. Conversaciones cruzadas. Cafés cargados para sobrevivir al semestre.

Yo había conseguido una mesa junto a la ventana. Mi vaso de plástico rezumaba nata y sirope de caramelo.

Frente a mí, Sue estaba a punto de dar un sorbo al suyo cuando solté la bomba.

—Le pedí a Leo que fuera mi maestro sexual.

El café le bajó por el conducto equivocado. Tosió con fuerza, y se golpeó el pecho mientras me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —graznó al fin, entre toses—. ¡Dios, Riley! Nunca imaginé que se lo propondrías a él.

—Respondía perfectamente a la descripción que tú misma me diste —me defendí, encogiéndome de hombros—. Alguien en quien confiara, que no me juzgara y con experiencia. Me pareció una elección acertada.

—¿Y qué dijo él?

—Que prefería hacerse una colonoscopia diaria de por vida antes que aceptar mi propuesta.

—¿En serio?

—Bueno, no con esas palabras… —suspiré, removiendo mi café con la pajita—. Pero casi. Se puso como un loco.

—Vaya, pues es una pena —replicó Sue con una sonrisa traviesa —, porque Leo está buenísimo y de todos es bien sabido que folla bien. O eso dicen. Aunque a ver, no me sorprende que te rechazara.

—¿Porque soy poco atractiva? —pregunté en voz baja, sintiendo un nudo en el estómago.

—No, tonta —bufó, dándome un golpecito en la mano—. Porque sois buenos amigos. Le sorprendería que de repente le pidieras algo así.

—Sea como sea, me dijo que no, así que tendré que pensar en nuevas opciones.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Sue, entornando los ojos.

—No sé… podría salir por ahí, acercarme al primer tío que vea y soltarle la propuesta tal cual, sin rodeos. A los hombres les gusta el sexo, ¿no? Seguro que alguno aceptaría.

—Cielo, la idea es que tengas confianza —replicó ella, con paciencia—. Y dudo mucho que puedas sentirte cómoda con un

completo desconocido.

—Pues me tocará arriesgarme —suspiré, removiendo el café—. La confianza ya vendrá después… supongo.

Sue soltó un suspiro teatral y negó con la cabeza.

—Hay formas mejores. —Sus labios se curvaron en una sonrisa conspiradora—. Piensa en alguien que conozcas, que no sea Leo, pero con quien al menos tengas cierta base.

Lo pensé detenidamente, pero no… no apareció nadie.

—Es que, quitando a Leo, no hay ningún hombre en mi vida con el que tenga confianza.

—Déjame pensar… mmm… ¿Y Andrew?

—¿Andrew? —fruncí el ceño.

—Andrew Donovan.

Mi ceño se frunció aún más.

¿Andrew Donovan? Era, literalmente, el tipo con menos *sex appeal* que conocía.

Lo conocía desde hacía años: habíamos coincidido en el doctorado, y aunque me caía bien, jamás lo había visto con otros ojos.

Era simpático, aplicado, siempre dispuesto a echar una mano… pero su aura erótica era comparable a la de una grapadora.

Por culpa del asma, el inhalador asomaba siempre de algún bolsillo, listo para recordarle, y recordarnos, su fragilidad.

¿Y si le besaba, se quedaba sin aire y tenía que llamar a emergencias en mitad de un calentón?

—No sé, Sue… Andrew es un encanto, pero dudo que pueda verle de esa manera.

—¿Por qué no? Es mono —replicó ella con naturalidad—. Y si le pones abdominales, un corte de pelo decente y le enseñas a vestirse, se da un aire a Jamie Fraser, el prota de *Outlander*. Además, creo que le gustas.

—Punto número uno: necesitaría mucho alcohol en vena para pensar que se parece a Jamie Fraser. Y punto número dos: yo no le gusto. ¿De dónde sacas eso?

—Oh, por favor. —Sue puso los ojos en blanco—. Siempre que coincidimos en la sala del departamento, parece un adolescente con su primer crush: se pone rojo, tartamudea y se atraganta con el café.

Suspiré, removiendo distraída mi vaso.

Sí, me había dado cuenta de eso, pero siempre lo había achacado a su timidez natural, no a un interés real por mí.

Además, apenas coincidíamos.

Él se había especializado en ecología de arrecifes, mientras que nosotras estábamos centradas en ballenas.

Nuestros mundos se tocaban lo justo en las reuniones conjuntas del departamento, y nada más.

—¿Y crees que es una buena opción? —arqueé una ceja—. Dudo que tenga más experiencia que yo.

—Bueno, así podéis aprender juntos.

—Genial, un curso intensivo de torpeza compartida. Seguro que hasta Netflix lo compra como reality.

Sue estalló en carcajadas, y varias cabezas se giraron desde las mesas cercanas.

—Pues a mí me parece que podría funcionar. No habría expectativas y podrías relajarte.

Cuando terminamos el café regresamos al laboratorio y yo me pasé el resto de la mañana dándole vueltas a lo que había dicho Sue. ¿Y si no era tan mala idea a fin de cuentas?

¿Andrew me gustaba? No.

Pero no necesitaba gustarme, solo necesitaba que aceptara tener sexo conmigo. Y si Sue estaba segura de que él podría ser una opción, tal vez podría convencerlo.

Después del almuerzo terminé de decidirme. En lugar de volver directa al laboratorio de acústica, tomé el pasillo que llevaba al ala de oceanografía experimental.

Allí solía estar Andrew, entre tanques llenos de corales y peces tropicales, revisando parámetros de luz y salinidad como si su vida dependiera de ello.

Respiré hondo.

Vale, Riley, aquí vamos.

Cuando entré apenas había gente. Solo unos estudiantes de posgrado tomando notas frente a unos tanques de corales en la otra punta de la sala.

Por suerte, Andrew también estaba allí.

Se inclinaba sobre uno de los acuarios, ajustando unas sondas de oxígeno disueltas en el agua con una concentración que rozaba la devoción.

Llevaba la bata medio arrugada, las gafas protectoras deslizándose por la nariz y un mechón de pelo cobrizo pegado a la frente por la humedad.

Me acerqué despacio, y como parecía tan abstraído en lo que hacía, tuve que carraspear para llamar su atención.

Su rostro se volvió rojo como un tomate nada más verme.

Intenté, por un segundo, encontrar ese supuesto parecido con Jamie Fraser del que hablaba Sue… pero, definitivamente, tendría que estar muy bebida o directamente ciega para ver semejante comparación.

Más allá del pelirrojo, Andrew no tenía nada de highlander.

—Ho… hola, Riley —balbuceó, tan cortado que casi se le trabó la lengua.

—Hola, Andrew —respondí, forzando una sonrisa mientras me acercaba un poco más al tanque donde estaba trabajando.

Se apresuró a dejar la sonda a un lado, como si mi mera presencia hubiera interrumpido algo sagrado.

Sus manos parecían no saber dónde colocarse: primero en los bolsillos, luego sobre la mesa, después entrelazadas frente a él.

—N-no esperaba verte por aquí. ¿Puedo ayudarte en a-a-lgo?

Lo pensé unos segundos. ¿De verdad quería convertir a Andrew Donovan en mi pareja experimental para el sexo?

No era para nada mi tipo. Y no porque fuera un friki de los arrecifes, yo misma era una friki de las ballenas, así que no podía criticarle por eso, sino porque no había nada en él que despertara la chispa que buscaba.

Pero… podía intentarlo, ¿no?

Asentí con determinación antes de preguntar:

—¿Te apetecería cenar conmigo esta noche?

No podía soltarle mi verdadera intención allí mismo, rodeados de tanques y estudiantes de posgrado.

Lo haría durante una cena, en un ambiente más neutral.

Andrew se quedó con la boca abierta, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Sus ojos se abrieron tanto que pensé que iba a desmayarse.

Entonces, casi en automático, sacó el inhalador del bolsillo, inspiró con fuerza y soltó el aire en un suspiro tembloroso.

—S-sí —logró decir al fin, todavía con las mejillas encendidas—. Claro que sí.

Yo tragué saliva, intentando convencerme de que aquello no era un error monumental.

—Pues nos vemos a las siete. Te enviaré la dirección del restaurante más tarde, ¿vale?

Él asintió con tanta energía que las gafas casi se le resbalaron de la nariz. Yo forcé una sonrisa y me giré hacia la puerta.

Antes de salir, lo escuché inhalar otra vez. Luego otra. Y otra. Como si necesitara un chute extra de aire para procesar que había aceptado cenar conmigo.

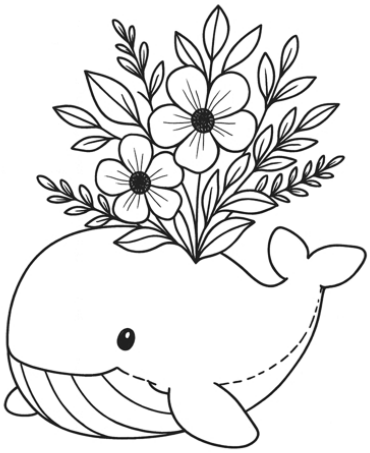
Suspiré, cerrando la puerta tras de mí.

Vale, Riley, acabas de invitar a Andrew Donovan a una cita. Genial.

7

Leo

CONDENADO



Entré en el restaurante acompañado de mis amigos, ese grupo que siempre conseguía acaparar todas las miradas en cualquier sitio al que fuéramos.

Íbamos juntos desde hacía años. Éramos cinco herederos de imperios distintos, unidos por una amistad que nadie terminaba de entender.

Yo iba al frente. Chaqueta de lino beige, el pelo perfectamente revuelto y una sonrisa que parecía decir que el mundo estaba a mis pies.

A mi lado estaba Julian Hawthorne, con su traje oscuro impecable y esa seriedad de funeral que nunca se quitaba de encima. Él heredaría el mayor grupo editorial y mediático del país, y siempre parecía estar evaluando el mundo como si fuera un manuscrito mediocre.

Cameron Blake, en cambio, era la frescura personificada: sudadera de diseño, sonrisa franca y la energía limpia de exatleta.

Su familia dominaba el negocio deportivo, y él era el único que aún parecía creer en la buena fe de la gente.

Spencer Callahan entró con la camisa medio abierta, tatuajes a la vista y esa actitud magnética de quien convierte cualquier sala en pasarela. Heredero de un imperio de moda y cosmética, jugaba a provocar porque sabía que siempre salía ganando.

Y cerrando el grupo iba Adam Sinclair, traje negro, móvil en mano y mirada impenetrable. Era el heredero de una multinacional tecnológica y un fondo de inversión tan grande que hacía temblar a media bolsa de Nueva York. No necesitaba sonreír para imponerse; bastaba con estar ahí.

Juntos formábamos un espectáculo ambulante de lujo y poder.

Y aunque ninguno lo admitiera en voz alta, todos disfrutábamos del silencio expectante que caía en una sala cuando entrábamos.

Aquella noche habíamos elegido uno de nuestros restaurantes favoritos: elegante, discreto, con mesas de madera oscura y copas que nunca se vaciaban gracias a un servicio impecable.

Nos acomodamos en una mesa redonda al fondo, como siempre que queríamos cierta privacidad. El camarero se apresuró a llenar las copas de vino y a dejar una cesta de pan caliente en el centro.

Yo solía venir allí a menudo con Riley, porque tenía la mezcla perfecta de intimidad y lujo sin caer en lo ostentoso.

—Hawthorne, la boda se acerca, no puedo creer que dentro de pocos meses estés dando el sí quiero —comentó Cameron, dándole un trago a su copa con una sonrisa sincera.

Julian se limitó a asentir, como si no fuera gran cosa, pero el brillo en sus ojos lo delataba.

Spencer soltó una carcajada y se inclinó hacia delante.

—Ayer pasé por el showroom de la empresa, justo cuando Clementine estaba haciéndose la prueba del vestido. Y créeme, Hawthorne, eres un cabrón con suerte.

—Lo sé, aún no puedo creer que Clementine vaya a convertirse en mi esposa —respondió Julian, y por un segundo hasta sonrió de verdad—. ¿Sabéis que el martes la llamaron para decirle que Netflix estaba interesado en adquirir los derechos de su última novela?

Clementine era una escritora famosa, y su última publicación con la editorial de Julian se había convertido en un bestseller que seguía encabezando listas.

Que ahora una plataforma quisiera adaptarla era simplemente la guinda del pastel.

—Si llega a salir adelante, espero que me invites a la premier —dije, alzando la copa con una sonrisa burlona—. Aunque solo sea para comprobar de primera mano lo insoportable que te has vuelto como marido de una estrella literaria.

Cameron soltó una carcajada.

—Imagínate: Hawthorne en la alfombra roja, fingiendo que le importa el cine mientras se ajusta la corbata. Me muero por verlo.

Adam, que hasta entonces había estado más pendiente de su móvil que de la conversación, levantó la vista un segundo.

—En las bodas siempre hay un ganador. Y esta vez eres tú, Hawthorne.

La mesa se quedó en silencio un instante, hasta que Spencer soltó una carcajada.

—Joder, incluso cuando felicitas parece que estás redactando una sentencia, Sinclair.

Julian no respondió, pero vi cómo se le curvaba la comisura de los labios. Para él, aquello era equivalente a un aplauso de pie.

Yo estaba a punto de rematar la broma cuando un sonido me congeló la sonrisa en la cara.

Una risa. No cualquiera. Su risa.

Levanté la vista instintivamente, buscando la fuente, y entonces la vi.

A Riley.

Llevaba el pelo recogido en una coleta baja y un vestido rojo que no le había visto nunca y que le quedaba jodidamente bien. Demasiado bien.

No estaba sola. Iba acompañada por un tipo pelirrojo, delgaducho y con aspecto enfermizo.

Me sonaba de haberlo visto alguna vez por la facultad de Riley, pero no recordaba el nombre.

Lo único que sí recordaba era que siempre me había parecido el típico nerd patético.

Y, sin embargo, ahí estaba: entrando con Riley en el mismo restaurante al que solíamos venir juntos, con una sonrisa tan nerviosa como imbécil, como si no pudiera creerse su suerte.

¿Por qué ella habría aceptado salir con ese pringado?

Riley podía ser muchas cosas, friki de las ballenas, torpe en ocasiones, demasiado ingenua para su propio bien, pero nunca la imaginé bajando el listón hasta ese nivel.

—¿Qué miras con tanta atención? —preguntó Cameron, siguiendo mi mirada—. ¿Esa de ahí es Riley?

—Vaya, vaya… —murmuró Spencer, inclinándose hacia delante con una sonrisa maliciosa—. La pequeña friki de las ballenas. Y… ¿ese es su cita?

—Parece sacado de un anuncio de antihistamínicos —añadió Adam Sinclair con su tono seco, sin apartar la vista del móvil, en el mismo instante en que el pelirrojo sacó un inhalador del bolsillo para darle una calada rápida.

Julian dejó escapar una carcajada breve y me palmeó el hombro.

—Vaya, Moretti, parece que Riley te ha sustituido rápido.

El comentario me hizo dar un respingo y girarme hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué coño insinúas? ¿Qué Riley pretende pedirle a ese mindundi que le haga de maestro sexual? Dudo que sepa siquiera dónde está el clítoris.

Spencer casi escupió el vino de la risa, golpeando la mesa con la palma de la mano.

—Perdón, ¿he escuchado bien? ¿Riley anda buscando un maestro sexual? —Se inclinó hacia mí, con una sonrisa de tiburón—. Necesito más datos. Y rápido. Porque, si es cierto, me ofrezco voluntario ahora mismo.

—No seas cerdo —intervino Cameron, entre divertido e incómodo—. ¿Desde cuándo te interesa Riley?

—Desde nunca —replicó Spencer con descaro—, pero la idea de ser su profesor particular tiene su encanto. Piénsalo, Moretti, ¿quién mejor que yo para darle unas clases magistrales?

Le lancé una mirada asesina.

—Si te acercas a Riley te arranco la cabeza

Spencer alzó las cejas, encantado con mi reacción.

—Uhhh… qué territorial —canturreó, apoyando el codo en la mesa y mirándome como si acabara de descubrir mi punto débil.

Volví a mirar hacia la mesa de Riley. Ya se había sentado con el pelirrojo, justo frente a él, y le sonreía encantada de la vida.

Conocía esa sonrisa.

No era la sonrisa casual que le dedicaba a cualquiera. Era la de determinación. La de voy a conseguir esto cueste lo que cueste.

La había visto antes: cuando juró que entraría en Columbia aunque le dijeran que era imposible, cuando se pasó noches enteras preparando su primera expedición en alta mar, cuando decidió que no iba a dejar que nadie la tratara como a una cría friki de ballenas.

Y ahora… ahora esa sonrisa estaba dirigida a un mindundi pelirrojo con cara de necesitar un desfibrilador.

Sentí que algo me ardía en el pecho.

Rabia, orgullo herido… una mezcla venenosa que no tenía derecho a sentir, pero que me carcomía igual.

Porque si Riley había decidido poner esa sonrisa en marcha, significaba que estaba empeñada en algo.

Y estaba casi seguro de que ese algo tenía que ver con lo que me propuso a mí la noche anterior.

Me levanté de golpe. La silla crujió contra el suelo y Cameron me miró sorprendido.

—¿A dónde vas? —preguntó—. Si aún no han traído ni el primer plato.

No contesté.

Ya estaba encaminándome hacia la mesa de Riley, con la sangre bombeándome en las sienes y los pasos resonando como martillazos.

La vi inclinarse hacia el pelirrojo. Y justo alcancé a escuchar la última frase que salió de su boca:

—…así que he pensado que podríamos, ya sabes, practicar juntos.

El muy imbécil abrió tanto los ojos que pensé que iba a caérsele el inhalador de la mano.

¿Practicar?

¿Con él?

—Vaya, Ry, qué sorpresa —dije, dejándome caer con naturalidad en la conversación como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

Ella levantó la cabeza de golpe, sorprendida.

—¿Leo? ¿Qué… qué haces aquí?

—Lo mismo que tú: cenar. —Con un gesto del mentón señalé hacia mi mesa, donde los chicos la saludaron entre risas y copas alzadas.

—Tengo que hablar contigo —añadí, con firmeza en la voz.

—¿Ahora? Estoy en medio de algo.

—No me importa —contesté con brusquedad—. Es importante.

Ella frunció el ceño, visiblemente incómoda, pero al final soltó un suspiro resignado y se levantó.

El pelirrojo intentó sonreírle, pero Riley no le devolvió ni media mirada.

La conduje hacia un rincón apartado del restaurante, entre dos columnas de madera oscura. Ella cruzó los brazos y me miró con fuego en los ojos.

—¿Se puede saber qué demonios haces, Leo? Estás interrumpiendo mi cena.

Yo apreté la mandíbula.

—Cena… ¿en serio lo llamas cena? Porque lo que yo he visto es que estabas a punto de ofrecerle a ese pringado algo que no sabe ni deletrear.

—No te metas con Andrew. Es un buen tipo.

—Un buen tipo que parece al borde de la asfixia continua.

—Tiene asma.

—¿Asma? Perfecto. Entonces lo único que le faltaba era que encima dependas de un inhalador para… practicar.

Riley me fulminó con los ojos.

—Eres un imbécil, ¿lo sabías? No tienes derecho a opinar. Te lo propuse a ti antes y no quisiste ayudarme, así que he tenido que buscarme una alternativa.

—¿Alternativa? —repetí, incrédulo, como si la palabra me quemara en la lengua—. ¿Y tu gran alternativa es él?

Riley alzó la barbilla, desafiante.

—Sí. ¿Por qué no? Andrew es amable, me escucha y parece dispuesto a colaborar.

Solté una carcajada seca, sin pizca de humor.

—Amable. Fantástico. Seguro que la amabilidad te va a enseñar todo lo que dices que necesitas aprender en la cama.

Riley entrecerró los ojos, ofendida.

—Búrlate todo lo que quieras, pero necesito hacer esto, Leo.

Intentó apartarse, dar por terminada la conversación, pero le sujeté del codo antes de que pudiera dar un paso.

Mi agarre no fue brusco, pero sí lo bastante firme como para que me mirara directamente a los ojos.

—¿De verdad estás dispuesta a acostarte con ese pardillo para practicar?

—Si es lo que necesito para dejar de sentirme un maldito fracaso, sí.

Suspiré, derrotado, pasando una mano por el pelo como si intentara despejar la rabia que me estaba consumiendo.

—Está bien… —murmuré, bajando la voz, pero lo bastante firme para que no hubiera dudas—. Está bien.

Riley parpadeó, confundida.

—¿Está bien qué?

—Cancela esta cita. Dile que has cambiado de opinión. No vas a hacerlo con él. Si de verdad estás decidida a hacer esta… locura —continué, apretando la mandíbula—, lo harás conmigo. Pero bajo mis reglas.

El aire entre nosotros se volvió más denso, cargado de electricidad.

Vi cómo se le aceleraba la respiración, cómo sus labios se entreabrían con la réplica atrapada en la garganta.

—¿Eso significa que…? —susurró Riley, con la voz apenas audible.

—Que voy a ser tu maldito maestro del sexo —respondí, sin apartar la mirada de la suya—. Pero bajo mis condiciones. A no ser que prefieras quedarte con el pelirrojo asmático.

Riley negó con la cabeza, con las mejillas encendidas y los labios apretados.

—Eso pensé. De acuerdo. Termina la cita, vete a casa y nos vemos mañana por la noche para hablar sobre cómo haremos esto. Ahora volveré con los chicos —añadí, dejando claro que la conversación estaba zanjada.

Riley me fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

Regresé a la mesa con los demás, consciente de las sonrisas socarronas que me dedicaban.

Spencer levantó la copa en mi dirección.

—¿Y bien, Moretti? ¿Interesante charla?

—Cierra la boca, Callahan —repuse, dejándome caer en la silla.

Los demás rieron por lo bajo, pero yo ya no escuchaba nada.

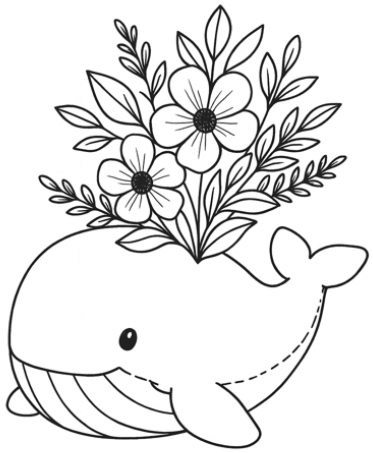
El murmullo del restaurante se desdibujó, las copas tintinearon a lo lejos, y lo único que quedaba era esa sensación opresiva en el pecho.

Porque, aunque acababa de salirme con la mía, sabía perfectamente que en el momento en que acepté ser su maldito maestro del sexo, había sellado mi propia condena.

8

Leo

SIN VUELTA ATRÁS



Apenas volví a abrir la boca durante la cena, y luego, en la suite del hotel donde vivía, apenas pude dormir.

No dejaba de darle vueltas a lo que había hecho. Aceptar la propuesta de Riley.

Iba a ser su maestro sexual. Iba a instruirla. Follar con ella.

Y la idea me excitaba y me asustaba a partes iguales.

Porque Riley era de las pocas mujeres que había mantenido alejada de mi cama. Un territorio prohibido. Una línea que nunca había cruzado, aunque la tentación hubiese estado ahí desde que la adolescencia se abrió camino.

Había intentado mantener nuestra relación lo más pura posible.

Incluso, me había negado a masturbarme pensando en ella, porque incluso hacerlo en la imaginación me parecía sucio y desleal.

Sin embargo, aquella noche, fue distinto.

Quizás porque era cuestión de días que pasara de verdad.

No lo sé.

Pero aquella noche, después de horas pensando en lo que estaba por venir acabé rindiéndome.

Me tumbé boca arriba, con los ojos clavados en el techo, y la imaginé.

Desnuda, con esa boca mullida acercándose a mi polla, succionando y lamiendo con torpeza al principio, dejándose guiar por mí.

Su lengua caliente recorriéndome, sus gemidos bajos mezclándose con los míos.

Cerré los ojos, apretando la mandíbula, mientras mi mano se movía al ritmo de aquella fantasía prohibida.

La veía mirarme desde abajo, con las pestañas temblando y las mejillas encendidas.

Y en mi mente, la agarraba del pelo, marcando el compás, enseñándole hasta dónde podía llegar.

La imagen me golpeó con tanta fuerza que sentí cómo el control se me escapaba entre los dedos.

Un gruñido se me escapó de la garganta cuando me corrí, rápido, intenso, con un calor que me recorrió entero y me dejó jadeando contra la almohada.

Pero no hubo alivio. Solo una certeza demoledora.

Había cruzado la línea.

Y ahora no iba a poder volver atrás.

***

Pasé la mañana hablando con todos los implicados en el proyecto del nuevo hotel, pidiéndoles detener los trabajos hasta asegurar que el abuelo me daría el fideicomiso.

Se trataba de algo muy ambicioso, que no podía pagar sin acceso a ese dinero.

El simple hecho de tener que pedir tiempo me quemaba la lengua.

Yo, Leo Moretti, acostumbrado a cerrar tratos sin pestañear, estaba ahí, frenando a mi propio equipo como si fuera un principiante.

Todo porque el viejo había decidido que mi futuro dependía de jugar al heredero perfecto.

Colgué la última llamada y me quedé un momento mirando por el ventanal de la oficina del hotel. El skyline brillaba bajo el sol, pero yo solo veía un reloj de arena vaciándose.

Y, como si no tuviera suficiente encima, la imagen de Riley volvía a mi cabeza una y otra vez.

Su voz temblorosa pidiéndome lo que me pidió, su mirada ardiendo…

Esa mujer estaba enredándose en mi vida justo cuando menos margen de error podía permitirme.

Me pasé una mano por la nuca y solté un bufido.

Tenía dos batallas abiertas: una con mi abuelo y otra conmigo mismo.

Y no podía perder ninguna de las dos.

***

Al mediodía quedé con mi madre a almorzar. Ella eligió el sitio. Un restaurante elegante cerca del Luxury. Necesitaba una aliada, y sabía que el abuelo adoraba a su nuera como si fuera una hija de su propia sangre, aunque en realidad fuera la esposa de su primogénito.

Podía haber buscado a papá, pero sabía que él estaba demasiado enfermo para molestarle.

La esclerosis múltiple lo había dejado limitado en muchas cosas.

Pasaba la mayor parte del tiempo confinado en casa, con una energía que aparecía y desaparecía como una maldita montaña rusa.

Jamás se quejaba, pero verlo así me revolvía las entrañas.

Por eso yo había acabado convertido en heredero.

Cuando la enfermedad le golpeó de lleno, el abuelo me señaló a mí como el siguiente en la línea, como si de pronto todo el peso de la familia recayera en mis hombros.

No me importó.

Siempre había querido asumir ese papel. Aunque, ahora, empezaba a darme cuenta de que no era tan sencillo como firmar contratos y levantar edificios.

El legado de los Moretti venía cargado de cadenas invisibles: lealtades, expectativas, pruebas absurdas que el viejo imponía como si todavía estuviéramos en el siglo pasado.

Entré en el restaurante y la vi enseguida. Mi madre, Isabella, estaba impecablemente vestida como siempre.

Mamá era de origen italiano, aunque había nacido en Estados Unidos. Era hija de inmigrantes que habían llegado con poco más que una maleta y un apellido difícil de pronunciar, y aun así habían sabido abrirse camino.

Conoció a mi padre en la universidad. Él estudiaba Derecho, ella Historia del Arte. Dos mundos que no tenían nada que ver, pero que se cruzaron una tarde cualquiera en la biblioteca.

Desde entonces nunca se separaron. Habían sido la prueba viviente de que el amor verdadero existe, incluso cuando la vida se empeñara en poner obstáculos.

La enfermedad de mi padre no hizo más que reforzar ese lazo: ella estuvo a su lado en cada recaída, y él nunca dejó de mirarla como si fuera lo más valioso de su mundo.

Crecí con ese ejemplo frente a los ojos. Una pareja que, a pesar de todo, seguía eligiéndose cada día.

¿Por qué entonces yo prefería el amor fugaz en lugar del amor verdadero?

Quizá porque lo permanente me daba miedo.

Quizá porque, en el fondo, sabía que igualar lo que ellos tenían era imposible y no estaba dispuesto a conformarme con una versión barata.

Entré en el restaurante y enseguida la vi. Mamá era hermosa y tenía un porte elegante totalmente natural, de esos que no se aprenden ni se imitan: se nace con ellos.

Se levantó en cuanto me acerqué y me besó en la mejilla, dejando en mi piel el rastro ligero de su perfume de siempre.

—Leo, llegas puntual. Eso ya es noticia —dijo con una media sonrisa.

Rodé los ojos y me senté frente a ella.

—No exageres, mamá.

El camarero se acercó enseguida, nos ofreció el menú y tomó nota. Ni siquiera presté atención a lo que pedí; tenía la cabeza en

otra parte.

En cuanto se marchó, me incliné hacia ella.

—Supongo que imaginarás por qué te he citado hoy.

Mamá alzó una ceja, entre curiosa y divertida, como si disfrutara viéndome morder el anzuelo de admitir que necesitaba ayuda.

—Algo me imagino.

—Es por el abuelo. Necesito que intercedas por mí. Ha puesto condiciones para soltar el fideicomiso, y no puedo permitirme perder meses de trabajo en el proyecto del nuevo hotel solo porque él haya decidido que soy demasiado irresponsable.

Mamá me sostuvo la mirada sin parpadear.

—¿Y cómo pretendes que interceda? Ya conoces a tu abuelo, si ha tomado una decisión no habrá nada ni nadie que le haga cambiar de parecer.

—Pero a ti te escucha —repliqué, inclinándome un poco hacia ella—. Siempre lo ha hecho.

Ella apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando los dedos con calma.

—Me escucha, sí, pero eso no significa que haga lo que yo le diga. Tu abuelo es un hombre orgulloso, Leo. Muy orgulloso. Y tu fama de vividor le ha herido ese orgullo. En realidad, pensándolo bien, estoy de acuerdo con él. Estás a punto de cumplir los treinta. Deberías empezar a pensar en el futuro. En tu futuro. No todo pueden ser mujeres, fiestas y noches sin rumbo. Es hora de que sientes cabeza.

Bufé, recostándome en la silla.

Mamá siguió:

—¿Qué esperabas, Leo? Todos vemos lo mismo. No puedes seguir jugando al eterno soltero como si tu vida fuese una fiesta interminable.

—No estoy jugando —repliqué con un tono más brusco del que quería—. Trabajo más que nadie en esta familia, y lo sabes. ¿Me divierto de vez en cuando? Sí, pero no hago daño a nadie.

—Haces daño a esta familia con tu reputación. ¿Es que no lo ves? Incluso algunos inversores han empezado a preguntar si eres fiable.

Aquello me sorprendió. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Los inversores dudan sobre mi fiabilidad?

—Tus noches en los tabloides no ayudan precisamente a cerrar contratos. Eres el heredero de la familia. Tu honor es el nuestro. Y para el abuelo el honor es importante. No levantó este imperio de la nada para que tú lo pongas en entredicho con titulares escandalosos.

Tragué saliva, sintiendo cómo me ardía la sangre.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Que renuncie al fideicomiso?

—Propongo que le des lo que quiere. Sé la persona que espera de ti. Demuestra que puedes ser responsable. Ayudaría que dejaras de pasearte con una mujer distinta cada semana.

Me froté la frente, cansado, sintiendo el peso de todo aquello hundirse en mis hombros.

Solté un suspiro y, contra todo pronóstico, las palabras salieron de mi boca antes de poder detenerlas.

—Eso ya no será un problema. Estoy conociendo a alguien.

El silencio que siguió fue brutal. Mamá entrecerró los ojos, atenta a cada matiz de mi expresión, como si quisiera desarmar mi

mentira, o mi verdad, con solo observarme.

—¿Hablas en serio?

—Sí, muy en serio. Yo… no quería decirlo aún porque es muy reciente, pero creo que estoy preparado para dar un paso diferente en mi vida —seguí mintiendo sobre la marcha, improvisando como un maldito actor de segunda.

Madre mía, si fuera Pinocho en ese momento mi nariz llegaría hasta Australia.

—¿Y la conozco?

Me aclaré la garganta, buscando tiempo.

—Eh… es posible, mamá. Pero no voy a darte más detalles, al menos por ahora.

Ella me miró con una sonrisa suspicaz.

—Es Riley, ¿verdad?

—¿Qué? —balbuceé, casi atragantándome con el agua.

—Tiene que ser ella. Siempre he sabido que vosotros dos terminaríais juntos. El amor puede verse incluso cuando los implicados no se dan cuenta.

Me quedé mudo unos segundos, intentando recomponerme.

Sabía que mamá adoraba a Riley. La había adorado desde el primer día que la llevé a casa. Pero no imaginé que su cariño por ella llegara tan lejos.

Si de verdad fuera Pinocho, mi nariz ya estaría perforando el techo del restaurante para llegar a Marte.

—No, mamá, no es lo que…

—Tranquilo, no hace falta que me lo digas aún. He esperado más de veinte años para que te dieras cuenta. Puedo esperar unos días más hasta que estés seguro de lo que sientes.

En aquel momento llegó el camarero con los entrantes, y aproveché para clavar la vista en el plato como si fuera lo más interesante del mundo.

En realidad, lo único que hacía era ganar tiempo para ordenar mis pensamientos.

Todo se estaba complicando demasiado.

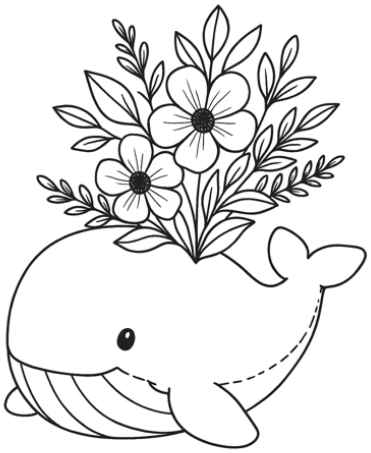
Ahora no solo tenía que follarme a mi mejor amiga y enseñarle todo lo que me había pedido, sino también fingir ante mi madre que estaba loco por ella.

Genial. Bienvenido al principio del fin, Moretti.

9

Riley

ALGO QUE SE CONSTRUYE Y SE SABOREA



Estaba en casa preparándome para ir a ver a Leo. Aún no podía creer que hubiera accedido a ser mi maestro del sexo.

Reconozco que, cuando fui con Andrew a cenar, jamás imaginé que Leo aparecería allí también.

Era un restaurante que solíamos frecuentar juntos, sí, pero no pensé que esa noche nuestros caminos fueran a cruzarse de nuevo de esa forma tan… explosiva.

Y, siendo honesta, agradecía que pasara. Porque, de no ser así, ahora mismo me estaría preparando para Andrew, y no para Leo.

Y la verdad, no estaba muy convencida de que el pobre sobreviviera a un maratón de sexo conmigo.

Elegí un vestido bonito, algo sexy pero no demasiado obvio, y me encaminé hacia el hotel, con los nervios palpitándome bajo la piel.

No podía evitar preguntarme qué pasaría en cuanto cruzara la puerta de su habitación.

Estaba a punto de empezar mis clases particulares de sexo con Leo, y aquello despertaba demasiadas emociones en mi interior: ansiedad, expectación… y un vértigo extraño que me hacía sentir viva.

No tenía miedo de que eso pudiera afectar a nuestra amistad.

Siempre me he considerado una mujer de ciencias: racional, lógica, alguien capaz de separar los sentimientos de los hechos.

Estaba convencida de que, una vez terminado el periodo de experimentación, todo volvería a la normalidad entre nosotros. Él seguiría siendo mi mejor amigo y yo tendría la experiencia que me faltaba.

Simple, casi como un proyecto de laboratorio con hipótesis, pruebas y conclusiones.

Supongo que no tuve en cuenta el principio de la entropía: una vez que algo se altera, nunca vuelve a ser exactamente igual.

El taxi me dejó frente al Hotel Luxury.

Me fascinaba su fachada de cristal y acero, tan imponente que parecía reflejar no solo la ciudad, sino también el poder de la familia Moretti.

La primera vez que lo vi fue cuando Leo me llevó al apartamento de sus padres, ubicado en la última planta.

Vengo de una buena familia. Mis padres son abogados, tienen su propio despacho y facturan millones al año, pero nuestro piso poco tenía que ver con el ático del Luxury.

Leo aún no tenía una vivienda como tal, sino que vivía en una de las suites del hotel.

Subí hasta allí en el ascensor de cristal, con el corazón acelerado y las palmas sudorosas.

Cuando la puerta se abrió en la última planta, avancé por el pasillo alfombrado hasta detenerme frente a la suite.

Respiré hondo, levanté la mano y llamé.

Leo tardó apenas unos segundos en abrir. Impecable, como siempre, con esa seguridad que parecía llevar de serie.

Y, como cada vez que cruzaba el umbral de su suite, me quedé fascinada por el lujo que emanaba el lugar: los techos altos, los ventanales infinitos con vistas a la ciudad, los muebles que parecían sacados de una revista de diseño.

Aunque aquella noche mi atención estaba fija en él. En Leo, que me miraba de una forma que no recordaba haber visto nunca.

Era distinta a la del amigo sarcástico que me lanzaba pullas en cada conversación. Aquella mirada era más intensa. Oscura.

E iba destinada a mí, lo que me hizo soltar un jadeo involuntario.

Porque, de pronto, comprendí al cien por cien la implicación de lo que estaba a punto de pasar.

Iba a tener sexo con Leo.

Iba a verlo desnudo.

Iba a dejar que me viera en mi momento más vulnerable.

—¿Quieres tomar una copa? —preguntó.

—No, creo que prefiero que empecemos ya. Estoy nerviosa y no me tranquilizaré hasta que haya pasado todo.

Leo arqueó una ceja.

—¿Perdona?

—¿Prefieres que me quite yo la ropa o hacerlo tú? La verdad es que no sé muy bien cómo hacer esto —balbuceé, sintiéndome torpe y ridícula.

Leo me observó en silencio durante un segundo que me pareció eterno.

Tenía una ceja arqueada y esa media sonrisa arrogante que hizo que me temblaran las rodillas.

—Ry… —dijo al fin, con voz grave, profunda—. ¿De verdad crees que esto va de entrar aquí, soltar un par de frases y empezar a arrancarnos la ropa?

Me mordí el labio, sin saber qué responder.

—Pues… un poco sí.

Él rio por lo bajo, negando con la cabeza, y dio un paso hacia mí.

—No, de eso nada. Aquí mando yo. Y lo primero que vas a aprender es que el sexo no empieza quitándote la ropa, sino con todo lo que pasa antes.

—¿Eso significa que…? —pregunté, con la voz estrangulada.

—Eso significa que puedes relajarte. Hoy no vamos a follar. Vamos a hablar y… a hacer otras cosas. Vamos a tomárnoslo con calma.

Lo miré sin pestañear, con el corazón latiendo a toda velocidad. Una parte de mí suspiró aliviada, la otra se tensó todavía más.

Porque si había algo peor que lanzarse de golpe a la piscina, era quedarse en el borde con el agua rozándote los pies, sintiendo el vértigo sin poder saltar.

—¿Y qué «otras cosas»? —pregunté al fin, mordiéndome el labio sin darme cuenta.

La sonrisa de Leo se ensanchó, lenta, peligrosa.

—Eso, Riley, está a punto de descubrirlo.

Me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Caminé detrás de él hasta el salón, donde sirvió un par de copas de vino y se sentó en el sofá. Me indicó con la mano que me acomodara a su lado.

—A ver, antes de nada, vamos a sentar las reglas de esto… sea lo que sea esto.

—Vale —asentí, intentando sonar más segura de lo que estaba —. Me parece bien.

—Regla número uno. Si vamos a tener sexo durante un tiempo, quiero exclusividad. Yo no me acostaré con otras, y tú no te acostarás con otros durante el periodo que dure este experimento.

Levanté una ceja, ofendida.

—Lo dices como si eso fuera un problema para mí. Te recuerdo que eres tú el que siempre anda presumiendo de conquistas.

Leo ni siquiera me respondió.

—Regla número dos. Nada de sentimientos. Si en algún momento empiezas a confundir las cosas, damos por terminado el experimento.

Fruncí el ceño.

—Un momento… ¿por qué hablas solo de mí? Eso tiene que ser mutuo, Leo. Si alguien empieza a confundir las cosas, seas tú o sea yo, entonces se acaba.

Sus labios se curvaron en una sonrisa ladeada, como si mi respuesta lo divirtiera más de lo que debería.

—Tranquila. No corres ese riesgo conmigo.

—Lo mismo digo —repliqué, alzando la barbilla.

—Y regla número tres —continuó él, con esa voz grave que me recorría la piel como un escalofrío—: yo marcaré el ritmo. Si considero que aún no estás lista para avanzar, nos detendremos. Harás lo que te diga, cuando te lo diga.

Me quedé callada unos segundos, con el vino en la mano y el corazón desbocado.

Parte de mí quería protestar, rebelarme contra esa autoridad que parecía disfrutar demasiado.

Pero otra parte… otra parte se encendió con la idea de que fuera él quien tomara el control.

—Está bien —dije al fin, fingiendo indiferencia—. ¿Y qué se supone que toca hoy?

Leo apoyó la copa en la mesa baja, girándose hacia mí.

—Empezaré por enseñarte a encender a tu amante. El sexo no es nada sin esa parte previa. Besos, caricias… saber manejar la espera.

Sentí cómo se me secaba la boca. Yo había pensado que iríamos directas al grano. Que sería más inmediato. Pero estaba claro que eso no entraba en sus planes.

Y bueno, tampoco me iría mal experimentar en ese terreno.

No disfrutaba mucho esa parte.

Los besos siempre me hacían sentir incómoda.

Nunca entendía porque la gente podía pasarse horas, literalmente, haciendo eso.

—De acuerdo. Hagámoslo. —Me acerqué a él lo suficiente para que nuestras rodillas se rozaran, y él soltó una risa baja cuando intenté acercar mis labios a los suyos.

—¿Eres así de directa siempre?

—Estoy nerviosa. Prefiero quitármelo de encima lo antes posible.

—Hablas de esto como si fuera una tirita que hay que arrancar

—Para mí lo es.

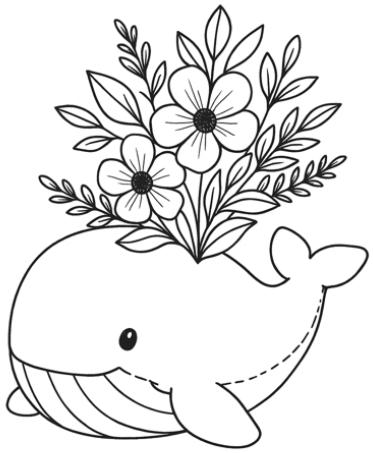
Leo se inclinó hacia mí, despacio, tan despacio que sentí la respiración acelerarse sin que me tocara aún.

—Entonces voy a enseñarte que un beso no es algo que se arranca de golpe, Riley. Es algo que se construye y se saborea.

10

Riley

BESAR CON LENGUA ES (IN)NECESARIO



—Entonces voy a enseñarte que un beso no es algo que se arranca de golpe, Riley. Es algo que se construye y se saborea.

Aquello me pareció una tontería. Para mí, besar era… ese trago que tenías que pasar porque el otro lo esperaba.

Nunca me había parecido especial.

Pero cuando Leo inclinó la cabeza hacia mí y rozó mi boca con la suya, comprendí que quizá lo que me había faltado hasta ahora no eran ganas, sino la persona adecuada.

Sus labios rozaron los míos con suavidad, y empezaron a moverse.

Primero arriba, luego abajo, de nuevo arriba.

Me dejé llevar por esa cadena de besos como si fueran olas que iban y venían, cada una más intensa que la anterior.

No me resultó desagradable.

Al contrario que en mis experiencias anteriores, donde los hombres solían ir más a saco, metiéndome la lengua a la primera de cambio como si necesitaran hacerme una limpieza dental con ella.

Con Leo era distinto. No había prisa.

Y lo más desconcertante fue que, por primera vez en mi vida, empecé a disfrutar de un beso.

A saborearlo. A querer más.

Sentí sus dedos rozando mi mejilla, y un escalofrío me recorrió entera.

Entonces, sin previo aviso, Leo profundizó el beso.

Su lengua rozó la comisura de mis labios y trató de abrirse paso.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza: me tensé, como si de pronto alguien hubiera encendido todas las alarmas dentro de mí.

Él se detuvo al instante, apartándose.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que… besar con lengua siempre me resulta raro. Húmedo. Innecesario.

—¿Innecesario? —repitió, arqueando una ceja, con una media sonrisa cargada de confianza—. Cielo, eso es que nunca te han besado bien. Tú… solo déjate llevar.

Entonces Leo volvió a los besos suaves, sin lengua, moviendo sus labios arriba y abajo, con la misma cadencia lenta de antes.

Apenas un roce, una presión ligera. Cada vez un poco más profundo, un poco más prolongado.

Eso me gustaba… me gustaba mucho.

Y entonces, en medio de ese vaivén de besos encadenados, su lengua empezó a rozar mi entrada con una suavidad inesperada.

Sentí un cosquilleo extraño recorrerme de arriba abajo. Pero… no me pareció desagradable.

Leo siguió encajando sus labios con los míos, dejándome espacio, permitiendo que fuera yo quien decidiera el ritmo.

De vez en cuando, su lengua rozaba la mía apenas un instante, provocándome, encendiéndome, haciéndome desear más.

Hasta que, en un momento, sin que él tuviera que forzar nada, mi boca se abrió por sí sola y lo dejé entrar.

La lengua de Leo se deslizó en mi interior y, entonces, simplemente dejé de pensar. Porque lo que siempre me pareció en parte desagradable, se convirtió en una experiencia… sensual, lenta, íntima.

Joder, maravillosa. Realmente maravillosa.

Tan maravillosa que empecé a mover mi propia lengua, retándolo y provocándolo también.

Leo gruñó contra mi boca, con un sonido bajo y grave, que me recorrió entera.

Y luego detuvo el beso para mirarme.

Sus ojos estaban oscurecidos. Más oscuros que nunca.

—¿Sigues pensando que los besos con lengua son innecesarios?

—Oh, Dios, para nada. ¿Por qué nadie me había besado antes así?

—Porque solo hay un Leo Moretti en este mundo, y ese soy yo.

Volvió a besarme, esta vez con urgencia. Nuestras lenguas se entrelazaron con una intensidad nueva, más profunda, más voraz.

Era como si todo mi cuerpo estuviera aprendiendo un idioma nuevo, y Leo fuera el único profesor capaz de enseñármelo.

Volvió a detenerse instantes después, aunque por la forma en la que su expresión se tensó, era obvio que le estaba costando la vida, igual que a mí.

—Llegados a este punto, es momento de usar tus manos.

Parpadeé, todavía aturdida.

—¿Mis manos?

—Ajá. Si quieres subir la intensidad del momento, desliza tu mano sobre el muslo de tu acompañante… y ve subiéndola poco a poco.

Me miró con esa mezcla de arrogancia y paciencia que me enloquecía, como si estuviera esperando a ver si era capaz de obedecer.

Tragué saliva, y bajé la vista hacia su regazo. Solo la idea de hacerlo me aceleró el pulso, pero reuní valor.

Con cuidado, posé mi mano sobre su muslo. Sentí el calor traspasar el tejido de su pantalón y, cuando empecé a subir despacio, la respiración de Leo se volvió más pesada.

—Así —murmuró, con un tono tan grave que me encendió aún más—. Buena chica.

Llegué hasta la ingle y le miré, preguntando si debía seguir.

Él asintió y entonces, conteniendo la respiración, coloqué mi mano en si paquete.

Leo cerró los ojos y yo solté un gemido ahogado, porque aquello era monstruosamente grande.

Y porque estaba duro. Muy duro.

Lo cierto era que nunca me había preguntado sobre el tamaño del pene de Leo. Y ahora que lo había palpado, la curiosidad me golpeó con fuerza.

Siempre había dado por hecho que él era arrogante porque sí, porque lo llevaba en la sangre, pero de pronto empecé a pensar que quizá tenía razones de sobra para estar tan seguro de sí mismo.

Apreté un poco más los dedos, tanteando, insegura de si lo estaba haciendo bien o si iba a estropearlo todo.

Acaricié su polla por encima de la tela y empecé a mover la mano.

Sentía el calor atravesar la tela del pantalón, la dureza palpitante bajo mi palma. Cada movimiento arrancaba un leve gruñido de su garganta, y eso me animaba a seguir.

Y eso hice: seguir. Arriba, abajo, abajo arriba…

En un momento dado, él abrió los ojos de golpe, oscuros, brillantes, y me atrapó la muñeca con firmeza, deteniendo mi movimiento.

—Despacio, Ry. Debes saber cuándo parar si no quieres que la fiesta termine antes de empezar. Debes jugar, pero no precipitarte.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello hasta las mejillas.

Asentí despacio, tragando saliva, con el pulso desbocado.

—¿Jugar… cómo?

Leo se inclinó hacia mí, rozando mi oreja con sus labios antes de susurrar:

—Provoca, tienta, haz que el otro se desespere por más. Eso es lo que convierte un roce en algo inolvidable.

—¿Y eso cómo se hace?

—¿Quieres que te lo muestre?

Asentí. Y entonces fue él quien colocó la mano en mi muslo, firme, segura, y la deslizó bajo el borde de mi vestido.

Mi respiración se cortó cuando sus dedos avanzaron despacio, trazando un camino que me hizo estremecerme hasta que llegaron al borde de mis braguitas.

Allí se detuvo apenas un segundo, lo justo para que mi corazón pareciera salirse del pecho.

Después, sus dedos se deslizaron sobre la tela, rozándome con una presión suave.

Un jadeo se me escapó sin permiso cuando noté cómo comprobaba, con un movimiento lento y preciso, lo húmeda que ya estaba.

—Vaya, Ry… —murmuró contra mi oído, con un tono grave que me derritió por dentro—. Parece que alguien sí está disfrutando de la lección.

Hundió un poco más el dedo dentro de mis braguitas hasta dar con mi clítoris, lo que me arrancó un gemido ahogado, intenso, imposible de disimular.

Él sonrió, satisfecho, y justo entonces apartó la mano con una calma desesperante, dejándome ardiendo.

—¿Quieres más, verdad? —susurró, con los ojos brillando de puro control—. De eso se trata: de desearlo, de entender que el poder está en la espera… en cómo provocas al otro hasta que se vuelve loco por ti.

Tragué saliva, todavía temblando, y lo miré con incredulidad.

—Eso es cruel.

—Es la dinámica del placer, cielo.

—¿Y dices que hoy solo vamos a besarnos?

—Ajá. Hoy nada de orgasmos.

Me quedé boquiabierta, sin poder creer lo que acababa de escuchar. ¿Nada de orgasmos? ¿Después de haberme dejado temblando de esa manera?

Era como invitar a alguien a un banquete y luego arrancarle el plato en el primer bocado.

—Eso sí que es tortura —murmuré, con un puchero que me salió más sincero de lo que hubiera querido.

—Has venido a aprender, y cada lección necesita su tiempo para asimilarse como es debido —replicó él, con esa voz grave que no admitía réplica—. Ahora mueve ese culo y siéntate a horcajadas sobre mí. Vamos a seguir practicando.

Me quedé congelada unos segundos, con el corazón golpeándome contra las costillas.

¿A horcajadas? ¿Así, sin más?

Mi cuerpo se movió casi antes de que mi mente diera la orden.

Me acomodé sobre sus piernas, sintiendo la dureza debajo de mí incluso con la tela de por medio.

Un jadeo se me escapó antes de poder contenerlo.

Leo sonrió satisfecho.

—Eso es. Ahora vamos a comprobar cuánto puedes aprender en esta posición.

Colocó una de sus manos en mis caderas y la otra detrás de mi nuca, atrayéndome de nuevo hacia él.

Nuestros labios se encontraron y volvimos a enredarnos en un beso con lengua, húmedo, intenso, completamente distinto a todo lo

que había probado antes.

Esta vez no hubo timidez ni tanteos: Leo me tomó con firmeza, marcando el ritmo, guiándome sin darme espacio a dudar.

Un gemido escapó de mi garganta cuando sus dedos en mi cadera apretaron más, haciéndome sentir la presión de su erección debajo de mí.

Instintivamente, empecé a mover las caderas sobre él, para aliviar la tensión que me quemaba por dentro, buscando más fricción, más contacto.

Y eso es lo que hicimos durante las siguientes horas: besarnos sin descanso y perdernos en caricias.

Nos calentamos con el vaivén de nuestros sexos, rozándonos una y otra vez.

El ritmo era lento, desesperante, sin llegar nunca a correrno s.

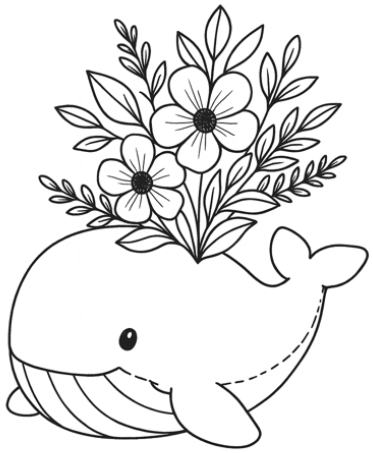
Y Dios, fue increíble.

Lo más increíble que había probado en mi vida.

11

Riley

TOCAR EL NIRVANA CON LOS LABIOS



El zumbido de los equipos llenaba el laboratorio, mezclándose con los pitidos rítmicos de los hidrófonos que enviaban datos desde mar abierto.

En la pantalla, los espectrogramas mostraban líneas ondulantes, picos y descensos con los cantos de las ballenas.

Debería estar concentrada en eso.

Debería estar analizando las variaciones de frecuencia, midiendo la intensidad, marcando en mis notas el patrón que llevaba días sospechando.

Pero lo único que conseguía ver, una y otra vez, era la imagen de mí misma sobre Leo.

Mi respiración se entrecortó al recordarlo.

El calor de sus manos en mis caderas.

Sus labios hambrientos sobre los míos.

Y la dureza palpitante bajo mí cuando empecé a moverme, casi sin darme cuenta.

No había habido un orgasmo, no habíamos llegado a tanto… pero, joder, fue lo más cerca que estuve nunca de perder la cabeza con un hombre.

Sacudí la cabeza, intentando volver a los gráficos.

Era ridículo.

Aquello no podía seguir interfiriendo en mi trabajo. Lo de anoche había sido… una clase. Un experimento. Nada más.

Inspiré hondo y forcé la vista a enfocarse en el espectrograma.

Y entonces lo vi con claridad: una secuencia repetida de notas largas, graves, que se entrelazaban con otras más cortas y agudas.

El inicio del canto de apareamiento, donde los machos competían entre sí para atraer a las hembras.

Me giré hacia Sue, que se había acercado a la pantalla con una sonrisa satisfecha.

—¿Lo ves? —dije, señalando la curva en el espectrograma—. Ahora sí que no hay duda. Han empezado. Es el canto del apareamiento. Siempre me impresiona cómo pueden coordinarse así, como si todo el océano fuera un escenario.

Sue asintió, fascinada.

—Es hipnótico, ¿verdad? —comentó.

¿Sue y yo éramos dos frikis de las ballenas? Confirmado.

Cuando la conocí y descubrí que existía alguien en el mundo tan loco como yo por esos gigantes marinos, sentí que había encontrado a mi alma gemela científica.

Nos pasábamos horas hablando de migraciones, cantos, estadísticas de apareamiento y hasta de teorías conspiranoicas sobre cómo las corrientes podían alterar sus rutas.

Para nosotras, era pura magia.

Sue se inclinó un poco hacia mí, entornando los ojos con esa expresión suya de sabueso cuando olía algo sospechoso.

—Un momento… —dijo, ladeando la cabeza—. Riley Hart, ¿es eso un chupetón?

Sentí cómo la sangre me subía en oleadas al rostro.

Instintivamente me llevé la mano al cuello, como si pudiera borrar cualquier marca con solo cubrirla.

—¿Qué? ¡No! —respondí demasiado rápido, lo que por supuesto solo alimentó su sonrisa de sospecha.

—Oh, sí que lo es —canturreó, apoyando las manos en la mesa —. ¿Lo hizo Andrew? No pensé que fuera de los que marcaba territorio.

La miré, sintiéndome culpable.

El día anterior no trabajamos juntas porque ella tuvo que salir a supervisar unas pruebas de campo en la costa. Preferí no explicarle por mensaje el cambio de planes.

Ahora, con su mirada clavada en mi cuello, no había escapatoria.

—No fue… Andrew —admití, sintiendo cómo las mejillas se me incendiaban.

—¿Cómo qué no? —abrió mucho la boca, incrédula—. ¿Entonces quién?

—Fue Leo. Al final… aceptó.

Las palabras quedaron flotando en el aire, y vi cómo a Sue se le desencajaba la cara primero con sorpresa y después con una sonrisa que parecía a punto de explotar.

—¡Te has tirado a Leo Moretti y no has tenido la poca vergüenza de decirme nada hasta ahora?

—No exactamente. No… follamos. Leo ha decidido que nos tomemos las cosas con calma.

Sue me miró como si acabara de hablarle en chino.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Que iremos paso a paso para que yo vaya adquiriendo los conocimientos de cada etapa. —Me encogí de hombros, intentando sonar razonable—. Si lo piensas bien, tiene sentido.

Ella parpadeó, incrédula.

—¿O sea que solo os morreasteis como si fuerais dos quinceañeros cachondos?

—Algo así —murmuré, llevándome el bolígrafo a los labios para no sonreír como una idiota.

Sue dejó escapar una carcajada.

—Dios mío, Ry… eres un caso perdido. ¿Cómo pasas de pedirle a tu mejor amigo que sea tu maestro sexual a acabar describiéndolo como un curso intensivo por fases?

—Porque es justo lo que es —repuse, colorada hasta las orejas.

—Al menos cuéntame cómo fue la experiencia. ¿Cómo besa Leo Moretti?

—Besa como si existiera el nirvana y pudiera tocarlo con los labios.

—Guau, Ry, eso suena jodidamente sensual. Y te odio ahora mismo. Aún me faltan tres semanas para ver a Haruto.

Me reí, incapaz de contenerme.

—En serio, Sue. Ahora entiendo por qué a la gente le gusta besar. Hasta ayer yo pensaba que todos mentíais al decir que os gustaba hacerlo.

Sue me miró con atención, ladeando la cabeza.

—¿Y no te pareció raro?

Parpadeé, sorprendida por la pregunta.

—¿Raro? ¿El qué?

—Sí. Raro. Quiero decir… besar a Leo. Tu mejor amigo. El chico al que has visto crecer, con el que has compartido media vida. ¿No te resultó extraño?

Me mordí el labio, sintiendo cómo el calor me subía al cuello.

—No —admití al fin, con un hilo de voz—. En realidad me pareció lo más natural del mundo. Como si fuera algo que, en realidad, ya hubiéramos hecho antes. Quizás la clave es esa. Hacerlo con alguien que te conoce incluso mejor que tú misma.

Sue me miró como si acabara de descubrir una nueva especie marina.

—O sea, que Moretti no solo es guapo y arrogante, sino que encima besa como un Dios griego y contigo fluye como si llevarais ensayándolo toda la vida. Ay, Ry, yo de ti vigilaría. Podrías acabar enamorándote de él.

Negué con un movimiento de cabeza, divertida.

—Eso es imposible. Leo es mi amigo. Punto.

Sue no respondió. Se limitó a volver la vista al espectrograma, como si lo que había visto en mi cara ya fuera suficiente.

Yo, en cambio, me quedé en silencio, repitiéndome una y otra vez que todo estaba bajo control.

Que aquello no era más que un experimento, un acuerdo temporal, una manera de ganar experiencia sin exponerme a más decepciones.

Nada más.

No significaba nada fuera del laboratorio improvisado que habíamos creado entre los dos.

No iba a cambiar lo que éramos.

No iba a confundirme.

Era solo eso: Leo y yo. Amigos.

Y un experimento.

Tenía que serlo.

***

Horas más tarde, el móvil vibró sobre la mesa del salón de mi casa. En cuanto vi el nombre en la pantalla, un nudo me apretó el estómago. Mamá.

Respiré hondo antes de contestar. Era una llamada que no quería tener que responder, pero no podía ignorarla. Mamá era demasiado insistente.

—Hola, mamá.

—Riley. —Su voz sonaba igual de seca y contenida que siempre —. Solo quería saber si piensas pasar algún día por casa.

Me mordí el labio, caminando hasta la ventana como si las luces de la ciudad pudieran darme valor.

—He estado ocupada en el laboratorio. Tenemos un pico de actividad en los registros de migración y…

—Siempre las ballenas —me interrumpió ella, con un suspiro cargado de reproche—. ¿Y de qué te sirve pasarte la vida escuchando ruidos bajo el agua? Tu hermano ya es socio del bufete. A tu edad, tu padre y yo llevábamos años construyendo algo sólido.

Cerré los ojos, conteniendo la punzada que me atravesaba el pecho cada vez que comparaba mi vida con la de él.

—Ya lo sé. Pero este es mi camino, mamá. No voy a dejarlo.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier palabra.

Ese silencio frío que conocía demasiado bien, el que había escuchado desde que dije por primera vez que no quería seguir el legado familiar. Que no quería ser abogada.

Y, a veces, hasta el apartamento en el que vivía me lo recordaba. Sabía que sin la ayuda inicial de mis padres jamás habría podido permitírmelo en el Upper. Y cada vez que pensaba en ello me pesaba como una deuda silenciosa.

—En fin —dijo al fin, con esa frialdad cortante—. Solo recuerda que siempre tendrás un lugar aquí… si decides sentar cabeza.

—Claro —murmuré, con la garganta hecha un nudo.

Cuando colgó, me quedé mirando la pantalla apagada del móvil.

Podía haberme acostumbrado ya, después de tantos años, pero cada llamada con ella dejaba la misma cicatriz: el recordatorio de que para mi madre siempre sería la hija descarriada, la que había

tirado por la borda su futuro por una obsesión infantil con las ballenas.

Abracé un cojín contra el pecho, intentando que el temblor se detuviera.

Lo cierto era que podía estar a miles de kilómetros del bufete, en un laboratorio lleno de hidrófonos y gráficos, pero una parte de mí seguía siendo aquella niña que nunca logró ser lo que sus padres querían.

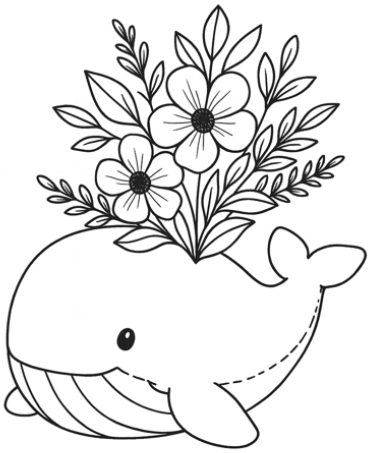
Y a veces me preguntaba si esa inseguridad que arrastraba con los hombres no venía de ahí.

De haber crecido sintiendo que nunca era suficiente, que siempre decepcionaba a alguien, que por más que intentara ser yo misma, jamás estaría a la altura de las expectativas.

12

Leo

TODO CONTROLADO



Necesitaba aire.

El Luxury se me estaba quedando pequeño: trabajaba allí, vivía allí, comía allí… en los últimos días apenas había puesto un pie fuera, y la idea de convertirme en un prisionero de cinco estrellas me asfixiaba.

Así que me juré que, aunque solo fuera un par de horas, saldría de esas paredes.

El gimnasio de Cameron era la opción perfecta.

Su familia había levantado un imperio deportivo: clubes privados, centros de alto rendimiento para atletas profesionales y, como guinda, una cadena de gimnasios premium repartidos por todo el país.

Yo solía escaparme al que quedaba más cerca del Luxury, y, casualidad, o no, también era el que quedaba más cerca del apartamento de Riley.

No era la primera vez que coincidíamos allí, sobre todo en la piscina, donde ella aprovechaba para hacer sus largos.

Riley odiaba el gimnasio, en cambio adoraba el agua, como una de esas ballenas que tanto amaba.

Ese día, sin embargo, me dije a mí mismo que no iba por ella.

Que no tenía nada que ver con Riley ni con la manera en que su boca aún me perseguía en sueños.

Solo estaba allí para despejarme. Para respirar fuera del hotel.

Por mucho que llevara cuarenta y ocho horas reviviendo una y otra vez cada beso de aquella noche en la suite.

Como cuando era crío y me dio por obsesionarme con *El Rey León*: podía ver la misma película en bucle, durante días, sin cansarme jamás.

Eso mismo me pasaba ahora con Riley. Mi cabeza no se cansaba de reproducir una vez tras otra el recuerdo de esa noche juntos.

Intentaba convencerme de que eso sucedía porque Riley siempre había estado prohibida, y que al probar siquiera un poco de lo que nunca me había permitido, mi cerebro había entrado en modo obsesión.

Quería creer que era solo eso: la novedad, el morbo de cruzar una línea que siempre había estado pintada en rojo.

Con ese pensamiento, me ajusté el bañador, el gorro y cogí la toalla, dispuesto a lanzarme al agua y dejar la cabeza en blanco a base de brazadas.

Necesitaba cansar el cuerpo para silenciar la mente.

La piscina estaba vacía, a excepción de una de las calles.

Entonces me acerqué al borde y no me costó reconocerla.

Riley siempre llevaba el mismo bañador: uno negro, sencillo, sin adornos ni escotes exagerados. Y en ese momento regresaba desde el otro lado de la piscina con una brazada firme y el agua deslizándose sobre su piel.

La reconocí de lejos. Eran demasiados años conociéndola como para no hacerlo. Podría distinguir su silueta incluso entre una multitud.

La esperé en su misma calle.

Cuando Riley se detuvo a coger aire, con el pecho subiendo y bajando bajo la fina capa de agua, me incliné lo suficiente para que me oyera y susurré:

—Qué sorpresa tan inesperada, Ry.

Ella dio un respingo en el agua, tragando una bocanada de aire antes de girarse hacia mí.

Sus ojos se abrieron como platos al encontrarme allí, a apenas unos centímetros.

—¿Leo? —jadeó, aún recuperando el aliento—. ¿Qué haces aquí?

Encogí los hombros, fingiendo indiferencia mientras mis labios se curvaban en una sonrisa ladeada.

—Necesitaba salir del hotel y despejarme. ¿Qué mejor sitio que hacerlo que en una piscina olímpica? —dije, sin apartar la mirada de ella.

Riley arqueó una ceja, sujetándose al bordillo para recuperar el aliento.

—O sea, que de todos los lugares de Manhattan, vienes a fastidiarme mi refugio.

—Vaya, no sabía que mi presencia pudiera afectarte de esa manera. El otro día no parecías precisamente fastidiada.

—Agh, eres un engreído —dijo, roja como un tomate, para instantes después dar media vuelta y sumergirse bajo el agua.

Dejé mi toalla a un lado y decidí hacer lo mismo en la calle contigua

Me lancé de cabeza y el agua me envolvió de golpe, fresca, cortando en dos mi respiración.

Estiré los brazos y avancé con brazadas largas y firmes, dejándome arrastrar por la cadencia rítmica del nado.

Tuve que salir a coger aire un par de veces, llenando los pulmones antes de volver a sumergirme.

Emergí finalmente en el extremo contrario, justo cuando Riley también salía a la superficie. El pelo húmedo se le había pegado a la cara y sus gafas de natación brillaban con las gotas deslizándose por el cristal.

Me miró con los labios entreabiertos y, tras recuperar aire, preguntó con ironía:

—¿Por qué, de todas las calles vacías, has elegido justo la que está a mi lado?

—Siempre lo he hecho y nunca te ha molestado. ¿Qué ha cambiado? —Me acerqué hasta rozar la línea ondulante que separaba nuestros carriles—. ¿Puede que ahora te parezca demasiado tentador? Lo comprendo. Si a mi sex appeal natural le sumas el poder que ejerce el agua sobre mí, soy prácticamente irresistible.

—Sí, y muy humilde también —replicó, subiendo las gafas de natación con gesto exasperado.

Solté una carcajada baja.

—La humildad está sobrevalorada, Ry. Además, si te soy sincero, el agua a ti tampoco te sienta nada mal.

La miré de arriba abajo y ella se ruborizó, mordiéndose el labio sin darse cuenta.

—No me mires así. Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—Claro —respondí con una sonrisa ladeada—. Pero me gusta observar la comida antes de comérmela, y esta noche quiero darme un festín contigo.

El plan era volver a vernos esa noche para seguir con las clases, y esta vez iba a aumentar la intensidad hasta hacer que se corriera.

Y con un poco de suerte, esperaba correrme yo también.

Riley se atragantó con su propia respiración, salpicando agua al intentar apartarse un poco.

—¡Leo! —protestó en un susurro, llevándose las manos a las mejillas ardiendo—. No digas esas cosas…

—¿Por qué no? —murmuré, rozando con mis dedos el agua que vibraba entre nosotros—. Si vas a aprender, más vale que sepas desde ya que pienso dejarte temblando.

Sus ojos, grandes tras las gafas de natación, se clavaron en los míos.

Pude ver cómo su respiración se aceleraba, cómo el deseo se mezclaba con el miedo.

Y entonces, simplemente, volvió a sumergirse, escapando de mí.

Si quería jugar al gato y al ratón, no me importaría seguirle el juego.

Volví a sumergirme bajo el agua, impulsándome con fuerza desde la pared.

Sentí la presión del cloro en los oídos y el ardor en los músculos, pero no aflojé hasta llegar al otro extremo antes que ella.

Pasé a su carril con una brazada y la esperé allí, apoyado en el bordillo. Cuando Riley emergió, con las mejillas sonrojadas y el pecho subiendo y bajando a toda velocidad, se encontró con mi sonrisa esperándola.

—Oye, regresa a tu carril.

—No lo haré hasta que me demuestres lo que aprendiste el otro día.

—¿Qué?

Me puse delante de ella, enjaulándola con los brazos abiertos contra el borde.

—Un beso, Ry —murmuré, inclinándome hacia ella—. Quiero comprobar si recuerdas la lección o si necesito volver a enseñártelo desde cero.

Ella se mordió el labio, nerviosa, y esa fue toda la invitación que necesité.

Hundí una mano en su nuca y atrapé sus labios con los míos.

El beso comenzó suave, apenas un roce húmedo, pero en cuanto sentí cómo se aferraba a mis hombros, profundicé, deslizando mi lengua entre sus labios.

Riley suspiró contra mi boca y se abrió para mí.

El agua chapoteó alrededor cuando ella, casi sin darse cuenta, enredó sus piernas alrededor de mi cintura.

Su cuerpo menudo se apretó contra el mío, caliente incluso bajo el agua, y yo me sujeté con una mano al bordillo para no sumergirme.

La otra seguía fija en su nuca, guiándola, enseñándole cómo dejarse llevar, cómo dejarse besar de verdad.

Su lengua buscaba la mía con ansias, entrelazándose, probando, y cada vez que se atrevía a más, un gruñido bajo se escapaba de mi garganta.

Sentía su respiración entrecortada mezclarse con la mía, el roce de su pecho contra mi torso, y la dureza creciendo inevitablemente entre nosotros.

Era salvaje y delicioso a la vez.

Riley Hart, mi mejor amiga, besándome como si se le fuera la vida en ello.

Cuando por fin nos separamos, aún con la respiración desbocada, apoyé la frente contra la suya.

—Veo que aprendiste la lección al completo —susurré, con una sonrisa ladeada—. No hay duda de que hoy podremos pasar a la siguiente.

Antes de soltarla, moví las caderas contra las suyas, despacio, lo suficiente para que sintiera la presión dura de mi erección bajo el agua.

Riley ahogó un jadeo y sus uñas se clavaron un instante en mis hombros, antes de apartar la mirada con el rostro ardiendo.

La dejé ir y, sujetándome en el bordillo, salí de la piscina. El aire frío me golpeó la piel mojada mientras cogía la toalla para secarme.

Y entonces lo vi.

Cameron estaba de pie a pocos metros, con los brazos cruzados y esa expresión tranquila que lo hacía parecer más juez que amigo.

Llevaba el bañador, lo que me hizo suponer que quería entrenar un poco.

No era sorprendente. A fin de cuentas, Cameron había sido nadador profesional hasta que una lesión en el hombro lo obligó a retirarse de la competición.

Además, aquel gimnasio también era el que le quedaba más cerca de su casa.

En sus ojos había un brillo divertido, como si hubiera presenciado más de lo que yo hubiera querido mostrar.

Tras de mí, Riley ya se había sumergido de nuevo, desapareciendo bajo la superficie como si el agua pudiera tragarse la evidencia.

Yo, en cambio, me quedé frente a Cam, empapado y con la sonrisa de quien sabe que acaba de ser pillado.

***

—¿Tú y Riley estáis juntos? —preguntó Cam en la cafetería del gimnasio.

Estábamos aún en bañador, lo que hacía aquel encuentro un poco surrealista. Aunque bueno, siendo él el jefe, bien podría ir en pelotas y nadie se atrevería a decir nada.

Tomé un sorbo de café antes de contestar, con toda la calma del mundo.

—No estamos juntos. Solo acepté darle clases.

—¿Clases?

—De sexo.

—Entonces, al final, ¿vas a ser tú su maestro sexual? —preguntó con incredulidad—. ¿Y estás seguro de que eso va a funcionar? Sois mejores amigos.

Apoyé el vaso de café en la mesa y me incliné hacia él, con una medio sonrisa.

—Precisamente por eso. Riley confía en mí más que en nadie. ¿Quién mejor que yo para enseñarle a soltarse?

Cam dejó escapar una risa breve, sin apartar la mirada de la mía.

—O para que acabéis jodidos los dos.

—Tranquilo —repliqué, recostándome en la silla—. Tenemos reglas.

—Ajá. —Cam bebió de su vaso, todavía sonriendo—. Me pregunto cuánto tardarás en romper esas reglas.

—¿Por qué te importa?

Él suspiró, apoyando los codos en la mesa.

—Porque ya sabes que yo jodí una relación de amistad por meter sentimientos de por medio, y no quiero que te pase lo mismo.

—¿Lo dices por Audrey?

Cameron desvió la mirada hacia la ventana de la cafetería.

Audrey Wells. Su exnovia. Habían sido mejores amigos durante años, desde que coincidieron en el centro de alto rendimiento.

Ella entrenaba para natación sincronizada, mientras que él se preparaba para competir en estilo libre.

Se entendían como pocos, hasta que un día dejaron de ser solo amigos.

Estuvieron juntos cinco años, hasta que él se lesionó y todo se vino abajo.

El hombro derecho, su mayor fortaleza, se convirtió en su condena. La lesión lo apartó de las competiciones y lo obligó a abandonar la carrera profesional.

Y, de algún modo, aquella herida se abrió también entre ellos.

Audrey siguió compitiendo, viajando, construyendo la vida que ambos habían soñado compartir.

Cameron, en cambio, se quedó atrás, atrapado entre la rehabilitación, la frustración y un futuro que ya no encajaba con el suyo.

Cameron nos había contado esa historia un día de borrachera y jamás lo había vuelto a mencionar.

—Sé que mi historia no es la vuestra, pero a veces pienso que hubiera sido mejor habernos quedado como amigos. Quizás ahora aún mantendríamos el contacto.

—Cam, te agradezco que te preocupes por nosotros, pero como bien dices, tu historia no es la nuestra. Riley y yo no somos tú y Audrey. Tenemos claro lo que es: un pacto, nada más.

Él arqueó una ceja, sin apartar la vista de mí.

—¿Un pacto que incluye besos robados en la piscina?

Solté una carcajada seca, apoyando el codo en la mesa.

—Llámalo práctica. Cada lección necesita ejemplos reales.

Cameron negó con la cabeza, llevándose el vaso a los labios para beber un sorbo.

—Eres un cabrón arrogante, Moretti. Pero recuerda lo que te he dicho: las líneas que se cruzan rara vez se pueden volver a borrar.

—Tranquilo, Cam. —Me incliné hacia él con una sonrisa ladeada —. Yo controlo.

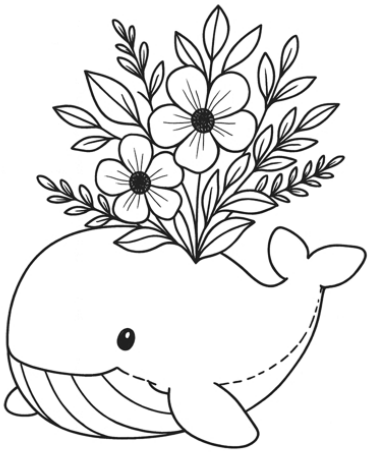
Y realmente creía que controlaba.

Me lo repetía una y otra vez, como un mantra, convencido de que podía mantener la distancia, de que no había riesgo alguno.

13

Riley

PROBLEMAS MUNDANOS



El reloj del salón marcaba las siete y media y yo llevaba una hora dando vueltas por la casa sin saber qué hacer con las manos.

Había encendido una vela en la mesa del comedor, ordenado los peluches de ballena del sofá tres veces y repasado mi reflejo en el espejo del pasillo como si fuera a un examen.

Esta vez habíamos quedado aquí, en mi casa, mi terreno, y eso debería tranquilizarme.

Pero en cuanto pensaba en Leo, en la manera en que me había besado en la piscina, el estómago me daba un vuelco.

Nunca nadie me había hecho perder la noción del tiempo con un simple roce de labios.

Me convencí de que seguía teniendo el control.

Seguíamos siendo Riley y Leo, amigos de toda la vida, jugando a un experimento.

Un experimento que yo había diseñado.

Un experimento que yo iba a supervisar de principio a fin.

El timbre sonó y di un respingo. Inspiré hondo y abrí, con las manos algo temblorosas. Porque lo de hoy no se quedaría en simples besos.

Sabía que hoy iríamos más allá y la certeza me recorría como un cosquilleo eléctrico.

Abrí. Leo estaba allí, sonriendo. Llevaba puesto un pantalón de vestir oscuro perfectamente entallado y una camisa de lino azul marino, con los primeros botones desabrochados.

—Espero que tengas hambre, Hart.

Alzó una bolsa de papel con el logo del restaurante que más veces me había visto salir feliz y empachada: dumplings, noodles picantes y rollitos, mi perdición.

Lo miré sorprendida.

—No sabía que la cena estaba incluida en el plan de estudios.

Él entró sin esperar invitación, dejando la bolsa de comida sobre la isleta que unía cocina con el salón.

—Claro. —Se giró hacia mí con una sonrisa ladeada—· Quiero que tengas energía para las clases de hoy. No pienso dejar que te me desmayes en mitad del entrenamiento.

Me sonrojé hasta las orejas.

No era lo que había pensado, y tenía el estómago un poco revuelto, pero tenía razón: apenas había comido en todo el día.

Mejor llenarme antes de enfrentar lo que sabía que venía después.

Me levanté y saqué un par de cuencos hondos y los palillos chinos que siempre guardaba en el cajón del menaje.

Coloqué todo en la mesa con movimientos torpes, intentando que no se notara lo mucho que me temblaban las manos.

Abrí los envases y serví noodles en cada cuenco, repartí los dumplings y dejé los rollitos en un plato en el centro.

Me senté frente a Leo, intentando concentrarme en la comida.

Él cogió los palillos, tomó un dumpling y lo llevó a la boca sin dejar de mirarme.

—Te ves nerviosa, Ry.

—¿Qué? Para nada. Estoy perfectamente. —Pinché un noodle, lo enredé con torpeza y me lo metí a la boca demasiado rápido. Me quemé la lengua al instante y tuve que beber un sorbo de agua para disimular.

—Ajá, tan perfectamente que estás cogiendo los palillos del revés.

Miré mis manos y, efectivamente, los palillos estaban al revés.

Solté una carcajada nerviosa y los recoloqué como si nada.

—Eso solo ha sido un despiste.

Leo rio por lo bajo.

—Ni siquiera me has soltado ningún dato random sobre ballenas. No pareces tú.

—¿Quieres uno? Vale. —Me incliné sobre la mesa, fingiendo solemnidad—. Los machos de ballena jorobada producen canciones que pueden durar entre diez y veinte minutos y las repiten durante horas. Y lo mejor es que cambian cada año, como si fueran cantantes de moda sacando un nuevo single.

Leo arqueó una ceja, divertido.

—¿Estás diciendo que las ballenas son más creativas que la mitad de los artistas de la radio?

—Exacto.

—Me parece fascinante.

—Lo es. Mucho más fascinantes que nosotros, simples humanos con problemas mundanos… —Alcé los hombros—. Ellas migran miles de kilómetros, se comunican con canciones épicas y cooperan para cazar. Y mientras tanto, nosotros… nos peleamos por fideicomisos y olvidamos cómo usar unos simples palillos.

Leo sonrió, ladeando la cabeza.

—Hablando de problemas mundanos, Cameron nos pilló esta tarde en la piscina.

Abrí los ojos de par en par.

—¿¡Qué!? ¿¡Cómo que nos pilló!?

Leo se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—No pasa nada, pero le he contado lo que nos traemos entre manos. Parece un poco preocupado por la salud de nuestra amistad.

—¿Por qué?

—Por si el sexo estropea las cosas entre nosotros.

—¿Y tú qué le has dicho? —pregunté, con el corazón encogiéndoseme en el pecho.

—Que no tenía nada de qué preocuparse. Que sabemos lo que hacemos y que no vamos a confundir las cosas.

—Por supuesto. Somos adultos. Y el sexo es… eso. Solo sexo. Dos personas satisfaciendo una necesidad básica, sin más

complicaciones.

Leo ladeó la cabeza, y me dedicó una sonrisa que me hizo querer esconderme bajo la mesa.

—Vaya, lo dices como si estuviéramos hablando de pedir pizza un viernes por la noche.

—Pues un poco lo mismo, ¿no? Comes, te sacias, y a otra cosa.

—Ya. —Su mirada se volvió más oscura, más intensa—. Con la diferencia de que, cuando termine contigo, no vas a querer ir «a otra cosa».

***

El resto de la cena transcurrió entre comentarios ligeros y alguna que otra broma. Las carcajadas hicieron que la tensión se aflojara un poco, aunque por dentro yo sentía cada minuto como la calma antes de la tormenta.

Cuando terminé de recoger los platos, me giré hacia él con el corazón acelerado.

—Entonces… ¿quieres que empecemos ya?

Leo se recostó en el sofá.

—Prefiero que antes veamos una película. —Se encogió de hombros con naturalidad—. Quiero que esto fluya, Ry, no que parezca una cita en el dentista.

Suspiré, medio aliviada y medio decepcionada, y encendí la tele.

—Vale, ¿qué quieres ver? —pregunté mientras navegaba por Netflix.

—Pon *Stardust* —dijo Leo, como si lo tuviera clarísimo.

La busqué, le di al *play*, pausé y me levanté a por palomitas y algo para picar. Encontré regaliz rojo y una tableta de chocolate medio escondida en la despensa.

Volví al salón con todo en los brazos y lo dejé sobre la mesa baja.

—Surtido completo. Palomitas, regaliz y chocolate. Si después de esto no eres feliz, ya no sé qué más darte.

Leo cogió una tira de regaliz y la mordió lentamente, sin dejar de mirarme.

—Lo que me hace feliz no está en la mesa, Ry.

Rodé los ojos, intentando ignorar cómo me temblaban los dedos al abrir la bolsa de palomitas caliente.

—Eres imposible.

—Y a ti te encanta. —Se estiró en el sofá, ocupando más de la mitad como si fuera suyo—. Anda, siéntate ya, que quiero ver la peli.

Me acomodé a su lado con el bol de palomitas entre nosotros, aunque en realidad era inútil. Su rodilla ya rozaba la mía y, con cada movimiento, me resultaba más difícil concentrarme en cualquier otra cosa.

A mitad de la película, notaba el contacto de Leo cada vez más intensamente.

Su calor, su presencia, ese magnetismo que parecía envolverlo todo.

Y entonces, por primera vez en mi vida, decidí llevar yo la voz cantante.

Dejé las palomitas en la mesa y coloqué mi mano sobre su muslo.

Empecé a subir despacio, tal y como él me había enseñado. Su respiración se tensó en cuanto crucé la línea de lo prohibido.

Cuando llegué hasta su paquete, lo encontré duro bajo la tela. Un gemido bajo y ronco se escapó de su garganta.

—¿Riley… qué se supone que estás haciendo? —preguntó, con la voz grave, rota.

—Poniendo en práctica lo aprendido —susurré, sin apartar la mirada.

Sus ojos se oscurecieron al instante, como si de golpe todo el aire se hubiera vuelto más denso.

—¿Tan impaciente estás?

—Sí. Mucho.

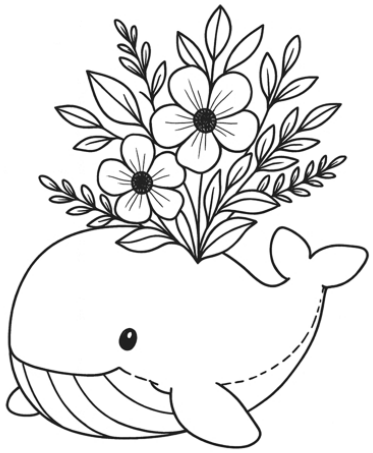
—Entonces… hagámoslo bien.

Y me besó.

14

Riley

PODEROSA



Su boca atrapó la mía con una urgencia feroz. En cuanto su lengua se abrió paso entre mis labios, todo mi cuerpo se encendió.

El roce fue húmedo, profundo, como una batalla deliciosa en la que ninguno quería rendirse.

Nuestras lenguas se entrelazaron en un vaivén. Lento al principio, después más voraz. Hasta que me quedé sin aire y aun así no quise separarme.

Me aferré a sus hombros, trepé sobre su regazo y me acomodé a horcajadas sobre él.

Me moví instintivamente contra la dureza que me esperaba debajo. Leo sonrió contra mi boca, jadeante.

—Realmente eres una buena alumna.

Tras de nosotros, la película seguía su curso, pero no nos importaba. Solo existían sus labios, sus manos firmes y el calor ardiendo entre nosotros.

De pronto, Leo me sujetó con fuerza de la cintura, y en un solo movimiento me levantó en brazos como si no pesara nada.

—Para la siguiente lección prefiero una cama —susurró, con una voz grave que me erizó la piel.

Tragué saliva, pero conseguí esbozar una sonrisa nerviosa.

—Ya sabes dónde está mi habitación.

Sin dejar de besarme, me llevó por el pasillo.

Yo me aferraba a su cuello, perdida en la certeza de que aquella sería otra noche memorable.

Me depositó con cuidado sobre la cama. Sin darme respiro, se tumbó encima de mí.

Sus labios volvieron a capturar los míos con la misma intensidad del sofá.

Hambrientos, húmedos, profundos. Mi cuerpo reaccionó de inmediato, arqueándose bajo el suyo, buscando más.

Sus manos descendieron por mis caderas hasta mis muslos y empezaron a ascender despacio, acariciando la piel con una lentitud desesperante.

Jadeé, cuando sus dedos se posaron sobre mis braguitas.

Leo sonrió contra mi boca y, sin dejar de besarme, comenzó a trazar círculos suaves sobre mi clítoris. Consiguió que la tensión se expandiera en oleadas por todo mi cuerpo. Y eso que había tela de por medio.

—¿Te gusta esto, Ry?

—Oh, sí… me gusta, me gusta… pero, Leo… —mi voz tembló, y él se detuvo al instante.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin apartar la mirada de la mía.

Tragué saliva, sintiendo el rubor arderme en las mejillas.

—Tienes que saber que nunca… nunca he tenido un orgasmo con nadie.

Sus ojos se abrieron, incrédulos.

—¿Con… nadie?

—Bueno… con mi vibrador sí. —Intenté reírme, pero salió como un suspiro nervioso—. Pero con un hombre… no. Por muy excitada que esté, nunca llego. —Desvié la mirada, avergonzada—. Te lo digo porque, si no sucede, no quiero que te frustres.

Él me tomó el rostro con firmeza, obligándome a mirarlo.

—Ry, mírame. —Su voz era grave, segura, sin un atisbo de duda —. No pienso frustrarme. No es una competición.

—Pero…

—Shhh. —Rozó mis labios con los suyos, suave—. Lo único que quiero es que te relajes y disfrutes. Si tienes un orgasmo, perfecto. Y si no… también. No hay presión. Lo único que importa es que, por primera vez, lo sientas de verdad. Conmigo.

Un escalofrío me recorrió entera.

Leo deslizó los dedos bajo mis braguitas y empezó a acariciarme despacio, con una precisión que me arrancó un gemido contra su boca.

Me arqueé hacia él, buscando más, perdida en la intensidad del momento.

Cuando creí que no podía ser mejor, apartó sus labios de los míos y empezó a descender por mi cuello, mi abdomen… hasta colocarse entre mis piernas.

—Leo… —Mi voz salió temblorosa—. No… no estoy segura. Nunca me ha gustado…

Él alzó la vista. Su mirada era oscura y paciente a la vez.

—Déjame intentarlo, Ry. Solo una vez. Si no te gusta, paramos, lo prometo. Pero confía en mí.

Me mordí el labio, dudando. Mi corazón latía tan fuerte que creía que iba a desbordarse.

Y aun así, algo en su voz, en su seguridad tranquila, me hizo asentir.

Los ojos de Leo brillaron con una mezcla de deseo y promesa.

Deslizó lentamente mis braguitas por mis caderas, sin apartar la mirada de la mía. Cuando quedaron en el suelo, me abrió suavemente las piernas y se inclinó.

El primer roce de su lengua contra mi clítoris fue tan suave que apenas lo creí real.

Un jadeo se escapó de mi garganta, sorprendido, casi incrédulo.

Mis dedos se aferraron a las sábanas mientras una oleada de calor me recorrió entera.

Leo no tuvo prisa.

Se movía despacio, trazando círculos delicados, atentos, como si quisiera memorizar cada una de mis reacciones.

Yo me arqueé involuntariamente hacia él, incapaz de contener los gemidos que salían de mi boca.

—Leo… —su nombre me tembló en los labios, mitad súplica, mitad rendición.

Él levantó un poco la mirada, con una seguridad que me desarmó.

—Confía en mí, Ry. Solo déjate sentir.

Y eso es lo que hice: sentir.

Su lengua se movía con una destreza que me arrancaba gemidos que ni siquiera sabía que podía emitir.

Alternaba caricias suaves con succiones profundas que me encendían aún más, hasta dejarme sin aire.

Cada movimiento era un pulso eléctrico que me recorría de la cabeza a los pies. Me hacía arquear la espalda contra las sábanas.

Las veces anteriores que un hombre había intentado aquello, yo me sentía incómoda.

Fuera de lugar. Incapaz de relajarme.

Siempre terminaba apartándolos con un «para, no me gusta» que me dejaba un sabor amargo en la boca.

Pero ahora… ahora no quería que parara.

Dios, al contrario.

—¿Te sientes bien? —preguntó Leo, alzando la mirada.

—No pares —suspiré, casi rogando, con el pulso desbocado.

Hundí mis dedos en su cabello, tirando de él suavemente, guiándolo de nuevo hacia ese punto exacto donde me hacía sentir tan condenadamente bien.

Y cuando volvió a atraparme con la boca, la oleada de placer fue tan intensa que se me escapó un gemido roto. Una súplica hecha sonido.

El calor se acumulaba en espirales cada vez más fuertes, subiendo, creciendo sin control.

—Leo… —Su nombre salió como un gemido quebrado, ahogado entre mis jadeos.

Él no se detuvo, mantuvo el ritmo exacto.

Era como si se hubiera aprendido mi cuerpo en cuestión de segundos.

Mis piernas temblaron en cada embestida de su lengua. Los dedos se clavaron en su pelo. Y entonces lo sentí. Esa presión insoportable que se liberó de golpe, arrasándome como una ola imparable.

Un grito escapó de mi garganta mientras mi cuerpo se arqueaba con violencia contra las sábanas, convulsionando alrededor de la sensación más intensa que había experimentado en mi vida.

Me desplomé de nuevo en la cama, jadeante, temblando todavía. La respiración me salía rota, incrédula, como si no pudiera procesar lo que acababa de suceder.

Leo levantó la cabeza despacio, con una sonrisa arrogante y satisfecha pintada en los labios.

—Eso, Ry… es lo que llamo un orgasmo de verdad.

—No puedo creerlo… —susurré, riendo nerviosa—. Era verdad. Eres un Dios del sexo.

Él soltó una carcajada grave y se dejó caer a mi lado, con esa maldita sonrisa ladeada que parecía hecha para presumir.

—Lo sé. Pero es agradable que me lo recuerden.

—Deberían declarar tu lengua patrimonio de la humanidad. —Me tapé la cara con la sábana, muerta de vergüenza en cuanto lo solté.

Leo arqueó una ceja, divertido, y tiró de la tela para descubrirme de nuevo.

—Vaya, Hart… eso es el mejor cumplido que me han hecho en la vida. —Se inclinó y rozó mis labios con un beso lento, provocador—.

Aunque creo que ya va siendo hora de que tú también pongas tu granito de arena en esta clase.

Me quedé helada un segundo.

Noté cómo la sangre se me agolpaba en las mejillas.

—¿Quieres decir…?

—Quiero que me lo hagas tú —susurró en mi oído, con esa voz grave que parecía capaz de romper todas mis defensas—. Siempre que estés de acuerdo, claro.

Asentí, con el corazón golpeándome en el pecho.

—Aunque… te adelanto que no soy muy buena con esto —dije en un susurro, recordando los comentarios hirientes del pasado.

Leo me tomó el rostro con una mano, obligándome a sostener su mirada.

—Creo que ya ha quedado claro que todo lo que pensabas sobre el sexo antes de mí era mentira. —Rozó mis labios con un beso lento, cargado de ternura y arrogancia a partes iguales—. Y esto no va a ser la excepción.

Su confianza era tan absoluta que por un momento me la creí.

Con las manos todavía temblorosas, bajé la vista y desabroché el botón de su pantalón.

Tiré de la cremallera con cautela, bajé el bóxer y liberé su erección, dura y palpitante contra mi palma.

Era tan grande como había imaginado… y aun así, me sorprendió.

El calor me quemaba la piel y la sola idea de tenerlo en mi mano me hizo tragar saliva con nerviosismo.

Lo rodeé con los dedos, insegura, acariciándolo de arriba abajo mientras mi respiración se aceleraba.

Leo soltó un gruñido bajo, grave, que me recorrió entera como una descarga.

—Eso es, Ry… despacio. Acostúmbrate a ella.

Obedecí, moviendo la mano con más firmeza, notando cómo se endurecía todavía más bajo mis caricias. El sonido de su respiración, cada vez más áspera, me hizo sentir un poder nuevo, desconocido.

—Aprieta un poco más al subir… —murmuró, con la voz ronca—. Eso es… justo así.

Me atreví a inclinarme, a rozar con la lengua la punta húmeda, probando su sabor.

Leo soltó un jadeo gutural, y sus dedos se hundieron en mi cabello, guiándome con suavidad.

—Muy bien, Ry… —susurró entre dientes—. Ahora tómatelo con calma… deja que entre en tu boca poco a poco.

Me dejé llevar por su voz, abriendo los labios para envolverla.

El calor, el peso, la sensación de llenarme me arrancó un escalofrío, pero la forma en que gimió contra la penumbra de la habitación me impulsó a seguir.

—Eso es… —jadeó, tenso, los ojos cerrados de puro placer—. Lo estás haciendo de maravilla.

Sus palabras me recorrieron como otra oleada de electricidad. Por primera vez, no me sentía torpe ni insegura, sino poderosa, capaz de volver loco a alguien con cada movimiento.

Me moví despacio al principio, dejándome guiar por sus jadeos, pero pronto la seguridad fue creciendo dentro de mí.

Lo tomaba más profundo, alternando succiones y caricias con la lengua, disfrutando de la manera en que su cuerpo respondía a cada movimiento.

—Ry… para o no voy a aguantar mucho —gruñó, tensándose, con los dedos firmes en mi cabello.

Pero no quise detenerme.

Por primera vez me sentía en control, poderosa, convertida en la causa de placer ajeno.

Y quería comprobar hasta dónde podía llegar.

Aceleré el ritmo, succionando con más fuerza, y un gemido ronco, casi animal, salió de su garganta.

Su cuerpo se arqueó y, segundos después, lo sentí correrse en mi boca con un estremecimiento que me recorrió entera.

Lo sostuve hasta el final, tragando despacio, sorprendida de lo natural que me resultaba.

Cuando me aparté, lo hice con los labios húmedos y una sonrisa nueva, distinta: la de alguien que por fin había dejado atrás la inseguridad.

Leo me miraba boquiabierto, jadeante, todavía recuperando el aliento. Una carcajada ronca escapó de su pecho.

—Joder, Ry… —se pasó una mano por el pelo, incrédulo—. Acabas de convertirme en tu maldito devoto.

Me reí, todavía con las mejillas encendidas.

No podía creer que algo que siempre me había creado inseguridad y me había parecido complicado, fuera en realidad tan simple… tan natural.

Bastaba con dejarme llevar y atreverme.

—¿Sabes lo peor? —dije, acomodándome junto a él en la cama, con una sonrisa tímida.

—¿Qué? —preguntó Leo, aún respirando con dificultad, pero con esa chispa oscura brillando en sus ojos.

—Que me he pasado años pensando que era un desastre… y resulta que lo único que necesitaba era un buen profesor.

Él soltó una carcajada baja y me atrajo hacia su pecho, besándome en la frente.

—Ry, si esto es lo que haces en tu primera vez… no quiero ni imaginar lo que serás capaz de hacer después de unas cuantas lecciones más.

Me mordí el labio, sintiendo una mezcla de vergüenza y orgullo, pero sobre todo una certeza: por primera vez en mi vida, no me sentía insuficiente.

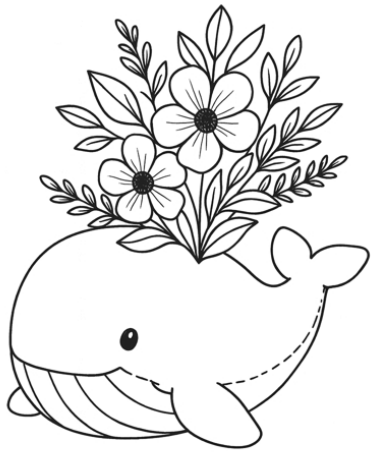
Me sentía poderosa.

Y quería más.

15

Leo

SUFICIENTE



—No puedo creer que me estés arrastrando a esto —bufé, ajustándome la chaqueta mientras seguía a Julian por la calle hasta una pastelería de esas que parecían sacadas de una postal francesa.

—Lo siento, Moretti, pero alguien tiene que hacerlo —respondió Julian, imperturbable como siempre—. La wedding planner ha dividido las tareas y a mí me ha tocado elegir la tarta. Y como soy un buen amigo, os he convocado para que lo disfrutéis conmigo.

—Disfrutar, dice —gruñó Adam, que caminaba detrás de nosotros con el móvil en la mano—. Tengo una videollamada con inversores en menos de dos horas, y estoy aquí, perdiendo el tiempo eligiendo tartas.

—Relájate, Sinclair —saltó Spencer, con una sonrisa socarrona—. Esto es mucho más importante que tus millones. Es *la tarta de boda de Hawthorne*. Si la cagamos, Clementine va a vivir amargada el resto de su vida.

Julian se giró apenas lo justo para fulminarlo con la mirada.

—Por eso estáis aquí. No pienso cagarla. Y si lo hago, necesito repartir las culpas.

Cameron soltó una carcajada mientras empujaba la puerta de la pastelería.

—Traducción: si Clementine no aprueba la tarta, todos nos vamos al infierno con él.

—Exacto —replicó Julian sin una pizca de ironía.

El olor dulce nos golpeó nada más entrar. La dependienta, sonriente y con un bloc en la mano, nos condujo hasta una mesa cubierta de pequeñas porciones de tarta decoradas con flores de azúcar y glaseados brillantes.

—Genial —murmuró Cameron, rascándose la nuca—. Justo lo que necesito: un festival de azúcar. Las tartas no entran en mi dieta de atleta.

Spencer soltó una carcajada y le dio un codazo en las costillas.

—¿Dieta de atleta? Déjate de excusas, Blake. Llevas retirado años. Ahora lo más atlético que haces es levantar el mando de la tele.

Cameron negó con la cabeza, pero al final cogió un tenedor diminuto como el resto.

Spencer se frotó las manos como si estuviera a punto de iniciar una competición.

—Caballeros, ha llegado el momento. La verdadera batalla no está en los negocios, sino en decidir entre pistacho, chocolate o red velvet.

—Habla por ti —replicó Adam, dejando el móvil a un lado con gesto resignado—. Yo sigo pensando que esto es una pérdida de tiempo.

—Vale, me retracto de todo lo que dije. Esto es increíble —dijo Cameron tras probar un trozo de bizcocho esponjoso cubierto de crema blanca. Sus ojos se iluminaron.

Yo cogí una porción de chocolate.

—No sé a qué genio se le ocurrió dar a cinco tipos la misión de decidir algo tan crucial, pero voy a tomarme este trabajo muy en serio. —Probé el bocado y sonreí—. Señores, esto está de puta madre.

—Elige con cuidado, Moretti —murmuró Julian, serio—. Que tu abuelo te perdone un escándalo es una cosa. Escoger la tarta equivocada es otra. Clementine jamás nos lo perdonaría.

Spencer se llevó una mano al pecho, fingiendo dramatismo.

—¿Lo oís? Este hombre le tiene más miedo a su prometida que a toda la prensa de Nueva York junta.

Todos nos reímos, probando una tras otra la selección de tartas.

—A todo esto, Moretti… ¿cómo va Riley? —me preguntó Julian de pronto, como si acabara de acordarse en medio de la cata.

El tenedor se me quedó suspendido en el aire. Spencer arqueó las cejas.

—Ohhh, esto se pone interesante.

—¿Riley? —repetí, fingiendo desconcierto—. No sé de qué hablas.

—Oh, venga. ¿Al final consiguió un maestro sexual o no? —saltó Spencer con una sonrisa maliciosa.

—¿Es que no lo sabéis? —intervino rápidamente Cameron, antes de que pudiera abrir la boca.

—Cállate, Blake. —Le lancé una mirada asesina.

Pero no me hizo ni caso.

—La semana pasada pillé a Leo dándose el lote con Riley en la piscina de mi gimnasio.

Spencer casi se atragantó con un trozo de tarta y empezó a reír como un loco.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que había algo ahí! El maestro sexual eras tú, Moretti.

Adam levantó la vista del móvil, por primera vez interesado de verdad.

—Bueno, eso sí explica tu cambio de humor estos días.

Yo dejé el tenedor sobre la mesa con un golpe seco.

—Blake, te juro que si abres la boca una palabra más, te meto la tarta de pistacho entera en la cara.

—Así que al final accediste —intervino Julian.

Spencer golpeó la mesa con el tenedor, muerto de risa.

—¡Dios, esto es mejor que cualquier reality! El cabrón de Moretti jugando a profesor particular de sexo.

—Cerrad el pico, estamos aquí para probar tartas, no para diseccionar mi vida privada —gruñí, señalando los platos frente a nosotros.

—Tu vida privada es infinitamente más entretenida que cualquier bizcocho —replicó Spencer, encantado con mi incomodidad.

—Yo voto por la de pistacho —dijo Cameron con una sonrisa, como si nada—. Pero también voto por seguir con el tema Riley.

Adam dejó el móvil sobre la mesa y alzó una ceja.

—Estoy de acuerdo. En lo de Riley, no en lo del pistacho.

Yo apreté la mandíbula, pasando una mano por el pelo.

—Sois insoportables.

—¿Entonces ya te la has tirado? —saltó Spencer, incapaz de contenerse.

—No voy a hablar de ello, por mucho que insistáis.

Spencer abrió mucho los ojos, teatral.

—¿Leo Moretti negándose a hablar de una de sus conquistas? Eso sí que es nuevo.

—No es una conquista —solté, más brusco de lo que pretendía —. Es Riley. Y lo que tenemos es solo sexo sin complicaciones. Así que, no pienso seguir con el tema.

Mi contundencia valió para que no insistieran más. Spencer levantó las manos en señal de rendición, Cameron se limitó a encogerse de hombros y Adam volvió a clavar la vista en su móvil.

Solo Julian mantuvo el ceño fruncido unos segundos más, observándome como si pudiera leer entre líneas.

Pero incluso él acabó dejando escapar un suspiro y probando otro trozo de tarta sin añadir nada más.

La conversación giró de nuevo hacia sabores, coberturas y decoraciones, y fingí participar, aunque mi cabeza estaba a kilómetros de allí.

Me chocaba pensar que lo que tenía con Riley me bastaba.

Yo, que siempre había necesitado más: más intensidad, más variedad, más exceso.

Normalmente, eso no habría sido suficiente para mí.

Me gustaba demasiado el sexo como para no querer más, como para no necesitar variedad, intensidad, desenfreno.

Pero con Riley… era distinto.

Con ella me bastaba.

Bastaba con verla sonrojarse cuando la guiaba, con escuchar sus jadeos rotos en mi oído, con sentir cómo poco a poco confiaba en mí lo suficiente como para entregarse de verdad.

Con Riley, lo que para cualquiera sería rutina, para mí se había convertido en una obsesión. Quería más de su torpeza, de sus dudas, de su risa nerviosa cuando se daba cuenta de que estaba disfrutando.

Quería verla crecer en cada lección, descubrir lo que yo siempre había sabido: que lo único que necesitaba era que alguien le mostrara paciencia y deseo a partes iguales.

Y, joder, nunca pensé que ese alguien iba a ser yo.

Aunque seguía convencido de que todo estaba bajo control.

Que solo éramos dos amigos disfrutando del sexo sin que eso pudiera joderlo todo entre nosotros.

Me repetía eso cada noche al salir de su cama.

Cada mañana cuando me sorprendía pensando en volver a verla.

Cada vez que recordaba su risa o la forma en que me miró después de correrse por primera vez conmigo.

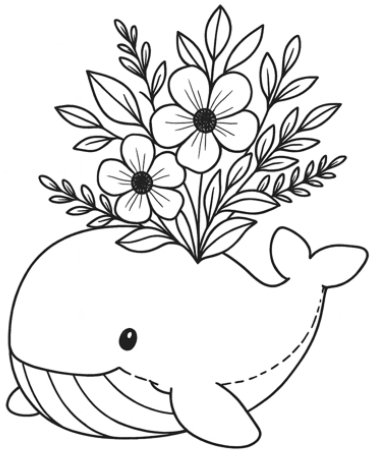
Era sexo. Solo sexo.

Y si lo repetía las veces suficientes, acabaría por creérmelo.

16

Leo

UN CHANTAJE DELICIOSO



El reloj de pared marcaba las once y media cuando levanté la vista de los planos esparcidos sobre mi escritorio.

Llevaba horas encerrado en mi despacho, en la última planta del Luxury.

Mi oficina daba al skyline de Manhattan, con ventanales infinitos que dejaban ver la ciudad brillando como un tablero de ajedrez iluminado.

El móvil vibró sobre la mesa. Era mamá.

—Hola, mamá.

—Leo, cariño —su tono sonaba ligero—. ¿Recuerdas qué día es este domingo?

Fruncí el ceño, intentando hacer memoria. Ella no me dejó tiempo.

—El aniversario de tus abuelos. Celebrarán sus cincuenta años juntos. Es una cifra importante.

—Ajá. —Me froté la sien, preguntándome a dónde quería llegar.

—Creo que es una oportunidad maravillosa para que vengas acompañado. Sería el momento perfecto para presentarnos oficialmente a… bueno, a Riley. O la chica con la que estés.

Rodé los ojos, aunque una sonrisa se me escapó de los labios.

La tenacidad de mi madre era digna de un ejército entero.

—Mamá…

—Si quieres convencer a tu abuelo de que estás cambiando, una buena forma de conseguirlo es mostrándole que eres capaz de tener algo estable. ¿Te imaginas lo que significaría para él verte aparecer con alguien a tu lado en un día tan especial?

—¿De verdad crees que eso le impresionará?

—Sé que sí —replicó con calma, como si tuviera la partida ganada de antemano—. Además, adora a Riley tanto como yo.

—¿Sigues dando por hecho que es ella, eh?

—¿Me equivoco?

Debí decirle que sí, que se equivocaba. Que no tenía ni idea. Pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Porque si realmente tenía que dar aquel paso, aunque fuera fingiendo una relación seria… ¿quién mejor que Riley?

Mi mejor amiga.

La mujer con la que llevaba dos semanas practicando sexo oral a diario.

La que me obsesionaba hasta tal punto que, cuando no estaba con ella, acababa pajeándome pensando en su boca, en sus gemidos, en la forma en que temblaba bajo mis manos.

Yo, que siempre había tenido suficiente con una sola vez con cualquier mujer, ahora me descubría insaciable.

Con Riley nunca bastaba.

No importaba cuánto la besara, cuánto la tocara o cuánto me dejara llevar con ella: siempre quería más.

—De acuerdo, hablaré con ella e intentaré convencerla para que venga conmigo, pero no prometo nada.

No podía prometerlo porque antes tenía que hablar con Riley y pedirle que me ayudara con aquella farsa.

—Estupendo. Ya verás como esto te acercará un poco más al fideicomiso que tanto anhelas —replicó entusiasmada—. Ahora te dejo, hijo. He quedado con las chicas para jugar al bridge.

Sonó un clic y la línea se cortó antes de que pudiera responder.

Me quedé mirando la pantalla del móvil, con una mezcla de incredulidad y resignación.

Mi madre había decidido por mí.

Y ahora solo me quedaba lo más complicado: convencer a Riley de que me acompañara al aniversario de mis abuelos… fingiendo que era algo más que mi mejor amiga y mi alumna en el sexo.

***

Riley se movía debajo de mi boca, arqueando la espalda.

La tenía justo donde quería: al borde del orgasmo, excitada, temblando con cada movimiento de mi lengua.

Sus dedos se aferraban a las sábanas, y cada gemido que escapaba de su garganta me encendía todavía más.

Me encantaba verla así, perdiendo el control poco a poco, entregándose sin reservas.

Sabía que estaba cerca, que solo necesitaba un empujón más.

Pero antes de dárselo, quería aprovechar ese momento de vulnerabilidad y desesperación para conseguir algo.

Me detuve, mirándola desde abajo.

—Ry… hay algo que necesito que hagas.

Ella levantó las caderas, buscando mi boca, y gimió frustrada.

—Haré lo que quieras cuando termines esto. Chupártela haciendo la vertical si hace falta. Pero no pares.

Sonreí contra su piel y di una lenta lamida sobre su clítoris antes de detenerme de nuevo.

—Preferiría hablarlo ahora.

—¿Ahora? —soltó un gruñido cuando la punta de mi lengua volvió a golpear justo en su centro de placer.

Me separé un poco, lo suficiente para que pudiera ver mi sonrisa arrogante.

—El domingo mis abuelos celebran su cincuenta aniversario. Mi madre quiere que vaya acompañado. Digamos que le di a entender que tenía pareja estable para que dejara de darme el coñazo por mi vida asilvestrada… y ahora, por alguna absurda razón, piensa que esa persona eres tú.

Riley abrió un ojo, incrédula, todavía jadeando.

—¿Me estás diciendo que has dejado que tu madre crea que yo soy tu novia?

—Ajá. —Le dediqué otra lamida lenta, disfrutando del gemido que se le escapó—. Y quiero que vengas conmigo. Fingirás que somos pareja y todos felices.

—¿Estás loco? —jadeó, hundiendo los dedos en mi pelo, como si quisiera empujarme de nuevo contra ella y callarme de una vez—. No puedes soltarme eso ahora.

—Claro que puedo. —Apreté mis labios sobre su clítoris, succionando justo lo suficiente para arrancarle un gemido roto—. Si quieres que termine esto, di que sí, que lo harás. Que me acompañarás.

—Eso es un chantaje —jadeó, con las uñas clavadas en mis hombros.

—Quizás.

—Leo… —su voz tembló, entre rabia y placer.

—Dilo, Ry. —Penetré su entrada con un dedo mientras lamía su centro de placer una vez más, haciendo que se arqueara entera—. Dime que vendrás conmigo y haré que te corras tan fuerte que no podrás volver a negarte a nada de lo que te pida.

Sus caderas se movieron contra mi boca, estaba desesperada.

—Joder… está bien. —Soltó un grito ahogado cuando metí un segundo dedo y succioné a la vez—. ¡Sí, iré contigo!

La llevé al límite sin darle respiro, empujándola cada vez más alto hasta que estalló con un orgasmo violento que la dejó convulsionando bajo mi boca.

Sus gemidos llenaron la habitación, rotos, incontenibles, mientras sus uñas se clavaban en mi cabello.

Cuando por fin se derrumbó sobre las sábanas, jadeante y temblorosa, retiré los dedos lentamente y me limpié con la lengua, saboreando su sabor.

Me incorporé hasta quedar a su altura y la besé.

—Así me gusta —murmuré con una sonrisa arrogante, todavía con la voz grave por la excitación—. Siempre consigo que me des la respuesta que quiero.

Ella me fulminó con la mirada, con el rubor bañando sus mejillas y la respiración entrecortada.

—Eres un cabrón, Moretti.

—Puede… —Rocé su cuello con mis labios, arrancándole otro estremecimiento—. Pero soy un cabrón muy eficaz.

—Te has valido de mi desesperación para conseguir que diga que sí. —Con la respiración ya más controlada, se incorporó sobre el colchón y me miró con seriedad—. ¿De verdad quieres que vaya a la fiesta de aniversario de tus abuelos y finja ser tu novia? Es una locura, Leo. Lo nuestro tiene fecha de caducidad. ¿Qué pasará después?

—Lo que pasará es que yo conseguiré mi fideicomiso, invertiré en mi proyecto de hotel y volveré a esa mala vida que mi abuelo tanto detesta.

Ella soltó una risa breve, incrédula.

—Lo que conseguirás es que te desherede.

—Pues seré un desheredado con su propio hotel. —Le guiñé un ojo, recostándome con la misma arrogancia de siempre—. No suena tan mal.

Riley suspiró.

—Vale, lo haré. Pero que sepas que odio mentir a tu familia. Me gustan mucho… incluso más que tú.

—Oh, ¿en serio? —arqueé una ceja, con una sonrisa torcida—. Ya veremos si repites eso cuando vuelva a estar entre tus piernas.

Por lo que se refiere ahora, cielo, abre esa boquita y métete mi polla dentro. Es tu turno.

—Qué exigente eres… —replicó, poniéndose en posición.

—Exigente no… —deslicé mi mano por su mejilla, guiándola hacia mi erección—. Simplemente sé lo que quiero. Y ahora mismo, lo que quiero es sentir tu boca rodeándome.

Ella soltó una carcajada, lamiendo la punta con descaro.

—Espero no decepcionarte.

—Imposible, Ry. —Mi respiración se volvió pesada cuando su boca se deslizó sobre mi erección, tragándosela hasta el fondo—. Solo tienes que dejarte llevar.

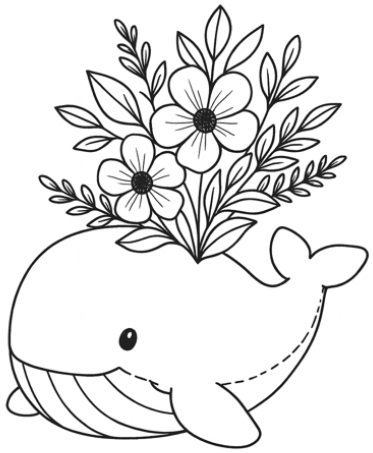
Y se dejó llevar.

Bien, demasiado bien.

17

Riley

LOS MORETTI



LEO

¿Vas a tardar mucho? A este paso llegaremos a la fiesta cuando ya estén soplando las velas de los cincuenta años.

RILEY

Me estoy acabando de arreglar, ¿vale? No todos los días una va a la fiesta de aniversario de un magnate millonario.

LEO

No hace falta que te esfuerces tanto, Ry. Ellos ya te conocen. Y les gustas tal y como eres. Así que mueve el culo y baja ya. No me obligues a subir a buscarte.

RILEY

¿Crees que me intimidas con tu amenaza?

LEO

Sé buena o esta noche no tendrás recompensa cuando volvamos.

RILEY

¿De qué clase de recompensa estamos hablando?

LEO

De mi boca en tu coño, cielo. Si la quieres, haz el favor de bajar ya.

RILEY

Vale, bajo. Sabes cómo convencerme.

Me mordí el labio mientras guardaba el móvil en el bolso. En realidad ya estaba lista, pero me gustaba provocarlo.

Era la primera vez que tenía ese tipo de conversaciones… picantes. Y era divertido. Me hacía sentir sexy y deseada.

Debería parecerme raro tenerlas con Leo, mi mejor amigo, pero… no.

Al contrario.

Era tan natural como respirar.

Me miré una última vez en el espejo de la entrada, comprobando que el vestido rojo se ajustaba bien a mi cuerpo, resaltando mis curvas sin ser demasiado atrevido.

El maquillaje era sencillo.

Lo justo para darle un poco de luz a mi rostro. Y el recogido bajo dejaba escapar algunos mechones que suavizaban mis facciones.

Inspiré hondo, intentando calmar el cosquilleo en el estómago.

No era solo por enfrentarme a toda la familia Moretti fingiendo ser la novia de Leo. Era por él.

Por la forma en que me miraba últimamente, como si fuera algo más que su mejor amiga de toda la vida.

Cogí la chaqueta, apagué las luces y bajé.

Leo me esperaba apoyado en su coche, impecable en un traje oscuro que le quedaba como un guante.

Cuando me vio, se irguió lentamente.

Sus ojos me recorrieron sin prisa, de arriba abajo, y ese gesto arrogante en su boca se transformó en algo distinto: una sonrisa lenta, cargada de aprobación y deseo.

—Joder, Ry… —murmuró, con la voz ronca—. Estás tan buena con eso que llevas puesto, que solo puedo pensar en quitártelo. Será una noche larga. Muy larga…

—Ni se te ocurra insinuar nada delante de tu familia —advertí, nerviosa.

—Tranquila, cielo. —Me abrió la puerta del coche con un gesto elegante—. En público seré todo un caballero.

—¿Y en privado?

Leo sonrió de lado, ladeando la cabeza con esa mirada cargada de promesas.

—En privado pienso arrancarte ese vestido con los dientes y comerte hasta que no recuerdes ni tu propio nombre.

Sentí un hormigueo entre las piernas, tan intenso que tuve que morderme el labio para disimular.

Subí al coche con las mejillas encendidas, intentando convencerme de que aquello no me afectaba tanto como parecía.

Leo entró por el otro lado, se acomodó al volante y, antes de arrancar, me lanzó una mirada ladeada.

—Estás mojada con solo imaginarlo, ¿verdad?

—Eres un engreído insoportable —repliqué, girándome hacia la ventanilla para evitar su mirada.

Él rio bajo, satisfecho, y arrancó el coche.

—Por cierto, recuerda que, de cara a los demás, eres mi novia oficial. Así que si mi abuela decide preguntarte por nuestro futuro juntos… invéntate algo convincente.

—¿Algo convincente cómo qué? —pregunté, arqueando una ceja.

—No sé… que estás tan enamorada de mí que ya te ves con un anillo en el dedo.

—¿Un anillo? —Solté una carcajada incrédula—. Sí, claro, y de paso le cuento que estoy esperando trillizos y que vamos a ponerles de nombre Luigi, Mario y Donatella.

Leo me lanzó una mirada ladeada, divertida.

—No me parece mal, aunque esa sería una mentira difícil de sostener en el tiempo. A no ser que quieras de verdad que te embarace de trillizos.

—Oh, claro, como si eso fuera algo que pudieras conseguir con solo voluntad.

—Soy Leo Moretti, Ry. Puedo conseguir lo que me proponga.

—Ajá… —arqueé una ceja, cruzándome de brazos—. Pues espero que tus superpoderes tengan límite, porque no pienso convertirme en madre de una camada Moretti solo para darle gusto a tu abuelo.

—Tranquila, cielo. Tú solo finge que estás loca por mí y lo demás irá sobre ruedas. Además, piensa que cuanto mejor sea tu actuación esta noche, mejor será tu recompensa después.

Apreté los muslos con fuerza, intentando disimular el cosquilleo que me provocaban sus palabras.

Maldito Leo, sabía exactamente cómo encenderme con una sola frase.

***

Los Moretti celebraban el aniversario de Giovanni Moretti y su esposa Luciana en una de las salas privadas del Hotel Luxury.

El espacio, habitualmente reservado para recepciones exclusivas, se había transformado para la ocasión: largas mesas vestidas con manteles blancos de seda, centros de flores frescas en tonos dorados y marfil, y un techo iluminado con lámparas de cristal que reflejaban la luz como un cielo de estrellas.

En un extremo, un cuarteto de cuerdas tocaba discretamente mientras los camareros se movían entre los invitados ofreciendo copas de champán.

Todo estaba cuidado al detalle, con ese aire de elegancia sobria que caracterizaba a la familia Moretti: lujo sin estridencias, pensado para impresionar sin parecer ostentoso.

Nada más entrar, la primera en acercarse a nosotros fue Isabella, la madre de Leo. Sus ojos brillaron al verme.

Nos conocíamos desde hacía décadas y siempre nos habíamos llevado excepcionalmente bien.

Ella solía decirme que yo hacía a su hijo mejor, que templaba su carácter y lo obligaba a ver la vida con otros ojos.

—Riley, cariño —exclamó, rodeándome con un abrazo afectuoso que olía a perfume caro y familiaridad—. Estás preciosa.

—Gracias, Isabella —respondí, sonrojada—. Tú también.

Ella me sostuvo las manos entre las suyas, radiante.

—Me alegra tanto que estés aquí esta noche… —me lanzó una mirada cómplice antes de añadir en voz baja—. Sabía que tarde o temprano este cabezota terminaría trayéndote como su pareja oficial.

Sentí cómo la sangre me subía a las mejillas mientras Leo, a mi lado, se aclaraba la garganta con ostentosa incomodidad.

—Mamá… —gruñó.

Isabella se limitó a sonreír, ignorando la protesta de su hijo, y me dedicó un guiño lleno de complicidad.

Luego nos condujo entre los invitados hasta donde se encontraban Giovanni y Luciana.

El patriarca de los Moretti estaba impecable en su traje gris oscuro, apoyado en su inseparable bastón de caoba. Sus ojos se clavaron en Leo con seriedad y desconfianza.

Luciana, en cambio, irradiaba calidez. Vestida con un elegante conjunto en tonos marfil, me recibió con una sonrisa dulce y extendió las manos hacia mí.

—Riley, querida —dijo con voz suave—. Qué alegría tenerte aquí. Ya sabes que siempre tendrás un lugar en esta familia.

—Felicidades a los dos —respondí con una sonrisa sincera—. Cincuenta años de matrimonio es un ejemplo precioso. Espero que tengan muchos motivos para celebrarlo esta noche.

Los ojos de Luciana brillaron de emoción, mientras Giovanni se limitó a asentir con un gesto solemne.

Fue entonces cuando distinguí a otro hombre acercándose lentamente, también apoyado en un bastón.

Reconocí al instante el porte elegante de Marco Moretti, el padre de Leo.

Se parecía a su hijo en los rasgos afilados y en la intensidad de la mirada, aunque en la suya se notaba el peso de la enfermedad y la lucha silenciosa por mantener la dignidad intacta.

—Papá —murmuró Leo, avanzando un paso para recibirlo.

Marco le sonrió un poco y desvió la mirada hacia mí.

—Riley… qué alegría verte. Gracias por acompañarnos en una noche tan especial.

Sentí un nudo en la garganta. En medio de aquella familia que me acogía con tanta calidez, pensé que nunca había tenido algo así en mi propia casa.

Mientras la mía siempre había sido fría y distante, los Moretti me trataban como si realmente perteneciera a ellos.

No me juzgaban por haber escogido el camino que escogí, aunque eso me pusiera en un escalón inferior al suyo.

Al contrario, siempre me habían mirado con respeto, como si mi pasión por las ballenas fuera tan valiosa como los negocios multimillonarios que sustentaban su imperio.

***

La fiesta fue exactamente lo que esperaba de los Moretti: impecable, elegante y organizada al milímetro.

Hubo brindis con champán, discursos emotivos, y hasta un vídeo conmemorativo que repasaba en imágenes los cincuenta años de Giovanni y Luciana.

Los invitados iban y venían entre las mesas, se escuchaban carcajadas, comentarios en italiano mezclados con inglés y el tintinear constante de las copas contra el cristal.

Leo, como siempre, parecía estar en su elemento: sonriendo, saludando con esa seguridad natural, moviéndose entre los grupos como si todo el salón orbitara a su alrededor.

Yo, en cambio, intentaba pasar desapercibida, disfrutando de la calidez de la familia y del lujo que me seguía pareciendo sacado de un sueño.

Fue entonces cuando Luciana me tomó del brazo con una dulzura implacable, y a su lado Isabella repitió el gesto, atrapándome entre las dos.

—Ven con nosotras un momento, Riley —dijo Luciana, con esa sonrisa encantadora que escondía intención.

—Sí, querida —añadió Isabella, guiándome hacia un rincón más tranquilo—. Tenemos algunas preguntas que hacerte sobre Leo.

Me quedé con el corazón acelerado, consciente de que había caído en la trampa de las mujeres Moretti.

Luciana me dedicó una sonrisa cálida, aunque en sus ojos brillaba una chispa de curiosidad traviesa.

—Cuéntanos, Riley… —empezó la abuela—. ¿Cómo lo llevas? Nuestro Leo puede ser… intenso.

—Muy intenso —matizó Isabella, con un gesto divertido—. Y a veces insoportable. Dinos, ¿se porta bien contigo?

¿Que si se portaba bien conmigo?

Había aceptado ser mi maestro del sexo, y no solo eso, me había regalado más orgasmos en los últimos días que en toda mi vida.

Si eso no era portarse bien, no sabía qué lo sería.

Sentí que las mejillas me ardían y apreté la copa entre las manos, tragándome la carcajada nerviosa que pugnaba por salir.

No podía soltar la verdad ahí, delante de su madre y su abuela.

—Sí… —respondí al fin, con una sonrisa tímida—. Se porta muy bien conmigo. Mucho mejor de lo que esperaba, de hecho.

—¿Y tenéis planes de futuro? —preguntó la abuela, esperanzada.

Ahí estaba la pregunta que Leo había previsto. Inspiré hondo y asentí, repitiendo la respuesta que había ensayado durante el trayecto en mi cabeza.

—Es muy reciente, pero sí. Leo y yo hablamos de construir algo juntos. Paso a paso, sin prisas.

Isabella y Luciana compartieron una mirada de pura satisfacción.

—Me alegra escucharlo, Riley —dijo Isabella, sincera—. Siempre supe que, el día que Leo se decidiera, sería contigo.

La abuela asintió despacio, con los ojos brillantes.

—Giovanni es duro con él, pero en el fondo lo que quiere es verlo feliz y asentado. Y si eres tú quien está a su lado, sé que podrá lograrlo.

Me mordí el labio, intentando mantener la sonrisa mientras el corazón me martilleaba en el pecho.

Había entrado en esta fiesta convencida de que todo era un papel, una farsa pactada con Leo, pero aquellas palabras me golpeaban demasiado cerca de donde dolía.

—Gracias —susurré

Justo entonces, sentí una mano firme posarse en la curva de mi espalda.

Me giré y allí estaba Leo, con esa sonrisa de suficiencia que usaba como armadura en público.

—Perdón, señoras —dijo con un tono educado, aunque en su mirada brillaba un destello de advertencia—. Os robo a mi novia, que la echo de menos.

No me dio tiempo a reaccionar antes de que me atrajera hacia él y, con un gesto seguro, me sacara del rincón donde me tenían acorralada.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja, inclinándose hacia mí mientras atravesábamos el salón.

—Creo que sí. Espero haber sido lo suficientemente convincente con ellas para que no sospechen nada.

—Estupendo. Buen trabajo, Ry —murmuró, y antes de que pudiera contestar, me besó.

No fue un beso arrogante ni hambriento como los que me daba en privado, sino suave, dulce, cargado de una ternura que me pilló completamente desprevenida.

Abrí los ojos de golpe y luego los cerré despacio, dejándome llevar por unos segundos hasta que me separé lo justo para mirarlo, aturdida.

—¿Qué haces, Leo? Nos están mirando… —susurré, echando una ojeada rápida a nuestro alrededor.

Él esbozó una sonrisa pícara, bajando la voz.

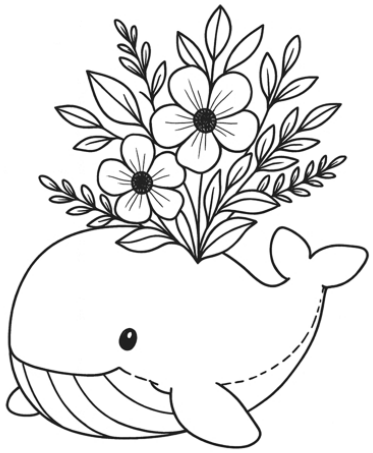
—Exacto, cielo. Es para dar credibilidad. ¿No decías que querías parecer convincente? Pues ya está.

Me mordí el labio, con el corazón golpeándome contra el pecho, mientras él me guiaba con calma hacia el centro del salón, como si nada hubiera pasado.

18

Riley

LA GRAN RECOMPENSA



Llegamos a mi apartamento cerca de la medianoche. Estaba exhausta, aunque no tanto como para no querer lo que sabía que se avecinaba.

El sexo con Leo me había vuelto… adicta.

Yo, que hasta hace unas semanas encontraba el sexo casi más una obligación que un disfrute, ahora me moría de ganas de repetir sin descanso.

Cerré la puerta tras nosotros y me apoyé un instante contra ella.

Sentía el corazón bombear fuerte en mi pecho.

Era como si todo mi cuerpo supiera lo que iba a pasar. Como si se preparara para ello.

Leo me observaba en silencio, con una sonrisa ladeada que me hacía sentir desnuda incluso con el vestido todavía puesto.

—Deja de mirarme así.

Él dio un paso hacia mí, acorralándome suavemente contra la madera.

—¿Así cómo? —susurró. Bajó la cabeza hasta que su aliento rozó mi cuello—. ¿Como si estuviera pensando en todas las formas en que voy a hacerte gemir esta noche?

Un escalofrío me recorrió entera.

Maldito Leo.

—¿Y qué esperas para empezar? Mucha cháchara y poca acción.

Sus labios se curvaron en una sonrisa peligrosa.

Me sujetó la barbilla con suavidad, y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Ten cuidado con lo que deseas, Ry. Cuando empiezo no paro hasta conseguir lo que quiero.

—¿Y qué quieres ahora? —Lo reté con la mirada.

Su sonrisa se ensanchó, oscura, peligrosa.

—Que te sientes en mi cara y me dejes hacerte gritar hasta quedarte sin voz. Hoy lo has hecho muy bien. Te dije que te daría una buena recompensa y siempre cumplo mis promesas.

Sentí un estremecimiento recorrerme de arriba abajo. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza.

El pulso se me aceleró, las piernas se me aflojaron y un calor insistente se instaló entre mis muslos.

Entonces él me besó.

Su boca atrapó la mía con firmeza, en un beso hambriento y húmedo.

Sus manos me sujetaron por la cintura. Me atrajeron más contra él, como si quisiera fundirme en su cuerpo.

Yo gemí contra sus labios. Era incapaz de contener la oleada de deseo que me estaba ardiendo por dentro.

Cuando se separó apenas un segundo, su mirada oscura se clavó en la mía.

—Vamos, Ry… —susurró con la voz ronca, aún pegado a mi boca —. Déjame demostrarte cuánto me gusta recompensarte.

Sus manos bajaron con decisión por mi cuerpo, deteniéndose en el borde del vestido.

Tiró lentamente de la cremallera.

El tejido resbaló por mis hombros hasta deslizarse por mi piel, y cayó al suelo en un suspiro de seda.

Me quedé en pie ante él. Con solo el sujetador y las braguitas de encaje negro que había elegido casi sin pensar.

Leo me recorrió con la mirada de arriba abajo, tan intenso que sentí como si me desnudara sin necesidad de tocarme.

—Joder, Ry… —murmuró con una sonrisa oscura—. Cada día me lo pones más difícil para contenerme.

Se acercó despacio y deslizó un dedo bajo la tira del sujetador, acariciando mi piel con deliberada lentitud. Luego bajó la mirada hacia mi pecho y levantó la ceja, provocador.

—Quítatelo. Quiero verte entera.

El corazón me dio un vuelco. Temblando, llevé las manos a la espalda y desabroché el cierre. El sujetador cayó al suelo, uniéndose al vestido, y sentí cómo mis mejillas ardían bajo la mirada voraz de Leo.

—Eres jodidamente perfecta —susurró, inclinándose para besarme entre los pechos antes de descender con la boca por mi vientre, terminando de rodillas.

Cuando sus labios rozaron la fina tela de las braguitas, un gemido se me escapó sin poder contenerlo.

—Y aún llevas demasiado encima.

Con un movimiento seguro, deslizó sus dedos por la cinturilla. Bajó lentamente la prenda, haciéndola resbalar por mis piernas hasta que cayó al suelo junto al resto de mi ropa.

Después apoyó un beso ardiente justo en mi pubis.

Y antes de que pudiera reaccionar, sus brazos me rodearon y me levantó en volandas.

Me sujetó contra su pecho como si no pesara nada.

Avanzó hasta la cama y me depositó sobre el colchón con cuidado. Aunque en sus ojos no había nada de ternura: solo deseo puro y oscuro.

Luego se tumbó boca arriba y me señaló con un gesto firme, la voz grave y cargada de autoridad.

—Ahora ven aquí, Ry. Siéntate en mi cara.

Obedecí, temblando de nervios y excitación a partes iguales.

Me acomodé con las piernas a lado y lado de su cabeza, insegura al principio. Pero él me aferró con fuerza de las caderas y me guio hasta quedar justo donde quería.

El primer contacto de su lengua contra mi clítoris me arrancó un jadeo ahogado. Tuve que apoyarme en la cabecera de la cama para no venirme abajo.

Leo gruñó satisfecho, hundiéndose más entre mis muslos. Me devoró con una intensidad que me hizo arquear la espalda.

—Dios, Leo… —gimoteé, sin poder contenerme.

Él apretó más sus dedos en mi piel, obligándome a moverme contra su boca.

—Eso es, cielo —murmuró contra mí, con la voz vibrando entre mis pliegues—. Déjate llevar.

El ritmo de su lengua se volvió hipnótico. Cada caricia era más profunda. Cada succión más intensa.

Hasta que el placer empezó a acumularse en mi interior, imparable. Intenté mantener el control, pero era inútil: Leo no me daba tregua.

—Leo… no puedo… —balbuceé, con la voz quebrada.

—Sí puedes —gruñó contra mí, redoblando la presión justo en el punto que me volvía loca—. Y vas a correrte para mí.

Un grito ahogado se me escapó al sentir cómo alternaba entre lamerme y succionar.

Mis piernas temblaban a ambos lados de su cabeza. Él me mantenía firme, arrastrándome hacia su boca cada vez que intentaba escapar del vértigo.

El calor se convirtió en fuego líquido.

Mis uñas se clavaron en la cabecera de la cama, mis caderas se movieron solas, buscando más, siempre más, hasta que la ola me alcanzó sin piedad.

Me corrí con un gemido desgarrado, arqueando la espalda y convulsionando sobre él, perdida en un mar de sensaciones que me arrancaron hasta el último aliento.

El clímax me sacudió en oleadas interminables, y Leo no se detuvo hasta que el último espasmo me atravesó el cuerpo.

Caí desplomada sobre la cama, jadeando, temblorosa, con el sudor perlándome la piel.

Leo se incorporó despacio, con los labios húmedos y esa sonrisa oscura que me hacía arder todavía más.

—Así me gusta —susurró, acariciándome la pierna con calma—. Que me des todo, sin reservas.

Me atrajo hacia su pecho y me besó. Sin prisas. En un beso lento, tibio, como si quisiera recogerme tras la tormenta. Yo cerré los ojos, recuperando el aliento.

El zumbido de su móvil nos interrumpió. Leo resopló, aún con la ropa puesta y arrugada, y sacó el teléfono del bolsillo del pantalón.

—Dame un segundo.

Leyó el mensaje y su expresión cambió.

—Es de mi abuelo —dijo al fin—. Dice que hoy me ha visto más centrado. Que enhorabuena por lo nuestro… y que, si sigo así, tendré mi fideicomiso en mi cumpleaños.

El corazón me dio un vuelco.

Leo dejó el móvil a un lado y se inclinó sobre mí. Atrapó mi boca en un beso cargado de emoción, casi de alivio.

—¿Te das cuenta? —susurró contra mis labios—. Todo esto es gracias a ti, Ry.

Me quedé quieta unos segundos, procesando sus palabras, antes de devolverle el beso con la misma intensidad. Acabé

acomodándome sobre él, a horcajadas, buscando sus labios con los míos.

—Llevas demasiada ropa —susurré contra su boca, con las manos ya enredadas en los botones de su camisa.

Leo sonrió con arrogancia y se dejó hacer.

Deslicé la tela sobre sus hombros y la dejé caer al suelo, mientras mis labios seguían explorando los suyos con hambre.

Él me sostuvo de la cintura, apretándome contra su pecho desnudo.

—Después del mensaje del abuelo quiero dejarte aún más clara mi recompensa —dijo, su voz ronca y oscura, tan cerca que me erizó la piel—. Ry, creo que ha llegado el momento de aprender una nueva lección.

Tragué saliva, con el corazón a punto de estallar.

—¿Y eso qué significa?

Leo me miró sin apartar sus ojos de los míos.

—Significa que vamos a follar, si te parece bien.

El mundo pareció detenerse un segundo.

Noté el calor subir desde mi vientre hasta mis mejillas y mi cuerpo respondió antes que mi mente. Asentí, con el pulso desbocado y las piernas temblorosas sobre él.

La sonrisa oscura de Leo se ensanchó.

—Entonces, Ry… bienvenida a la siguiente lección.

Con manos temblorosas empecé a desabrocharle el pantalón. Tiré de la cremallera y lo bajé hasta dejarlo en el suelo, junto con el bóxer. Mi mirada se perdió un segundo en su erección, lista para mí.

Leo me tomó la cara con una mano, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Quiero que te tumbes, Ry.

Obedecí sin protestar y me dejé caer sobre las sábanas.

Él abrió el cajón de la mesilla y sacó un preservativo. Rompió el envoltorio con los dientes y se lo colocó con calma.

Luego se inclinó sobre mí, apoyando una mano a cada lado de mi cuerpo.

Su torso rozó el mío, y la calidez de su piel desnuda me arrancó un suspiro.

—Mírame, Ry —murmuró, alineando su cuerpo con el mío.

El corazón me golpeaba con tanta fuerza que apenas podía respirar.

El miedo me atenazó de golpe. ¿Y si lo decepcionaba? ¿Y si mi cuerpo no respondía?

¿Y si Leo descubría lo que yo siempre había temido, que en el fondo no era más que un bloque de hielo incapaz de arder como las demás?

Entonces me penetró. Lento, profundo. El aire se me escapó en un gemido roto. Mis uñas se clavaron en sus hombros. Por un instante, todo lo que había temido se disolvió en un calor abrasador.

—Joder, Leo…

Él apoyó la frente en la mía y comenzó a moverse con un vaivén lento, intenso, que me arrancaba jadeos a cada embestida.

Mis caderas respondieron solas. Buscaron su ritmo, chocando contra él en una cadencia que me hizo olvidar cualquier miedo.

—Así, cielo… —murmuró con la voz ronca, clavando los ojos en los míos—. Exactamente así. Entrégate a mí.

Cada palabra suya se mezclaba con el golpeteo de nuestros cuerpos, con el calor que crecía a cada embestida.

Aumentó el ritmo y, con cada estocada, el placer se expandía como una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

Estaba a medio camino del abismo cuando se detuvo de golpe.

—Leo… ¿por qué paras? —me quejé.

Su sonrisa oscura apareció a un palmo de mi boca.

—Porque quiero probarte de otra manera. Ponte a cuatro patas para mí, Ry. Quiero follarte desde atrás.

El calor me recorrió de arriba abajo. Avergonzada y excitada a la vez, obedecí.

Me giré despacio, apoyando las manos en el colchón mientras él me guiaba con firmeza por las caderas.

—Así… —su voz era puro deseo—. Quiero verte temblar mientras te tomo de esta forma.

Sentí la punta de su erección rozar mi entrada antes de volver a hundirse en mí, esta vez más profundo.

El ángulo me arrancó un grito ahogado, y Leo soltó un gruñido satisfecho al notar cómo mi cuerpo se apretaba a su alrededor.

—Mírate, Ry —jadeó, empujando con fuerza desde atrás—. Convertida en toda una Diosa del sexo.

Sus palabras me atravesaron como un latigazo. Me aferré a las sábanas con fuerza mientras mi cuerpo se rendía a sus embestidas.

Leo me sujetó con más fuerza por las caderas y aceleró el ritmo.

Sentía cómo me abría entera, cómo mi cuerpo se amoldaba a él con una docilidad desesperada.

—Córrete para mí —ordenó con la voz ronca, autoritaria—. Quiero sentir cómo te deshaces conmigo dentro.

El clímax me estalló sin piedad, convulsionando contra él y arqueando la espalda.

Mi cuerpo tembló en una sucesión de espasmos que me dejaron sin aliento.

Leo gruñó detrás de mí, empujando un par de veces más antes de correrse también.

Se hundió hasta el fondo una última vez, con un gemido grave que me erizó la piel.

Durante unos segundos solo existió el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, mezcladas con el eco de lo que acabábamos de compartir.

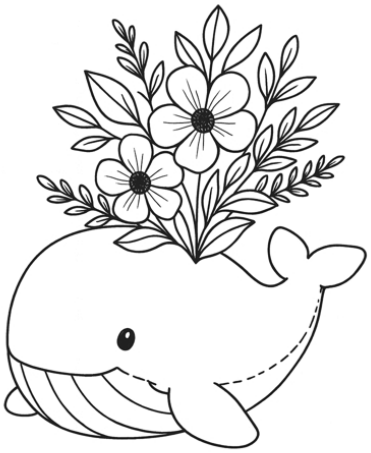
Él cayó sobre mi espalda, todavía dentro, y me besó la nuca con un murmullo ronco.

—Ry… nueva lección aprendida.

19

Leo

UNA REVELACIÓN QUE DEJA SIN AIRE



El olor a café recién hecho llenaba la cocina. Abrí la bolsa de papel y coloqué la bollería sobre un plato, intentando distraerme con gestos sencillos.

No servía de nada. La cabeza me daba vueltas desde que abrí los ojos.

Mierda.

Estaba empezando a sentir algo por Riley.

No se trataba de simple deseo. Ni la necesidad de saciarme con su cuerpo.

Era otra cosa. Algo que me incomodaba. Algo que prefería ignorar.

No sabía cómo afrontarlo. Yo no era un tipo que pensara en futuro ni en complicaciones.

Y, sin embargo, me descubrí a mí mismo imaginando qué pasaría si esto duraba.

Porque la idea de que no durase, de que se terminase… dolía demasiado.

Nunca me había pasado. Con nadie. Con las demás era fácil. Sexo, risas, y adiós al día siguiente.

Con Riley no. Con ella me descubría pensando en mañana, en la semana próxima, en lo que vendría después.

Y eso me acojonaba.

El ruido de unos pasos me sacó de mis pensamientos. Levanté la vista y vi aparecer a Riley en la cocina, despeinada, con mi camisa puesta.

El aire se me atascó en la garganta.

Dios. Le quedaba demasiado bien.

Las mangas caídas, el bajo apenas rozándole los muslos, la piel desnuda brillando con la luz de la mañana.

Me gustaba verla así.

Me gustaba demasiado.

—Has bajado a por bollería —dijo con voz ronca, aún adormilada, mientras se dejaba caer en la silla.

—Sabía que estarías hambrienta después del maratón de anoche.

Riley rio, y el sonido me golpeó directo al pecho.

—Me duelen partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que existían.

—Eso es que hice un buen trabajo.

—Demasiado bueno —sonrió, cogiendo un croissant—. Cuando esto termine voy a echarlo de menos.

¿Cuándo esto termine?

Las palabras me golpearon en el pecho como un mazazo.

Lo que teníamos era algo temporal, lo sabía. Lo habíamos pactado. Y sin embargo… había dejado de querer que lo fuera.

Mierda. ¿Qué me estaba pasando?

¿Dónde se había ido el Leo Moretti insensible de siempre?

Había participado en tríos, en orgías, en más experiencias sexuales de las que mucha gente vive en toda su vida.

Y ahora… ahora perdía la cabeza por acostarme con mi mejor amiga.

¿Por qué?

La revelación me golpeó de pronto.

Riley me gustaba.

Mierda, me gustaba mucho. Demasiado.

Más de lo que jamás me había gustado una mujer.

Sentí que me quedaba sin aire.

—¿Estás bien? —preguntó ella, arqueando una ceja mientras me observaba con atención.

Carraspeé, me giré hacia la cafetera y me serví un café para no tener que contestar de inmediato.

El aroma fuerte me ayudó a recomponerme. Me senté frente a ella con el gesto más tranquilo que pude fingir.

—He pensado una cosa —dije al fin, apoyando los codos en la mesa—. Podríamos alargar esto unos meses, hasta que se resuelva lo del fideicomiso.

Riley me miró sorprendida. Yo me limité a asentir.

Porque necesitaba tiempo.

Tiempo mientras lidiaba con esos sentimientos inesperados.

—Pero faltan meses para eso.

—Necesito que mi abuelo siga creyendo que lo nuestro es serio. Y bueno… ya que se nos da tan bien, no hay necesidad de acabarlo pronto.

Ella arqueó una ceja, pero la sonrisa que se le escapó me lo dijo todo.

—Visto así… tienes razón.

—Así podré enseñarte todo lo que sé. Al completo —dije, inclinándome hacia ella.

Riley soltó una risa nerviosa, mordisqueando el borde de su croissant.

—¿Todo? Eso suena peligroso.

—Lo es —respondí con una media sonrisa—. Pero prometo que va a encantarte.

La vi sonrojarse, intentando esconderse detrás de su taza de café. Y en ese gesto cotidiano, simple, entendí que estaba jodido.

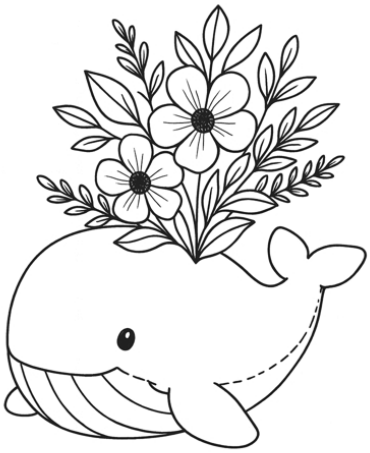
Muy jodido.

Porque no quería que fueran solo unos meses. Quería mucho más.

20

Riley

¿SOLO AMIGOS?



El salón olía a comida mexicana y tequila. Estaba con Sue, celebrando que al día siguiente partiría hacia Islandia, donde al fin podría embarcarse en el barco de Haruto.

Era su ritual antes de cada expedición: una última noche en tierra, con tacos grasientos y margaritas improvisadas, como si así pudiera acumular calor y risas suficientes para las semanas de frío y silencio que la esperaban.

Allí, entre fiordos infinitos y aguas heladas, Haruto pasaba semanas siguiendo a las ballenas en sus rutas de alimentación.

La conexión era pésima, las jornadas largas, y los horarios imposibles de cuadrar con los de Nueva York.

Por eso Sue se moría de ganas de volver a verlo.

—Cuando lo vea voy a arrancarle la ropa y tirármelo en la cubierta. No creo que pueda esperar.

No pude evitar reírme.

—Pues con el frío que hace en Islandia ahora mismo, lo más probable es que cojas una pulmonía el primer día… y eso sin hablar de la cara que van a poner los demás investigadores cuando os vean.

—¿Crees que después de casi un año sin verlo me asusta una simple pulmonía o el público que pueda tener delante? —replicó, alzando la ceja con descaro.

Me reí aún más fuerte, porque conocía esa determinación en su voz.

Nadie, ni el hielo ni la tripulación entera, iba a interponerse entre Sue y Haruto.

—Brindo por ti, hermana —dije, alzando mi margarita con una sonrisa cómplice.

Ella chocó su vaso contra el mío y, durante un instante, me pregunté si alguna vez sentiría yo algo tan fuerte por alguien como lo que ella sentía por Haruto.

Quizás ya tenía la respuesta. Aunque no quisiera escucharla.

—Y bueno, ¿tú qué? —me pinchó con una sonrisa traviesa—. ¿Cómo vas con las lecciones de Leo? Lleváis casi un mes, ¿no? A este paso te vas a sacar un posgrado, un máster y hasta un doctorado en sexo.

Rodé los ojos y bebí un trago largo de margarita para ganar tiempo.

—Bueno, es que Leo es un profesor aplicado. Además, hemos decidido mantener el experimento unos meses.

—¿Unos meses? —repitió Sue, abriendo los ojos como platos—. Cariño, eso ya no es un experimento, eso es una relación encubierta.

Me atraganté con la bebida y tuve que dejar el vaso en la mesa.

—No digas tonterías. No es una relación. Somos los mismos de siempre, pero ahora, además, nos acostamos. Llegado el momento quitaremos el sexo de la ecuación y todo seguirá igual que antes.

Intenté sonar convencida, aunque en realidad ya no estaba segura de nada.

La idea de que en algún futuro próximo Leo y yo dejáramos de practicar sexo me parecía tan surrealista como imaginar a las ballenas migrando en metro por Manhattan.

Pero Sue no necesitaba saber nada de eso, ¿verdad?

—Bueno, en realidad siempre he pensado que vuestra relación era más de novios que de amigos, que solo os faltaba el sexo para serlo. Ahora que lo habéis añadido, digamos que ya no podéis seguir engañándoos.

—Un hombre y una mujer pueden ser amigos.

—Sí, pueden serlo, pero cuando existe atracción, deseo y complicidad, ¿por qué no dar el siguiente paso?

Me mordí el labio, intentando no fantasear con esa idea: la de Leo y yo siendo algo más que dos amigos que se acostaban.

No quería dejarme llevar por esa imagen porque era imposible. ¡Estábamos hablando de Leo!

Su relación más larga había sido con una modelo de lencería, y apenas duró lo que tarda en caducar un yogur. Leo no era hombre de compromisos. No lo había sido nunca.

Así que imaginarlo conmigo en algo más serio que un experimento sexual era una ingenuidad. Y yo no era ingenua.

—Leo y yo solo somos amigos —repetí, como un mantra sagrado —. Así que no retuerzas las cosas.

—Yo solo digo que, si se da el caso, no te cierres en banda. Uno nunca sabe dónde ni cuándo va a aparecer el amor de tu vida. A veces surge a miles de kilómetros, en un barco navegando por el mar de Noruega, como con Haruto. Y otras puede estar más cerca de lo que piensas… incluso en ese mejor amigo que siempre ha estado ahí.

Después de eso, Sue cambió de tema, pero yo ya me había anclado a sus palabras, incapaz de apartarlas de mi cabeza.

***

Horas más tarde, Sue dormía en el sofá, borracha como una cuba, después de haber bailado a Lady Gaga a pleno pulmón y habernos ganado la bronca del vecino de abajo.

Ahora parecía un angelito. Abrazada a uno de mis peluches de ballenas, con la boca abierta, roncando con tanta entrega que resultaba imposible no reírse.

La cubrí con una manta para que no cogiera frío y me quedé mirándola un momento.

Cómo podía pasar de diva pop desatada a criatura adorable en cuestión de minutos era un misterio que solo Sue podía resolver.

Apagué la luz y me fui a mi cuarto. Lo primero que hice, nada más tumbarme en la cama, fue comprobar el móvil.

Tenía varias notificaciones. ¿La más importante? La de Leo.

Me había mandado un mensaje acompañado de una foto suya.

Sin camiseta, luciendo esos abdominales de infarto que nunca me cansaba de recorrer con la lengua como si fueran una tableta de chocolate.

LEO

Te echo de menos. Como sé que tú también, aquí tienes algo con lo que entretenerte hasta mi vuelta. ¿Me mandas una de vuelta?

Negué divertida. ¡Sería descarado! Si pensaba que iba a mandarle una foto en cueros, iba listo.

Hacía dos días que no nos veíamos, porque Leo había viajado hasta Chicago para reunirse con el arquitecto encargado del proyecto del nuevo hotel.

Así que levanté el móvil, me despeiné un poco a propósito, me quité la camiseta y me hice un selfi desde la cama, con las sábanas hasta el pecho y la sonrisa más inocente que pude fingir.

RILEY

Con esto tendrás que conformarte, Moretti.

Su respuesta llegó casi al instante.

LEO

Preciosa, como siempre, pero creo que olvidaste bajar la sábana. ¿Me envías otra?

RILEY

Ni lo sueñes. No pienso convertirme en tu galería privada de porno casero.

LEO

Cuánta maldad. Suerte que tengo grabado en mi mente material sobre ti suficiente para sobrevivir estos días.

RILEY

Pues espero que no se te borren los archivos, que ya sabes lo poco de fiar que es tu memoria.

LEO

Cuando se trata de ti, tengo la memoria más nítida del planeta. Podría dibujarte de arriba abajo con los ojos cerrados… aunque prefiero tenerte delante y usar las manos.

RILEY

Pues para eso tendremos que esperar a que vuelvas de Chicago. ¿Fue bien la reunión con el arquitecto?

Durante unos segundos, la pantalla me mostró que estaba escribiendo. Tres puntitos parpadeando.

Luego, nada. El texto desapareció.

Fruncí el ceño, esperando su respuesta, hasta que el móvil vibró en mi mano.

Una videollamada.

Me mordí el labio, dudando, pero al final deslicé el dedo para aceptar.

Ahí estaba. Leo, tumbado en la cama de su hotel, con el pijama puesto, el pelo revuelto y ese atractivo natural que no se le borraba ni en los momentos más cotidianos.

—¿Una videollamada? Esto es nuevo.

—Pensé que en lugar de responderte por mensaje estaría bien hacerlo mientras te miro a la cara. Quién sabe, a lo mejor con un poco de suerte se acaba resbalando esa sábana —dijo con una sonrisa canalla.

Rodé los ojos, apretando la sábana contra mi pecho.

—En tus sueños, Moretti. Si quieres un show erótico, paga el canal de pago.

—Nah —replicó, acomodándose contra la almohada—. Ese material no me interesa. El único que me sirve es el tuyo, y de preferencia en directo.

Me reí por lo bajo, intentando que no se me notara lo mucho que me afectaban sus palabras.

—Entonces, ¿qué? ¿Cómo fue con el arquitecto?

—Genial, en serio. La presentación fue increíble. El diseño que ha preparado para el hotel es justo lo que buscaba: elegante, innovador… diferente a todo lo que tenemos.

Sus ojos brillaban de entusiasmo incluso a través de la pantalla.

Me encantaba ver ese lado suyo, el que aparecía cuando hablaba de algo que de verdad le apasionaba.

—Me alegro mucho, Leo. Suena a que estás un paso más cerca de lograrlo.

Él asintió.

—Sí, un paso más cerca… aunque no lo suficiente. Hasta que no tenga el dinero del fideicomiso no respiraré tranquilo.

—Unos meses más y será tuyo.

Él me sonrió, y después cambió de tema con naturalidad.

—Oye, ¿no me dijiste que Sue se quedaría a dormir en tu casa por su fiesta de despedida?

—Sí, está roncando en el sofá —contesté, riéndome por lo bajo —. Bebió más margaritas de las que su hígado podía soportar y ahora abraza a uno de mis peluches de ballena como si fuera su tesoro más preciado.

Leo soltó una carcajada ronca, de esas que parecían atravesar la pantalla.

—¿Se iba mañana, no?

—Sip. La acompañaré hasta el aeropuerto. Y luego me tocará asistir al show de la familia Hart, donde me va a tocar aguantar comentarios infravalorando lo que hago e intentando convencerme de que deje las ballenas para dedicarme a algo «más serio».

—¿Y eso?

—Cena familiar. Mi madre ayer me envió un mensaje amenazándome con dejar de invitarme a cualquier reunión si volvía a poner excusas para no asistir.

Él hizo un gesto con el rostro, una mueca entre burla y compasión.

—Lo siento, Ry. Si estuviera allí, te acompañaría.

—Oh, no, de eso nada. Con uno que sufra es suficiente.

Además, para mamá Leo no era precisamente santo de su devoción gracias a su fama. No era necesario que sufriera en carne propia su evidente desprecio.

—Bueno, pero si te hacen sentir mal o lo que sea, te vas. No tienes que quedarte en un sitio donde no te tratan bien. Aunque sea tu familia, no es tolerable.

—Eso haré.

Solté un bostezo y me acomodé mejor en la cama.

—Será mejor que intente dormir.

—Vale —respondió él, con una sonrisa suave—. En pocas horas volveremos a vernos.

Sentí una presión en el pecho cuando me guiñó un ojo desde el otro lado de la pantalla. Decidí ignorarla.

En su lugar, dejé caer la sábana, dejando al descubierto mis pechos.

La forma en que sus ojos se abrieron de par en par me arrancó una risa satisfecha.

—Buenas noches, Leo.

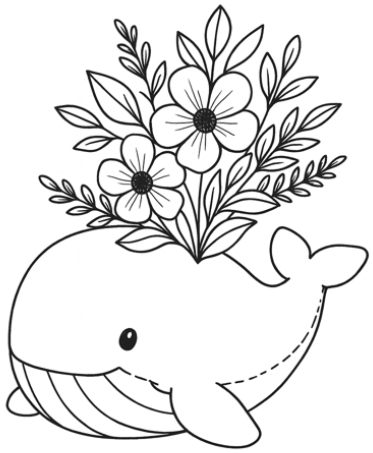
—Buenas noches, Ry… —contestó con la voz ronca, todavía sin apartar la mirada.

Corté la llamada antes de que pudiera añadir nada más, con el corazón latiendo demasiado rápido para alguien que solo acababa de hablar con su mejor amigo.

21

Riley

AUNQUE SEA TU FAMILIA, NO ES TOLERABLE



Aparqué el coche en el parquin del edificio, en la plaza que mis padres me compraron cuando cumplí los dieciocho.

El Maserati GranTurismo de mi hermano me avisó de que él ya había llegado. El hijo pródigo ya estaba allí.

Era fácil ver lo distintas que eran nuestras vidas solo con fijarse en nuestros coches.

El mío era un Toyota Corolla de segunda mano, nada que ver con su deportivo reluciente.

Mientras subía al ático de mis padres en el ascensor, me llegaron ráfagas de recuerdos de mi infancia.

Matt siempre había sido el hijo modelo, el que cumplía con las expectativas de mis padres sin esfuerzo.

Mientras que yo… yo siempre había sido la decepción silenciosa. La que prefería perderse entre libros y ballenas antes que seguir el guion que habían escrito para mí.

El día que les anuncié que iba a inscribirme en biología marina en lugar de derecho, la cara de mi madre se endureció como si acabara de confesar un crimen.

Mi padre apenas levantó la vista del periódico, y con un simple «haz lo que quieras» dejó claro que, para él, aquello era un capricho pasajero.

De hecho, aún pensaban que tarde o temprano se me pasaría la «tontería de las ballenas», volvería a estudiar y acabaría siguiendo el camino que ellos habían planeado para mí.

Por suerte, mi hermano siempre tuvo claro que quería seguir su camino. Y ahora ahí estaba, ganando millones al año en el bufete de papá y mamá.

Respiré hondo. Venía arrastrando cansancio desde la mañana. Después de llevar a Sue al aeropuerto y despedirme de ella, todavía resacosa, con gafas de sol para esconder las ojeras y un humor de perros, lo último que necesitaba era enfrentarme a una cena familiar.

Me arreglé un poco el pelo antes de llamar al timbre. Me abrió la puerta mi madre, impecable como siempre.

—Riley —me saludó, repasándome con la mirada de arriba a abajo—. Al fin has llegado.

Para ella, que yo prefiriera la ropa cómoda a la ropa de firma era casi un sacrilegio. Sus ojos se detuvieron un segundo en mis vaqueros y supe exactamente lo que pensaba antes de que abriera la boca.

—Deberías esmerarte un poco más, cariño, parece que vienes de hacer la compra en lugar de a una cena familiar.

—Hola, mamá, yo también me alegro de verte —repliqué, forzando una sonrisa.

Me hizo pasar al salón, donde ya estaban mi padre y Matt discutiendo algún tema de negocios con el ceño fruncido y la voz grave.

El mundo podría venirse abajo, pero ellos seguirían obsesionados con el bufete y las cifras.

—Hola, papá —saludé, besándole la mejilla.

Apenas levantó la vista del vaso de whisky que sostenía en la mano. Murmuró algo parecido a un «hola» antes de volver a concentrarse en la conversación con mi hermano.

Matt, en cambio, sí me miró. Pero no como quien se alegra de ver a su hermana, sino con esa expresión de superioridad condescendiente que llevaba practicando toda la vida.

La misma que me recordaba que, en esa casa, yo siempre había sido invisible.

Después de aguantar estoicamente en el salón, escuchando conversaciones que no entendía, por fin el personal de servicio anunció que la cena estaba lista.

Nos sentamos a la mesa y, como de costumbre, la charla giró en torno a clientes, juicios y contratos millonarios.

Yo asentía de vez en cuando, fingiendo interés, aunque no pintaba nada en esa conversación.

Hasta que, en un momento dado, mi madre dejó el tenedor sobre el plato y me dirigió toda su atención.

—Y bien, Riley… ¿qué tal va tu trabajo con las ballenas?

El tono, educado en apariencia, escondía la misma carga de siempre: un «ya es hora de dejar esa pérdida de tiempo» disfrazado

de pregunta inocente.

Sabía que en esos casos el minimalismo era mi mejor defensa. Cuantas menos palabras, menos armas les daba para desmontarme.

—Bien —respondí, sin más, y volví la vista al plato.

Mi madre asintió despacio, dejó los cubiertos y dijo.

—El otro día tuve una reunión con el rector de Derecho de Harvard. Le hablé de ti y me aseguró que estaría encantado de aceptarte allí. Cree que aún estás a tiempo de retomar el rumbo y construirte un futuro serio.

El tenedor se me quedó suspendido en el aire. Claro, cómo no. Una cena familiar no era cena familiar hasta que alguien intentaba reescribir mi vida por mí.

—Mamá, no voy a dejar mi trabajo en la universidad. Es mi sueño.

—Un sueño que apenas te permite vivir con dignidad.

—Vivo dignamente, gracias por preocuparte.

Mi madre chasqueó la lengua con desaprobación, como si mi respuesta solo confirmara su teoría.

—Podrías vivir mejor, Riley. Mucho mejor. No entiendo por qué insistes en conformarte con tan poco cuando podrías tenerlo todo.

Mi padre, que hasta entonces apenas había intervenido, dejó el vaso de whisky sobre la mesa y murmuró con voz grave:

—Déjala, Helen, que desperdicie su vida si eso es lo que quiere. Ya nos ha demostrado que nunca seguirá el camino que esperábamos.

El comentario dolió. Creía que estaba inmunizada a su indiferencia, pero era obvio que no.

Igualmente, seguí comiendo en silencio, aguantando las ganas de llorar. Solo tenía que resistir hasta el postre y podría largarme de allí.

Pero entonces, mamá volvió a la carga.

—Hay algo más… —Pensé que volvería a hablarme sobre el trabajo o sobre mi aspecto, pero en lugar de eso, dijo—: ¿Es cierto que estás saliendo con Leo Moretti?

Me quedé congelada, con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca.

Tardé unos segundos en procesar la pregunta, como si mi cerebro se negara a aceptar que realmente había salido de los labios de mi madre.

—¿Cómo lo has sabido? —logré murmurar al fin.

Matt soltó una risita altiva, apoyándose en el respaldo de la silla como si estuviera disfrutando de un espectáculo.

—Lo sabe todo el mundo, Riley. Salió en la prensa hace unos días. En el bufete no se habla de otra cosa: la pequeña de los Hart liada con el millonario vividor de Leo Moretti.

Sabía que había salido una pequeña nota en un periódico, con una foto mía tomada en la fiesta de aniversario de los abuelos de Leo. Pero nunca pensé que la noticia llegaría hasta mis padres, ni mucho menos que se convertiría en tema de conversación en su bufete.

No podía desmentirlo. No podía descubrir a Leo. Así que me limité a apretar la servilleta contra mi regazo, intentando que mis manos no delataran el temblor.

—Bueno, pues… sí, supongo que ahora ya lo sabéis. Estoy con Leo.

Matt se rio con sorna.

—¿En serio, Riley? Leo no se toma en serio sus relaciones, ¿cómo has podido caer tan bajo? Nunca entendí por qué decidiste hacerte amiga de ese tipo, pero de ahí a meterlo en tu cama…

Sentí cómo la sangre me hervía en las venas. Matt siempre había sabido cómo apretar los botones justos para hacerme perder la calma.

—No me gusta para ti, Riley. Ya sabes que Leo nunca ha sido de mi agrado —añadió mi madre—. Hay muchos hombres centrados y comprometidos, ¿por qué elegir a uno que está con una mujer distinta cada semana y que solo sabe salir en los tabloides?

—Agradezco vuestra preocupación, pero con quien yo salga no es de vuestra incumbencia.

—Claro que lo es —replicó mi madre—. Formas parte de esta familia.

—¿Seguro? Porque a veces no lo parece.

Mi madre chasqueó la lengua con fastidio.

—Ya estás haciéndote la víctima como siempre.

—No pierdas el tiempo, mamá —intervino Matt, acomodándose en la silla con suficiencia—. Cuando Leo la deje tirada por otra, cosa que pasará pronto, ella misma se dará cuenta de que teníamos razón.

—Exacto, dejad que salga con ese sinvergüenza hasta que le rompa el corazón —intervino mi padre, con la misma frialdad de siempre—. Seguro que así aprende a no cometer otra estupidez semejante.

En ese momento recordé las palabras de Leo, tan claras como si me las hubiera susurrado al oído allí mismo: «Si te hacen sentir mal o lo que sea, te vas. No tienes que quedarte en un sitio donde no te tratan bien. Aunque sea tu familia, no es tolerable.»

Y entendí que tenía razón.

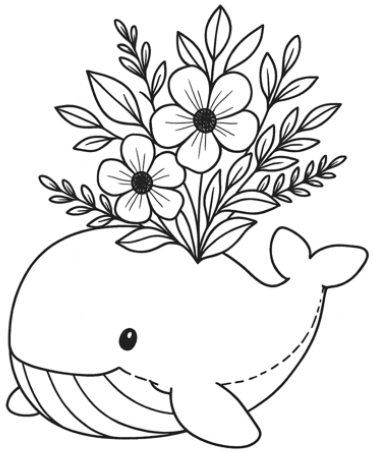
Dejé el tenedor sobre el mantel con calma, me levanté sin decir una palabra y sentí todas las miradas clavadas en mí.

No dije nada. Simplemente me marché, con la cabeza alta, aunque por dentro estuviera temblando.

22

Riley

UNA LECCIÓN INOLVIDABLE



Al día siguiente, después del trabajo, decidí ir a hacer unos largos a la piscina. Seguía bastante afectada por la cena con mis padres la noche anterior.

Mamá me había dejado un mensaje en el buzón de voz, llamándome «desagradecida» por irme de su casa así.

Como si aguantar críticas constantes fuera un regalo que yo tenía la obligación de agradecer.

Me puse el bañador negro de siempre, cogí la toalla y me dirigí hasta la piscina. No había nadie. Perfecto, así la tendría toda para mí.

Elegí uno de los carriles y me zambullí en el agua. Dejé que el frescor me envolviera de golpe.

Me sumergí hasta el fondo, dejando que el agua cubriera mis oídos y me regalara ese silencio tan absoluto que siempre había considerado un refugio.

Allí abajo no existía nada más. Ni la voz de mi madre resonando en mi cabeza, ni la risa condescendiente de mi hermano, ni la mirada fría de mi padre.

Solo agua. Solo calma. Paz.

Hice un par de largos, dejando que el ritmo de mis brazadas y el vaivén del agua borraran poco a poco la tensión acumulada.

Cada vez que llegaba al borde, me impulsaba de nuevo con fuerza. Era como si con cada movimiento pudiera alejarme un poco más de todo lo que me pesaba.

Cuando por fin me detuve en un extremo, apoyé los brazos sobre el bordillo y respiré hondo.

Disfruté de la sensación del agua deslizándose por mi piel.

Cerré los ojos solo un instante, permitiéndome esa tregua.

—Eh, tú… ¿te han dicho alguna vez que te mueves como una ballena jorobada dentro del agua?

Para otros que le llamaran ballena podría ser un insulto, pero, para mí, era todo lo contrario. Y más reconociendo la voz de quién dijo aquello.

Abrí los ojos de golpe.

Leo estaba allí, de pie junto a la piscina, con el pelo algo revuelto, un bañador oscuro y esa sonrisa arrogante que conocía demasiado bien.

—¿Leo? —jadeé, aun recuperando el aliento—. ¿Por qué estás aquí? ¿No volvías de Chicago mañana?

—Volvía, sí —replicó, encogiéndose de hombros con naturalidad —. Pero decidí adelantar el viaje. Tenía ganas de ver a alguien.

No me dejó decir nada más. Se lanzó al agua con un movimiento elegante, provocando una ola que me salpicó entera.

—¡Leo! —protesté, apartándome el pelo mojado de la cara.

Él emergió a mi lado, sacudiendo la cabeza como un perro y riéndose entre dientes.

Sus hombros desnudos brillaban bajo la luz de los focos.

La gota que descendía lenta por su cuello hasta perderse en su pecho me dejó momentáneamente sin aire.

—¿Qué? —preguntó con inocencia fingida, nadando hacia mí hasta acorralarme contra el bordillo—. ¿Es que tú no te alegras de verme? Porque yo a ti sí.

—Claro que me alegro, solo me he sorprendido.

—Te dije que te echaba de menos. Y pude cerrar los detalles del proyecto antes de lo previsto. Así que… —Se encogió de hombros, acercándose un poco más, con esa sonrisa ladeada que me ponía de los nervios— decidí volver antes.

Noté su rodilla rozando la mía bajo el agua.

—¿Y cómo sabías que me encontrarías aquí?

—Pasé por tu casa y no estabas, así que se me ocurrió probar suerte y… bingo. —Alzó una ceja, presumiendo—. Conozco tus rutinas mejor que nadie, Ry.

—¿Debería asustarme? —repliqué, arqueando una ceja.

Leo sonrió, inclinándose lo justo para que su voz rozara mi oído.

—Depende… ¿te asusta que haya alguien que te conozca mejor que tú misma?

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, aunque intenté disimularlo con una sonrisa forzada.

—Más bien me preocupa tu nivel de acoso.

—Oh, nena, yo no soy tu acosador. Soy tu maestro del sexo. Y, como tal, tengo ciertas obligaciones.

Arqueé una ceja, con el corazón latiéndome en la garganta.

—¿Obligaciones como cuáles?

Leo apoyó una mano en el bordillo, encerrándome entre sus brazos, mientras la otra rozaba mi cintura bajo el agua.

—Como asegurarme de que practiques en cualquier contexto. —Su sonrisa se ensanchó, oscura, peligrosa—. Incluso aquí, en la piscina.

—¿Aquí? —jadeé, entre incrédula y nerviosa.

—Ajá. —Sus labios rozaron la comisura de los míos, apenas un suspiro de distancia—. Porque la primera lección fue besar. Y quiero comprobar si lo recuerdas… o si voy a tener que volver a enseñártelo desde cero.

No me dio tiempo a contestar.

De pronto, su boca atrapó la mía con una firmeza arrebatadora. El contacto fue húmedo, profundo, un choque de urgencia y deseo.

Su lengua se abrió paso entre mis labios. Lenta al principio, después más voraz, reclamando cada rincón de mi boca como suyo.

El agua se agitó alrededor de nosotros, creando una sensación aún más irreal. Era como si el mundo entero se hubiera reducido a ese beso.

Yo gemí contra sus labios, temblando al sentir cómo me acorralaba contra el bordillo, incapaz de resistirme.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente: mis piernas se enredaron alrededor de sus caderas, atrayéndolo más hacia mí.

La dureza de su erección, inconfundible incluso bajo el agua, se presionó contra mi centro, arrancándome un jadeo ahogado.

Leo gruñó contra mi boca con un sonido grave que me hizo vibrar entera. Apretó mis caderas con sus manos para sujetarme contra él.

Y me besó con un hambre desmedida, con su lengua dominando la mía, marcando un ritmo que no me dejaba escapatoria.

—Primera lección, más que superada —susurró contra mi boca, con una voz grave que me erizó la piel—. Veamos cómo vas con la segunda.

Antes de que pudiera reaccionar, su mano descendió entre nosotros bajo el agua.

Sus dedos se deslizaron con firmeza hasta colarse bajo la tela de mi bañador, encontrando mi intimidad sin esfuerzo.

Un jadeo ahogado se me escapó cuando me rozó el clítoris con un movimiento lento, preciso, tan inesperado que todo mi cuerpo se arqueó contra el suyo.

—Leo… —murmuré, con la respiración temblorosa, aferrándome a sus hombros.

Sonrió contra mis labios, disfrutando de mi reacción. Y volvió a frotar mi clítoris con la yema de sus dedos, esta vez con un poco más de presión.

El agua se agitaba alrededor, pero lo único que podía sentir era el calor abrasador que despertaba en mi interior.

Leo me guiñó un ojo, y antes de que pudiera procesarlo, desapareció bajo la superficie.

—¿Leo? —alcancé a susurrar, desconcertada.

Entonces lo sentí. Su boca contra mi centro, cálida y húmeda incluso bajo el agua, su lengua trazando círculos lentos y deliciosamente tortuosos sobre mi clítoris.

Un grito ahogado se me escapó, disuelto en un gemido que resonó en el eco de la piscina vacía.

Mis uñas se clavaron en el bordillo para no hundirme mientras mis piernas temblaban, aún enredadas alrededor de sus hombros.

Leo se movía con precisión, como si cada lamida estuviera calculada para volverme loca. El agua no era obstáculo para él; al contrario, parecía su elemento.

Un depredador marino con un objetivo claro: hacerme perder el control.

—Oh, Dios… —jadeé, con la voz temblorosa, incapaz de contenerme—. Leo…

Él mantuvo el ritmo unos segundos más, justo hasta que estuve a punto de estallar.

Y solo entonces emergió frente a mí, con el pelo empapado, el pecho brillante y esa sonrisa arrogante que me desarmaba siempre.

—¿Ves? —susurró con la respiración agitada, acercando sus labios a los míos—. Te dije que incluso aquí podía enseñarte cosas nuevas.

—¡Estás loco! —jadeé, aún temblando—. Podría habernos pillado cualquiera.

—Ajá —sonrió con descaro, rozándome la nariz con la suya—. Y eso es precisamente lo que lo hace más excitante.

Su mano apretó suavemente mi cadera bajo el agua antes de apartarse, dejando que mis piernas resbalaran de sus caderas.

—Aunque… —añadió, con esa voz grave que se me metía bajo la piel—. Creo que para comprobar cómo llevas la tercera lección, mejor salgamos del agua.

Me miró fijamente, con los ojos oscuros brillando de deseo, y me dedicó una sonrisa torcida.

—Si ensucio la piscina de Cameron con fluidos, creo que no me lo perdonaría nunca. Venga, vamos.

Antes de que pudiera replicar, me agarró de la mano con firmeza y tiró de mí hacia el borde.

Salió del agua de un salto ágil, con el cuerpo empapado brillando bajo las luces. Y me ayudó a incorporarme.

El contacto de su mano húmeda en la mía, el calor en su mirada y la forma en que me guio sin soltarme me dejaron sin aliento.

Apenas tuve tiempo de coger mi toalla antes de que me arrastrara por el pasillo hasta los vestuarios masculinos.

Al entrar, el eco y el olor a cloro lo envolvían todo.

Leo abrió una de las taquillas, sacó una mochila negra y cogió un preservativo. Lo guardó en la mano mientras me conducía hasta la zona de las duchas.

Me empujó suavemente contra los azulejos, fríos contra mi espalda, y abrió el grifo. El agua comenzó a caer sobre nosotros en una lluvia caliente que pronto convirtió la escena en vértigo. Puro vértigo.

Me besó con hambre. Su boca reclamó la mía sin tregua mientras sus manos recorrían mi cuerpo por encima del bañador.

Me acariciaba con desesperación, marcando el ritmo de mi respiración. Hasta que con un movimiento rápido, se bajó el bañador y se colocó el condón sin dejar de besarme.

Con la otra mano apartó la tela de mi bañador a un lado y, sin darme tiempo a pensar, me penetró de golpe contra los azulejos.

Un grito ahogado escapó de mi garganta.

—Joder, Ry… —gruñó contra mi cuello, sujetándome por la cadera para marcar el ritmo—. Qué bueno es estar dentro de ti.

Instintivamente, mis piernas se enroscaron alrededor de sus caderas.

Lo obligué a hundirse aún más en mí, a poseerme más profundo.

Empezó a embestirme, rápido, con un ritmo feroz que hacía chocar mi espalda contra la pared a cada movimiento.

El agua de la ducha golpeaba mi piel, resbalando por mi cuerpo y mezclándose con el calor abrasador que me provocaban sus embestidas.

Yo me aferré a sus hombros, jadeando contra su boca, sin poder contener los gemidos que escapaban de mis labios.

Sentía cómo me llenaba entera, cómo cada estocada me llevaba más cerca del límite.

—Más fuerte… —supliqué con la voz entrecortada.

Leo gruñó satisfecho y obedeció, acelerando todavía más el ritmo.

Sus caderas golpeaban contra las mías con fuerza, mientras sus labios atrapaban los míos en un beso húmedo, hambriento, como si quisiera devorarme.

El placer se acumulaba en espirales dentro de mí, cada vez más intenso, más insoportable.

Mis piernas se apretaron con desesperación alrededor de sus caderas, obligándolo a hundirse más hondo.

El agua nos envolvía como un refugio prohibido.

—Córrete para mí, Ry… —ordenó con la voz rota, pegada a mi oído—. Quiero sentir cómo te deshaces conmigo dentro.

Mi cuerpo ya no aguantó más. El placer se acumuló en un punto insoportable hasta estallar de golpe.

Un grito desgarrado salió de mi garganta mientras me corría convulsionando con mi interior apretándose con violencia alrededor de él.

Leo gruñó con fuerza, hundiéndose hasta el fondo.

Su respiración se quebró en mi cuello, y un segundo después lo sentí correrse también, con un gemido gutural que me erizó la piel.

Sus caderas temblaron contra las mías en una última serie de embestidas torpes, desesperadas, antes de quedarse quieto, exhausto, todavía enterrado en mí.

Nos quedamos pegados, jadeando bajo la ducha, con el agua caliente resbalando por nuestros cuerpos entrelazados.

Yo aún temblaba en sus brazos, incapaz de procesar la intensidad del orgasmo.

Él apoyaba la frente en mi hombro, recuperando el aliento.

—Eso… —murmuró al fin, con una sonrisa torcida contra mi piel — es lo que llamo una lección inolvidable.

***

Salí de la ducha con el pelo aún húmedo, la piel enrojecida por el agua caliente y el recuerdo del polvo latiéndome en cada fibra del cuerpo.

Había sido épico. Intenso. Nunca había hecho nada así, nunca me había sentido tan viva ni tan deseada.

Aún sonreía, perdida en esa sensación, cuando me detuve en seco al verlo.

Leo estaba cerca de la puerta de los vestuarios, con dos chicas guapísimas hablando con él. Reían, inclinándose demasiado cerca. Una de ellas le rozó la solapa de la chaqueta con gesto coqueto, y mi estómago se encogió.

No alcancé a oír lo que decían, pero lo vi todo: la manera en que una sacó un bolígrafo, anotó algo en un papel y lo deslizó en el bolsillo de Leo con una sonrisa insinuante.

No hizo falta escuchar nada más.

El eco de las palabras de mi hermano retumbó en mi cabeza: «Cuando Leo la deje tirada por otra, cosa que pasará pronto, ella misma se dará cuenta de que teníamos razón».

Pues claro.

Era obvio.

Lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Y, sin embargo, algo más fuerte me golpeó en el pecho. Una certeza que llevaba demasiado tiempo intentando ignorar.

Ya no veía a Leo solo como mi mejor amigo. Ni siquiera como el maestro que me estaba enseñando a confiar en mi cuerpo.

Leo me gustaba. Como algo más.

No podía seguir mintiéndome.

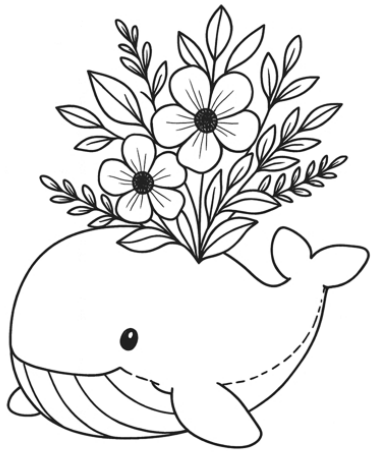
No podía seguir ocultando la verdad.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora con esto?

23

Riley

HECHA PEDAZOS



Le dije a Leo que no podía quedar esa noche, que tenía trabajo de la universidad que terminar, y me marché a casa corriendo. Literalmente.

Corrí los dos kilómetros que separaban mi piso del gimnasio como si la vida me fuera en ello.

¡Leo me gustaba! Mierda, me gustaba de verdad.

¿Cuándo había pasado? ¿Cómo? ¿Por qué?

Cuando llegué a casa, me dejé caer en el suelo de la entrada, con la espalda apoyada en la puerta y el corazón latiendo como un martillo, enloquecido.

Me llevé las manos a la cara, intentando calmar el temblor de mis dedos. No tenía sentido.

Todo lo que habíamos acordado estaba saltando por los aires.

Se suponía que era un experimento. Solo sexo. Un pacto con reglas claras.

Y yo había roto la regla más importante.

Me había enamorado de él.

Me abracé las rodillas y cerré los ojos, con la garganta ardiendo.

Necesitaba cortar esto antes de que fuera demasiado tarde.

Tenía que actuar en consecuencia. Por mucho que la simple idea de dejar lo que teníamos me doliera.

Leo nunca podría corresponder mis sentimientos. No le interesaban las relaciones. Ni los compromisos. Ni el «para siempre».

Y yo lo sabía cuándo propuse hacer aquello. Desde el principio acepté las reglas: sexo sin sentimientos, un experimento con fecha de caducidad.

Pero ahora… ahora era yo la que había roto el pacto.

Me mordí el labio con fuerza, intentando contener las lágrimas que amenazaban con salir. Lo lógico, lo sensato, lo único que podía hacer para protegerme, era terminar con esto antes de que se me fuera aún más de las manos.

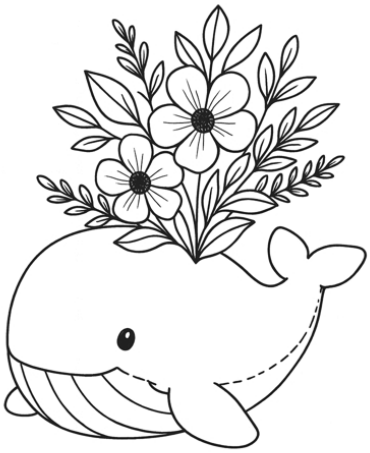
Aunque doliera. Aunque me partiera en dos.

Porque seguir adelante solo podía llevarme a un lugar: ver cómo Leo volvía a su vida de siempre mientras yo me quedaba atrás, hecha pedazos.

24

Leo

FIN DEL EXPERIMENTO



Estaba en mi suite, esperando a que Riley llegara.

El otro día, después de la piscina, salió corriendo como si huyera de mí. Desde entonces no había dejado de preguntarme qué coño pasó.

¿Dije algo que no debía? ¿Hice algo mal?

¿El polvo en las duchas fue demasiado? No lo parecía. Joder, disfrutó cada segundo.

Hoy, por fin, después de insistirle hasta la saciedad, aceptó venir. Ya no me valían más excusas baratas de que tenía que trabajar.

Quería verla. Necesitaba hablar con ella.

Porque yo ya lo tenía claro. Los días en Chicago me sirvieron para ordenar mi cabeza.

No solo la eché de menos. Descubrí que no miré a ninguna otra. Y oportunidades no me faltaron: más de una mujer se me insinuó

con descaro, pero yo ni pestañeé.

Solo pensaba en Riley. En su boca, en su piel, en la forma en que me miraba justo antes de correrse.

Y en algo más.

En la certeza que me golpeó como un puñetazo en el pecho: si iba a apostar por una mujer en mi vida, esa mujer tenía que ser ella.

Me dejé caer en el sofá, hecho un puto manojo de nervios, cosa rara en mí. Nunca me ponía nervioso por una mujer. Nunca. Pero Riley no era «una mujer más». Era ella.

Mi mejor amiga. La única mujer que había sido una constante en mi vida.

Estaba a punto de servirme un whisky para calmarme cuando, por fin, llamaron a la puerta.

Me levanté de un salto y crucé el salón en dos zancadas.

Abrí, y allí estaba Riley.

Pero no era la Riley que esperaba.

No sonreía, no me lanzó una de sus miradas cargadas de ironía, ni siquiera pareció aliviada de verme.

Tenía cara de funeral.

—Pasa —murmuré, apartándome para dejarla entrar.

Lo hizo despacio, como si la suite fuera un lugar hostil.

Ni siquiera me miró. Fue directo a la sala de estar y se dejó caer en el sofá como si tuviera el mundo cargando sobre sus hombros.

La observé en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, sintiendo cómo la rabia me trepaba por dentro.

Esa actitud no me gustaba una mierda.

—¿Vas a seguir evitando mirarme o piensas contarme qué coño te pasa? —solté, cerrando la puerta con un golpe seco.

Ella se tensó, pero levantó la vista, dejando que sus ojos encontraran los míos.

Sentí un vuelco en el estómago.

Esa mirada… esa mirada no auguraba nada bueno.

Me senté a su lado, intentando mantenerme paciente, aunque por dentro me quemaba la sangre.

—Ry, ¿qué ocurre?

Ella apretó los labios, como si buscara las palabras correctas para clavarme una puñalada sin que doliera demasiado.

—Leo… lo he estado pensando mucho estos días, y creo que ya va siendo hora de que terminemos con este experimento. Ha estado bien, me has ayudado mucho, pero no creo que debamos alargarlo más en el tiempo.

Sentí que me arrancaban el aire de golpe.

—Pero pensé que dijimos de seguir así hasta que lo del fideicomiso fuera una realidad.

—No tienes que preocuparte por eso —replicó rápido, como si quisiera tranquilizarme—. Podemos seguir fingiendo una relación de cara a la galería. Lo que quiero terminar son… las lecciones de sexo.

Me quedé mirándola, incrédulo, como si acabara de soltar la mayor gilipollez del mundo.

—Pero ¿por qué? Creí que lo estábamos pasando bien.

Tragó saliva y bajó la mirada hacia sus manos, que descansaban inquietas sobre su regazo.

—Lo hemos pasado muy bien, y me has ayudado mucho. Gracias a ti he ganado seguridad y confianza con mi sexualidad, y eso es algo que nunca podré agradecerte lo suficiente. Pero ahora necesito… ponerlo en práctica con otras personas. Si me acostumbro demasiado a ti, nunca sabré si de verdad he cambiado o si simplemente me funciona contigo.

Un silencio denso se instaló entre los dos.

Sentí cómo la rabia me subía por dentro, ardiendo en las venas.

—¿Me estás diciendo —gruñí, inclinándome hacia ella— que quieres salir a poner en marcha lo que te he enseñado con otros?

—Claro, esa era la idea, ¿no? —respondió con un hilo de voz, aunque me sostuvo la mirada.

Joder. Tenía razón.

Yo lo sabía desde el principio.

Ella quería experiencia, soltarse, dejar de sentirse un fracaso en la cama. Yo acepté ayudarla, aun sabiendo que, tarde o temprano, iba a querer probar con alguien más.

Solo que nunca pensé que esa mierda me dolería así.

Riley buscaba algo en mis ojos, algo que no supe darle. Porque, en ese momento, lo único que me recorría era la rabia.

La rabia de imaginarla con otro, disfrutando de lo que había aprendido conmigo.

—Pues adelante, Ry —escupí, recostándome en el sofá con una sonrisa torcida que me sabía a veneno—. Sal ahí fuera y pon en práctica mis lecciones. Seguro que cualquier tipo hará cola para disfrutar de tu… nueva habilidad adquirida.

Ella frunció el ceño.

—¿Estás molesto?

Solté una carcajada seca, sin pizca de humor.

—¿Molesto? Para nada. —Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia—. Haz lo que quieras, Riley. Total, no eres mía. Solos somos amigos, ¿no?

Riley asintió despacio.

—Sí… claro, solo amigos.

—Espero que tus nuevos amantes aprecien el buen trabajo que he hecho contigo. Y que sepan aprovecharlo. Aunque siento, decir, cielo, que ninguno te va a hacer gemir como yo.

Ella arqueó una ceja, con la mandíbula tensa.

—Tú siempre tan seguro de ti mismo… —replicó, la voz baja, cargada de ironía—. Quizá te sorprenda descubrir que no eres tan insustituible como crees.

Me incliné hacia ella, tan cerca que mis labios rozaron la comisura de los suyos sin llegar a besarla.

—Haz la prueba, Ry. Sal ahí fuera, búscate a otro… y comprueba si es capaz de arrancarte los mismos gemidos que yo.

Ella arqueó una ceja, se levantó despacio y alisó la falda con un gesto altivo.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer.

El calor me subió a la garganta, pero no dejé que se notara. Me recosté en el sofá con una sonrisa arrogante y venenosa.

—Fantástico. —Aplaudí una sola vez, lento, como si celebrara su valentía—. Y cuando lo hagas, me envías un reporte detallado. Así sabré si mi alumna sigue sacando matrícula de honor.

Ella se apartó un poco, con los ojos brillando de furia.

—¿Por qué estás siendo tan estúpido conmigo? ¿Es porque no puedes acostarte con otras para no arruinar lo del fideicomiso? ¿Te molesta no poder usarme como tu muñeca hinchable particular?

Su acusación me golpeó como un puñetazo en el estómago.

La verdad era que no quería usarla, solo no quería compartirla con nadie. La verdad era que la quería para mí. Pero esas palabras no salieron de mi boca.

En su lugar, me incliné hacia atrás con una sonrisa gélida.

—Exacto, Ry. Qué perspicaz eres.

Riley me fulminó con la mirada, con los labios tensos, antes de girarse hacia la puerta.

El portazo que dio al salir resonó por toda la suite.

Y yo me quedé allí, con la sonrisa aún pintada en la boca, aunque por dentro me estuviera desmoronando.

La rabia me ardía en el pecho, mezclada con algo mucho peor: la jodida sensación de vacío.

¿Cómo demonios había acabado la noche así?

Yo quería confesarle mis sentimientos, decirle que quería apostar por lo nuestro, pero, en cambio, había terminado echándola a patadas con frases envenenadas.

La verdad era que la quería.

Joder, la quería más de lo que jamás había querido a nadie.

Pero si ella estaba tan convencida de que necesitaba probar suerte con otros, ¿qué coño podía hacer yo? ¿Encadenarla a mi cama?

No.

Desde el principio ella me dijo que sería algo temporal. Jamás me dio ilusiones de más.

Y, encima, ella estaba convencida de que lo único que quería de ella era sexo. Que la veía como una muñeca hinchable a la que usar hasta aburrirme.

Todo había sido culpa mía.

Había sido yo el imbécil que se creyó capaz de jugar con fuego sin salir ardiendo.

El imbécil que aceptó ser su maestro y terminó, sin quererlo, convencido de que aquello podía convertirse en algo más.

Me recliné en el sofá, con la mirada perdida en el techo.

Yo, Leo Moretti, el tipo que nunca se ataba a nadie, que siempre salía ileso de cualquier juego, había acabado atrapado en el único experimento del que no quería escapar.

Porque la verdad era simple, demoledora, imposible de ignorar:

Yo ya no quería enseñarle nada a Riley.

Ni que practicara sexo con otras.

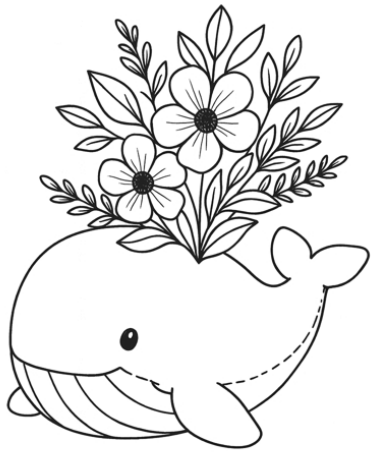
Yo lo que quería era quedármela.

Y justo esa era la única lección que jamás me atrevería a confesarle.

25

Riley

INTOXICACIÓN POR EXPOSICIÓN



Me pasé los siguientes días encerrada en casa, comiendo helado de chocolate directamente del envase y viendo clásicos antiguos para intentar consolarme.

En la universidad había dicho que estaba enferma, y no era del todo mentira, porque así es como me sentía: enferma.

El estómago encogido, la garganta hecha un nudo y el corazón latiendo a un ritmo extraño, como si se hubiera roto y ya no supiera funcionar bien.

Había intentado convencerme de que lo de Leo nunca fue real, que estaba confundida.

Que tanto sexo y tan bueno me había fundido las neuronas, haciéndome creer que había algo más.

Pero, aun así, dolía.

Dolía porque era mi mejor amigo.

Dolía porque había sido cruel conmigo justo cuando yo había intentado sacar fuerzas para terminarlo, por el bien de los dos.

Y dolía también porque no tenía con quién hablar. Era imposible desahogarme con Sue: seguramente estaba navegando en algún lugar remoto, sin cobertura, ni conexión a Internet

Y eso reducía a cero las personas con las que tenía suficiente confianza como para desnudarme por dentro. Porque, si quitaba a Sue y a Leo, no quedaba nadie.

Durante esos días tampoco recibí un solo mensaje de Leo, ni una llamada, ni una maldita señal suya.

No entendía por qué había reaccionado de esa forma, por qué se había puesto tan a la defensiva, tan capullo.

La única explicación posible era esa: que me viera como su única opción de tener sexo mientras no podía acostarse con otras sin poner en riesgo lo del fideicomiso.

¿De verdad eso era yo para él? ¿Un simple desahogo? ¿Un agujero donde meterla en caliente mientras le convenía?

La idea me revolvía el estómago. Y, sin embargo, aunque quisiera odiarlo por ello, lo único que conseguía era echarlo de menos.

Al cabo del quinto día, después de un fin de semana penoso en el que mi higiene y mi salud mental pendían de un hilo, decidí volver a coger las riendas de mi vida.

Me duché, me vestí como una persona decente, y regresé al laboratorio.

A fin de cuentas, si había algo que nunca me fallaba, ese algo eran las ballenas y su canto: constantes, fieles, infinitas.

Me pasé toda la mañana sumergida en los espectrogramas, analizando variaciones de frecuencia, anotando patrones y

dejándome arrullar por esas curvas de sonido.

Por primera vez en varios días, mi respiración se acompasó al ritmo de los cantos de las ballenas y sentí un atisbo de calma.

Al mediodía, cuando fui a la salita de descanso a recalentarme el tupper de pasta fría con salsa de tomate, lo único que había tenido fuerzas de preparar la noche anterior, me encontré a Andrew y su inseparable inhalador sentado en una mesa.

Estaba leyendo, con gesto muy concentrado, un libro sobre ecología de arrecifes coralinos.

Levantó la vista al notar mi presencia y se puso rígido al instante. Desde el fiasco de nuestra cita, no habíamos vuelto a hablar.

El pobre aún no entendía qué había pasado aquella noche: que lo llevara a cenar, le propusiera tener sexo y, justo después, le dijera que mejor lo dejábamos, que había cambiado de opinión.

Su cara de desconcierto todavía me perseguía. Y, siendo honesta, no lo culpaba.

No era justo lo que hice.

Viéndolo en perspectiva, si quitábamos a su inhalador de la ecuación, Andrew tampoco era tan mala opción. Puede que no fuera guapo del todo, pero tampoco era feo.

Tenía algo dulce en los ojos claros, un aire despistado que lo hacía parecer inofensivo.

Y entonces una idea me golpeó de pleno, como si hubiera estado esperando el momento exacto para colarse en mi cabeza.

¿Y si intentaba algo con Andrew?

Puede que lo mío con Leo solo fuera una intoxicación, una sobredosis por haber estado expuesta a él demasiado tiempo.

Quizá solo necesitaba un antídoto.

Algo más sencillo, más normal.

Un hombre que no pusiera mi mundo patas arriba cada vez que me mirara.

Que no me dejara temblando con cada palabra.

Que no me hiciera sentir que estaba al borde del abismo.

Quizá lo que necesitaba era alguien como Andrew: estable, amable, predecible.

Sin darle más vueltas, cuando tuve el tupper caliente entre las manos, decidí sentarme en su mesa, frente a él.

Andrew pareció sorprendido. Y se puso tan nervioso que le resbaló de la boca un trozo de zanahoria cruda que estaba masticando.

Tosió, carraspeó y, rojo como un tomate, se apresuró a taparse la boca con la mano.

—Perdón… —balbuceó, dejando el tenedor a un lado—. No esperaba… bueno, que quisieras sentarte conmigo.

Yo forcé una sonrisa, revolviendo la pasta con el tenedor.

—Había pensado que hoy podríamos almorzar juntos.

Andrew parpadeó varias veces, como si necesitara procesar mis palabras. Luego asintió con tanta rapidez que casi se le cae el inhalador al suelo.

—Claro, sí. Encantado. —Se aclaró la garganta y bajó la mirada al plato, demasiado nervioso para sostenerme los ojos.

El silencio se alargó unos segundos, incómodo, mientras yo masticaba un bocado de pasta demasiado blando y él jugaba con una hoja de lechuga como si fuera un descubrimiento científico.

Decidí romper el hielo.

—¿Qué estabas leyendo antes? —pregunté, señalando el libro que había dejado a un lado.

Andrew decidió aprovechar esa pregunta para hacerme un monólogo interminable sobre arrecifes de coral.

Había tanta pasión en su voz que, por un instante, casi olvidé lo vacía que me sentía por dentro.

Lo dejé hablar un rato más, hasta que me interrumpí a mí misma con una idea que surgió sin pensarlo demasiado.

—Oye… —dije, apoyando el tenedor sobre el tupper—. ¿Te gustaría ir a cenar esta noche? Te debo una cena después de lo que ocurrió la última vez.

Andrew se quedó boquiabierto, con el tenedor en el aire como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿C-cenar? ¿Tú y yo?

—Sí —respondí, con una sonrisa suave—. Si te apetece, claro.

Durante unos segundos pareció que iba a atragantarse. Luego asintió con tanta energía que el mechón pelirrojo de su frente se movió de un lado a otro.

—Claro, claro, encantado.

Sacó el inhalador de su bolsillo y le dio una calada rápida, soltando el aire en un suspiro tembloroso.

Yo escondí una sonrisa detrás del vaso de agua.

Quizá aquello no estaba tan mal. Quizá la calma de Andrew era justo lo que necesitaba para anestesiar el huracán que Leo había dejado en mí.

***

La cena había ido bien.

O bueno, no tan mal como podría haber ido.

Le había pedido disculpas por haberle dejado tirado la última vez y por hacerle aquella proposición para luego retractarme. Pero él no pareció guardarme rencor. Al contrario. Se limitó a sonrojarse y decir que lo entendía.

Durante la cena hablamos de cosas sencillas: su investigación, el último artículo que había leído, un documental sobre arrecifes que me recomendó ver.

Yo asentía, lo escuchaba, y en algún momento incluso me descubrí riéndome de una de sus anécdotas torpes con los tanques de corales.

No era pasión, no era electricidad.

Pero era agradable.

Y después de los últimos días, eso ya era mucho.

Andrew insistió en acompañarme a casa. Yo intenté decirle que no hacía falta, que estaba bien, pero no hubo manera.

Así que terminamos caminando juntos hasta mi edificio, hablando de trivialidades mientras yo me debatía entre la gratitud y la incomodidad.

Una vez en la puerta, nos quedamos en silencio, sin saber muy bien cómo despedirnos.

Él jugueteaba con las llaves del coche en la mano, yo con la cremallera de mi bolso.

Hasta que, de pronto, levantó la vista y preguntó con voz tímida:

—¿Puedo… besarte?

Tragué saliva. Parte de mí quiso decir que no, pero otra parte, la que se negaba a seguir pensando en Leo, me hizo asentir despacio.

Andrew se inclinó hacia mí con cuidado, como si temiera que fuera a romperme, y unió sus labios a los míos. Fue suave, torpe, correcto. Y en cuanto los sentí, supe que algo no encajaba.

El beso no sabía a deseo ni a electricidad. No había calor, ni fuego, ni esa maldita locura que me recorría cada vez que Leo me tocaba. Solo incomodidad.

Y cuando Andrew sacó tímidamente la lengua, dispuesto a profundizar, lo aparté de golpe, como si me quemara.

—Lo siento… —murmuré, con el corazón acelerado—. No puedo.

Él me miró sorprendido, con las mejillas rojas, sin entender qué había hecho mal.

Yo cerré los ojos un instante, con la garganta hecha un nudo.

Porque la verdad era cruel y simple: no era Leo.

Mierda.

No era Leo.

Me despedí con un balbuceo torpe y salí corriendo hacia el portal.

Entré en casa jadeando, como si hubiera corrido una maratón. Me había mentido a mí misma al pensar que podía olvidar a Leo con otro.

No era verdad que lo mío con Leo fuera solo una intoxicación por exposición.

Amaba a Leo…

Me había enamorado de él.

Daba igual lo inapropiado o jodido que fuera, pero había pasado.

Y no iba a desaparecer saliendo con otros, ni fingiendo que podía reemplazarlo con alguien tan correcto como Andrew.

Leo estaba en mi piel, en cada recuerdo, en cada respiración.

En el modo en que me besaba hasta dejarme sin aire, en cómo me hacía sentir viva con un simple roce, en su maldita arrogancia que me sacaba de quicio y, a la vez, me atraía como un imán.

Me tumbé en la cama, con la mirada fija en el techo, incapaz de detener el nudo que me apretaba el pecho.

La almohada aún conservaba su olor, como si el fantasma de Leo se hubiera quedado impregnado en cada rincón de mi vida.

Me cubrí la cara con las manos, frustrada.

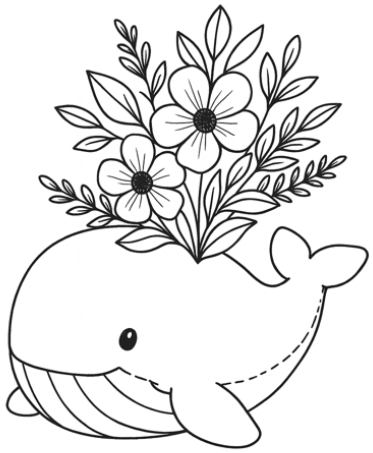
Cuanto más intentaba alejarme de él, más cerca lo sentía. Era como una droga: devastadora, peligrosa… y absolutamente irresistible.

—Te odio, Leo Moretti… —susurré contra la almohada, aunque la verdad era que lo amaba tanto que me dolía.

26

Riley

UNA SALIDA POSIBLE



Al día siguiente, llegué al laboratorio hecha un zombi.

Había sido una noche espantosa, y auguraba muchas noches más como esa.

Ni siquiera el canto de las ballenas, que solía ser mi refugio, consiguió levantarme el ánimo.

Descubrir que lo que sentía por Leo era real, verdadero e intenso fue como una revelación dolorosa, de esas que ya no puedes meter de vuelta en la caja una vez abierta.

A la hora del almuerzo, no me apetecía ver a Andrew después de haberlo dejado plantado otra vez.

La culpa aún me quemaba por dentro.

Así que decidí esconderme en uno de los pequeños despachos que usaban los investigadores de acústica marina cuando necesitaban trabajar en silencio.

Me llevé mi tupper frío y mi portátil, dispuesta a pasar desapercibida.

Entonces, la pantalla de mi móvil parpadeó con una videollamada inesperada.

¡¡Sue!!

Mi corazón dio un vuelco.

Hacía días que no sabía de ella; supuse que por fin habría encontrado una zona con cobertura. Contesté al instante.

—¡Ry! —exclamó Sue en cuanto su cara apareció en la pantalla, con el pelo alborotado por el viento y el chaleco naranja de seguridad sobre la sudadera—. ¡Por fin! Pensé que iba a tener que enviar señales de humo desde cubierta para poder hablar de nuevo contigo.

La sonrisa que me dedicó me atravesó entera.

—Sue… —susurré, con la voz rota—. No sabes cuánto te he echado de menos.

Ella me miró con atención, entornando los ojos.

—Vale, ¿qué demonios pasa? Porque esa cara tuya no es de echarme de menos, es de que el mundo se te ha caído encima.

—Es… Leo… —balbuceé. Y antes de que pudiera siquiera contarle lo que había sucedido, me puse a llorar. Como una loca.

Las lágrimas brotaron a borbotones, descontroladas, y tuve que taparme la cara con una mano mientras con la otra sujetaba el móvil.

—Eh, tranquila, respira. —La voz de Sue se volvió seria al instante, firme, pero dulce—. Estoy aquí, Ry. Cuéntamelo, ¿qué ha pasado?

Negué con la cabeza, sollozando. Las palabras se me atascaban en la garganta, pero la herida era tan grande que no tardaron en salir.

—Lo arruiné todo… —murmuré entre hipidos—. Creí que podía manejarlo, que sería solo un experimento… pero me enamoré de él, Sue. Le puse fin pensando que se me pasaría, pero no, no se me pasa. Al contrario. Lo echo de menos. La he jodido, ¿verdad?

Sue se quedó callada unos segundos, como si estuviera eligiendo con cuidado sus palabras.

Luego suspiró.

—No, Ry. No la has jodido. Lo que pasa es que eres humana. Y los humanos tenemos la fea costumbre de no poder controlar nuestros sentimientos, por mucho que creamos que sí. —Me miró a través de la pantalla con expresión seria, pero llena de cariño—. Lleváis media vida juntos, ¿de verdad pensabas que podías acostarte con él sin sentir nada?

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano, temblando.

—No quería enamorarme…

—Ya, pero lo has hecho. Y no pasa nada.

—Sí qué pasa. Porque Leo se lo tomó fatal cuando decidí acabar con nuestro acuerdo.

Sue chasqueó la lengua y ladeó la cabeza, como si lo viera venir desde kilómetros de distancia.

—Claro que se lo tomó fatal, Ry. ¿Tú sabes lo que significa para él que le digas «se acabó»? Ese hombre no está acostumbrado a que nadie lo deje. Siempre es él quien tiene el control, y tú se lo arrebataste de golpe.

Me mordí el labio, insegura.

—No creo que fuera eso. Creo que le fastidió porque tiene que pasarse unos meses sin salir de fiesta ni acostarse con mujeres para que su abuelo crea que se ha reformado. La idea era seguir durante ese tiempo, supongo que él contaba con tener sexo conmigo como premio de consolación, y cuando yo decidí parar… se enfadó.

Sue abrió mucho los ojos y soltó una carcajada incrédula.

—¿Tú te escuchas, Ry? —negó con la cabeza, con una mezcla de indignación y ternura—. ¿De verdad crees que eres un «premio de consolación»? Si Leo quisiera acostarse con otras, ya lo habría hecho. Encontraría la forma discreta de seguir con sus juergas sin que su abuelo se enterara. Así que no, no es eso. ¿Y si se enfadó por otro motivo?

—¿Qué otro motivo? —pregunté, con la voz rota.

—No lo sé… quizá porque siente algo por ti. Al fin y al cabo es un hombre de carne y hueso, y habéis compartido demasiado como para que todo le dé igual.

Resoplé, cruzándome de brazos.

—Estamos hablando de Leo Moretti, Sue. Don alérgico a los compromisos. El rey del «una noche y adiós». ¿En serio crees que ese hombre es capaz de sentir algo más profundo por mí? Lleva una semana sin hablarme. Si hubiera sido eso, habría movido ficha.

—No sé, Ry…

—Te digo que no es eso —insistí, con brusquedad.

—De acuerdo. —Alzó las manos en señal de rendición, aunque en su cara se notaba que no me creía del todo.

—Es una mierda, porque estoy aquí sola. No tengo nadie con quién hablar y lo único que quiero es desaparecer de la faz de la Tierra.

Sue frunció los labios, pensativa, hasta que de pronto su expresión se iluminó con una chispa de entusiasmo.

—Oye, ¿y si lo haces?

—¿¡Perdón!? —parpadeé, incrédula.

—Sí, desaparecer. Al menos por un tiempo. Justo ayer uno de los investigadores del barco tuvo que volver a su país por un problema familiar y ha quedado un camarote libre. Podrías pedir unas semanas en el trabajo, Ry, y venirte conmigo.

Me quedé muda unos segundos, como si no terminara de procesar lo que acababa de decir.

—¿Irme… al mar? ¿Así, de repente?

—¿Por qué no? —respondió Sue, con los ojos brillando de ilusión —. Te vendría bien. Lejos de Leo, lejos del ruido, rodeada de ballenas, la única cosa que siempre te hace bien. No digo que vayas a encontrar respuestas aquí, pero al menos dejarás de sentir que te ahogas.

Hacía meses que no salía de expedición, así que sabía que no me pondrían pegas en la universidad. Todos los investigadores solíamos marchar a alta mar una o dos veces al año; estaba contemplado, era parte de nuestro trabajo.

Lo que me frenaba no era eso.

Era la huida.

Porque aceptarlo significaba renunciar a Leo del todo.

—No sé, Sue… —susurré, mordiéndome el labio.

—Ry, mírame —me interrumpió, inclinándose hacia la cámara—. Estás hecha polvo. No puedes seguir así, encerrada y llorando. Necesitas un cambio de escenario, aunque sea temporal.

Pasé la mano por mi pelo, enredándome los dedos en los mechones.

Tenía razón. Claro que la tenía.

—En tres días haremos un pequeño parón en Nuuk, Groenlandia, para reabastecernos —añadió Sue, con voz más suave, como si intentara no asustarme—. Podrías coger un vuelo hasta allí. Es fácil, salen desde Reikiavik casi a diario. Yo te espero en el puerto y subes al barco conmigo.

Me mordí el labio aún más fuerte, sintiendo cómo la idea me golpeaba en el pecho. Nuuk. Groenlandia. Un lugar concreto, una salida posible.

—Sue… —mi voz se quebró—. No sé si puedo hacerlo.

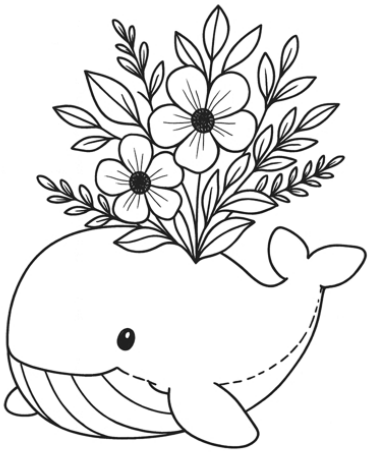
—Claro que puedes. —Sus ojos brillaban en la pantalla, llenos de esa fe que yo ya no tenía en mí misma—. Y yo estaré allí para ayudarte.

Me quedé en silencio, con la respiración entrecortada. Porque, aunque lo negara, ya había tomado una decisión en mi interior.

27

Leo

¿DÓNDE ESTÁ RILEY?



Llegué al reservado del hotel el último.

Allí es donde solíamos vernos todos a menudo, aunque en las últimas semanas había faltado más de lo habitual.

Cuando me vieron entrar, los chicos empezaron a soltar comentarios jocosos.

—Bueno, aquí está Moretti, el desaparecido.

—Tío, llevas una semana sin dar señales de vida. Pensábamos que tendríamos que poner tu foto en una farola.

—O contratar a un detective privado para localizarte.

—Que os jodan —gruñí, dejándome caer en una de las butacas de piel—. No estoy de humor.

—¿Y eso? —preguntó Spencer, con una sonrisa socarrona—. Pensábamos que estabas disfrutando de lo lindo haciendo de maestro del sexo.

Le lancé una mirada asesina por encima del vaso de whisky que un camarero me sirvió nada más sentarme junto al resto.

—Eso se ha acabado.

Hubo un silencio breve, de esos que pesan más que cualquier carcajada. Cameron arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Tan rápido? —dijo, con tono incrédulo—. Viniendo de ti esperaba, no sé, una tesis doctoral sobre el tema.

Spencer soltó una carcajada y le dio un codazo a Julian, que seguía serio.

—Vaya, la alumna desertó antes de graduarse. ¿Qué le hiciste, Moretti? ¿La asustaste con tus métodos intensivos?

—Dejadlo —gruñí, apurando un trago largo de whisky que me quemó la garganta.

Adam levantó la vista de su móvil por primera vez en toda la noche.

—Interesante. Nunca pensé que vería el día en que Leo Moretti fuera el abandonado en lugar del que abandona.

Las carcajadas de Spencer retumbaron por el reservado, mientras yo apretaba el vaso con tanta fuerza que el hielo crujió.

—Cierra la boca, Sinclair.

Adam alzó una ceja, como si mi reacción confirmara lo que acababa de insinuar.

—Tranquilo, era solo una observación.

—Ya está bien —intervino Julian por fin, con la voz grave y seria —. Dejadlo.

El silencio que siguió fue incómodo, como si todos supieran que estaba a punto de saltar.

Spencer rodó los ojos y se reclinó en su silla, pero la sonrisa socarrona no desapareció de su cara.

—Bueno, bueno… —canturreó—. Parece que hemos tocado fibra sensible.

—¿Ha pasado algo con Riley? —preguntó Cameron, que de pronto parecía preocupado.

—Ha pasado lo que tenía que pasar —solté, con un gesto brusco, como si me diera igual—. Ella ha decidido terminar lo nuestro para experimentar con otros.

—Bueno, de eso se trataba, ¿no? —intervino Julian, con calma, aunque su mirada era afilada.

—Al principio, sí. Pero luego… —me quedé callado, incapaz de terminar la frase.

Spencer abrió los ojos con fingida sorpresa y soltó una carcajada.

—No me jodas, Leo… ¿te has pillado por Riley?

El vaso tembló en mi mano, y el hielo chocó contra el cristal.

—Creo que sí. —Tragué saliva, con la voz ronca—. Bueno, no lo creo… lo sé.

—Hostias —murmuró Cameron, recostándose en la butaca con los ojos muy abiertos—. Nunca pensé que llegaría el día en que escucharíamos eso de tu boca.

Spencer silbó bajo, divertido.

—Moretti, el incorregible, atrapado en sus propias redes. Esto es histórico.

—Cállate, Spencer —saltó Julian, con gesto serio—. No es ninguna broma.

Me pasé la mano por la cara, agotado.

—No lo es. Y lo peor es que la he cagado. Ella piensa que solo la quería como entretenimiento, que era mi sustituta mientras no podía follar con otras por culpa del puto fideicomiso. Y estaba tan cabreado que no la saqué de su error.

—Espera —Cameron me miró incrédulo—, ¿me estás diciendo que no le has dicho lo que sientes?

—¿Por qué hacerlo? —bufé, dando un trago largo al whisky—. Ella vino con la firme idea de terminarlo, no tenía sentido rebajarme.

Spencer soltó una carcajada seca.

—Bravo, Moretti. Eres un puto genio: la única mujer que te importa en tu vida y en lugar de confesarle lo que sientes, le das la patada definitiva. Magistral.

Julian apoyó los codos en la mesa y me sostuvo la mirada con seriedad.

—No es rebajarse, Leo. Es ser honesto. Y si de verdad la quieres, dejarla marchar sin luchar por ella… eso sí es rebajarse.

Cameron, que había estado callado, añadió en voz baja:

—Tío, si no mueves el culo ahora, otro lo hará. Y entonces sí la habrás perdido de verdad.

Me quedé quieto unos segundos, con la sangre martilleándome en las sienes. Y de pronto lo decidí.

—A la mierda. Voy a por ella.

Me levanté de golpe, tirando la silla hacia atrás, y salí del reservado sin dar explicaciones.

El trayecto hasta su edificio se me hizo eterno. Cuando llegué, llamé al portero automático, pero nadie respondió.

Miré hacia arriba: el salón estaba oscuro, ni una maldita luz encendida.

—Joder, Ry… —murmuré entre dientes, apretando el timbre otra vez. Nada.

Un vecino salió justo en ese momento y aproveché para colarme dentro. Subí las escaleras de dos en dos, con el corazón acelerado, y golpeé su puerta.

—¡Riley! —llamé, esperando oír sus pasos al otro lado. Silencio.

Volví a insistir. Nada.

Me apoyé contra el marco de la puerta, con la rabia y la desesperación enredándoseme en la garganta.

¿No estaba? Era tarde. ¿Dónde coño se había metido?

***

Me pasé horas frente a su puerta, sentado en el suelo del pasillo, esperando que en cualquier momento apareciera y me abriera. Pero la noche avanzó, y el silencio fue la única respuesta.

Cuando salió el sol, todavía no había pegado ojo. Me levanté con las piernas entumecidas y, sin pensarlo demasiado, conduje directo al laboratorio. Si no estaba en casa, tenía que estar trabajando.

Entré con paso firme, ignorando las miradas curiosas de los becarios que pululaban por allí. Busqué en cada despacho, en cada rincón, pero no había rastro de ella.

—¿Buscas a Riley? —preguntó uno de los asistentes, ajustándose las gafas.

—Sí —gruñí—. ¿Dónde está?

El chico se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa.

—Se fue de expedición. Salió ayer de madrugada rumbo a Nuuk, Groenlandia. Estará varias semanas fuera.

Sentí como si alguien me hubiera soltado un puñetazo directo en el estómago.

—¿Qué? —logré decir, con la voz ronca.

El asistente me miró como si la respuesta fuera obvia.

—Sí… le dieron un camarote libre. Tenía pinta de estar bastante emocionada por irse.

Emocionada.

La palabra me taladró la cabeza.

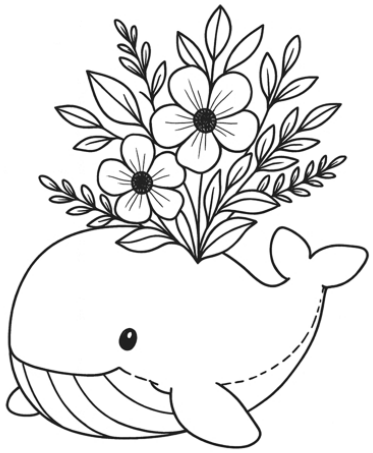
Riley se había marchado.

Y yo había llegado demasiado tarde.

27

Riley

LLÉVAME CONTIGO



El avión descendió entre montañas nevadas y mar helado hasta tocar pista en el pequeño aeropuerto de Nuuk.

Desde la ventanilla pude ver las casitas de colores desperdigadas como fichas de Lego frente al fiordo, un paisaje tan remoto que parecía sacado de otro mundo.

Me ajusté el abrigo mientras esperaba a que se abriera la puerta, con el corazón latiendo más rápido de lo normal.

Hacía horas que había perdido la noción del tiempo, entre escalas y vuelos interminables: Nueva York–Reikiavik, Reikiavik–Nuuk.

Estaba agotada… y, aun así, una extraña excitación me recorría de pies a cabeza.

Mientras bajaba las escaleras hacia la pista, escuché a una de las auxiliares de vuelo comentar con otra, en voz baja:

—Qué raro que haya un jet privado en este aeropuerto. Nuuk no suele recibir ese tipo de tráfico.

—Ya ves —respondió la otra, con curiosidad—. Según nos han dicho, es culpa de un millonario neoyorkino caprichoso que ha decidido plantarse aquí.

Sentí un vuelco en el estómago.

El corazón me bombeó tan rápido que apenas pude respirar.

Un millonario neoyorkino.

Pero no… no podía ser. Era imposible que mis fantasías se materializaran justo aquí, en mitad de Groenlandia. Seguro que era otra persona.

Con las piernas temblorosas, crucé la terminal diminuta y me dirigí hacia la salida, arrastrando mi maleta. El aire helado entró de golpe cuando las puertas automáticas se abrieron.

Y entonces lo vi.

De pie junto a un todoterreno negro, con el abrigo oscuro abierto y las manos en los bolsillos, como si el frío ártico no le afectara lo más mínimo.

El viento revolvía su cabello castaño y sus ojos estaban fijos en mí, tan intensos que sentí que me atravesaban a pesar de la distancia.

Leo.

Leo Moretti.

Allí, en Groenlandia.

Mi corazón se desbocó. Durante un segundo creí que estaba alucinando, que era producto de mi imaginación agotada tras horas de vuelos.

Pero no. Estaba ahí. Real. Vivo. Esperándome.

Mis dedos se aferraron al asa de la maleta, incapaces de soltarla. No podía moverme. No podía respirar.

Y, aun así, lo único que pensé fue que ningún lugar del mundo estaba lo bastante remoto como para huir de él.

—¿De verdad creías que podías escaparte a Groenlandia sin que viniera a buscarte? —su voz grave atravesó el aire helado, cargada de ese descaro tan suyo.

Avanzó unos pasos hacia mí, sin apartar los ojos de los míos.

El contraste entre su arrogancia y la forma en que me miraba, como si hubiera cruzado medio planeta solo por ese instante, me hizo temblar más que el frío polar.

—Leo… —susurré, con la garganta seca—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba decirte algo —respondió sin titubear—, y en tu universidad me dijeron que te habías marchado para una expedición rumbo a Nuuk.

Me quedé helada, incapaz de procesar la idea de que hubiera recorrido tanto solo para encontrarme.

—Estás loco… —murmuré, aunque mi voz carecía de fuerza.

Él dio otro paso hacia mí, hasta quedar tan cerca que podía ver cómo el vapor de su aliento se mezclaba con el mío en el aire gélido.

—Sí, puede que esté loco —admitió, con la mandíbula tensa—. Loco por ti. Siento haberte dejado marchar el otro día sin ser claro contigo. Por supuesto que no te quiero para pasar el rato, Ry. Que lo hayas siquiera pensado, me duele. Eres mi mejor amiga. La única mujer que ha estado siempre ahí. Mi constante. Y me he dado cuenta de que, además de todo eso, eres la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida.

El mundo pareció detenerse.

El murmullo lejano de otros pasajeros, el viento silbando entre los hangares, incluso el frío cortante… todo desapareció.

Solo estábamos él y yo, frente a frente, con esa verdad ardiendo entre nosotros.

Sentí que las lágrimas me nublaban la vista.

—Pero eres Leo Moretti, el que no cree en el amor, el que salta de cama en cama sin repetir jamás.

—Eso fue antes de estar contigo, Ry. —Su voz se quebró, pero no apartó la mirada—. Creo que lo he comprendido. Si era así, es porque no quise ver antes que tú eras la mujer de mi vida. Me conformaba con sexo casual porque ya tenía lo importante contigo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa amarga—. La complicidad. La amistad. Esa parte de mí que nadie más conocía. Solo que fui demasiado imbécil para darme cuenta de que todo eso ya era amor. Solo necesito saber si tu sientes algo por mí. Algo remotamente parecido.

Mis rodillas temblaron, y tuve que sujetarme con más fuerza al asa de la maleta. Su confesión me estaba derrumbando los muros que había levantado con tanto esfuerzo.

—No puedes hacerme esto ahora, Leo. —Mi voz salió quebrada —. Sue me está esperando en el puerto. Zarpamos en unas horas. Estaré fuera durante tres semanas.

Sus ojos se oscurecieron, y en su mandíbula apareció ese tic que conocía demasiado bien, la mezcla de orgullo y desesperación.

—Entonces llévame contigo. —Su voz fue firme, sin titubeos—. Déjame ir contigo, Ry. No me importa dónde sea, ni el frío, ni el barco, ni las malditas ballenas. Lo único que me importa es estar a tu lado.

—¿Irte a alta mar durante semanas? Leo, no es un resort de lujo. Son jornadas interminables, frío, humedad, turnos de madrugada. Tú no estás hecho para eso.

Él dio un paso más, hasta que apenas un soplo de aire nos separaba.

—Estoy hecho para ti. Y si esa es la única forma de no perderte, entonces me subiré a ese barco contigo, aunque tenga que dormir en el suelo del camarote.

—Te vas a arrepentir de esto. —Mi voz salió temblorosa, casi como una súplica.

Él me sujetó por los hombros, con los ojos ardiendo de urgencia.

—Ry, solo respóndeme a la maldita pregunta. ¿Sientes algo por mí? Y si no es así… ¿hay alguna pequeña posibilidad de que lo acabes sintiendo?

Las lágrimas se arremolinaron en mis ojos, empañando su silueta, pero ya no podía contenerme más.

—Pues claro que siento algo por ti. —Mi voz se quebró, rota y firme a la vez—. Estoy enamorada de ti, idiota. Por eso quise acabar con el experimento. Porque había roto la primera regla.

El aire helado se convirtió en nada cuando Leo me atrajo contra su pecho y me besó con una fuerza desesperada, como si hubiera esperado toda la vida para ese instante.

Mis manos se aferraron a su abrigo, y por primera vez en días dejé de sentir el peso en el pecho.

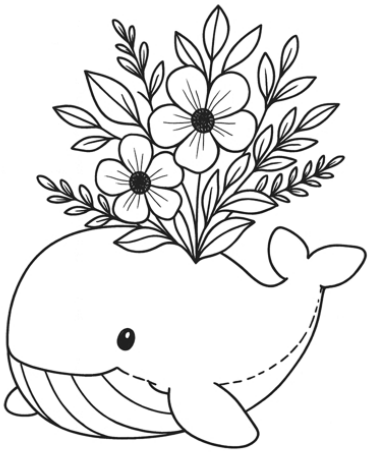
Todo lo demás desapareció: el frío polar, el aeropuerto diminuto, el murmullo de la gente alrededor.

Solo quedábamos nosotros, devorándonos a besos, conscientes de que ya no había vuelta atrás.

Epílogo

Riley

EN CASA



Nos movíamos al ritmo de las olas, haciendo el amor despacio, como todas las mañanas.

Nos habíamos acostumbrado a despertarnos así, entre gemidos, piel contra piel y el mar como testigo.

Leo me sostenía de la cintura, hundiendo la cara en mi cuello, respirando como si yo fuera lo único que lo mantenía con vida.

Y yo me aferraba a él como si temiera que pudiera desvanecerse con la primera brisa.

—Dios, eres perfecta. Jodidamente perfecta, Ry… —murmuró contra mi cuello, con la voz ronca de placer y ternura mezclados.

Me reí entre jadeos, temblando bajo el vaivén lento de su cuerpo.

—Si soy tan perfecta, no pares. Demuéstramelo.

Leo soltó un gruñido bajo, hundiendo aún más los dedos en mi cadera.

—No tienes ni idea de lo que acabas de pedirme… —susurró con esa amenaza cargada de deseo que me erizó la piel—. Voy a demostrártelo hasta que no recuerdes cómo respirar sin mí.

Sus embestidas se hicieron más profundas, más firmes, como si quisiera marcar cada centímetro de mi cuerpo como suyo.

Sentía cómo el calor se expandía desde mi vientre hasta cada fibra de mí, cómo su voz ronca en mi oído me arrastraba cada vez más cerca del borde.

—Leo… —jadeé, arqueándome contra él, perdida.

Me sujetó el rostro con una mano, obligándome a mirarlo mientras seguía moviéndose dentro de mí.

—Mírame, Ry. Quiero verte correrte para mí.

El mundo se volvió un borrón: las olas golpeando el casco, el aire helado colándose por la escotilla, su mirada clavada en la mía.

Y entonces explotamos a la vez, en un orgasmo intenso me recorrió en oleadas, haciéndome temblar bajo su cuerpo mientras mi grito se ahogaba contra su boca.

Leo me besó con hambre, tragándose mis gemidos, sosteniéndome como si yo fuera lo único que importaba.

—Eso es… —murmuró contra mis labios, aun empujando suave para alargar mi placer—. Mi perfecta, preciosa Riley.

Caí rendida en sus brazos, con la respiración desbocada, sabiendo que ese era mi hogar. Incluso en alta mar, me sentía en casa, porque estaba con Leo.

Después de una ducha rápida, y muy rápida, porque el sistema de agua caliente del barco era pésimo y apenas aguantaba unos

minutos antes de volverse helado, pasamos por el comedor y saludamos al resto de la tripulación.

Sue estaba sentada con Haruto, su novio japonés, desayunando gachas y sonriendo como si no existiera el mundo exterior.

Cuando nos vio entrar, me guiñó un ojo con picardía.

—¿Dormisteis algo o seguimos fingiendo que el barco cruje por las olas y no por vosotros?

Me atraganté con mi propia risa, mientras Leo se limitaba a sonreír con esa arrogancia tranquila que le salía tan natural.

No me sorprendía que Sue estuviera tan suelta con sus comentarios.

Desde que Leo apareció en el puerto de Nuuk y se subió al barco, pagando una cantidad obscena de dinero al jefe del proyecto para que lo aceptara a bordo, la tripulación entera lo observaba con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

El multimillonario que nunca había puesto un pie en un barco de investigación ahora compartía duchas heladas, desayunos austeros y camarotes diminutos… Y todo porque se había negado a dejarme marchar sola.

Cogimos un par de termos de café bien caliente y subimos a cubierta.

El viento polar nos golpeó de lleno, cortante, pero el sol brillaba alto, tiñendo de destellos plateados la superficie del mar.

Leo me pasó un brazo por los hombros, atrayéndome contra su costado para protegerme del frío.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —susurró, rozando mis labios con un beso breve—. Que cuando miro este mar infinito, tan majestuoso e increíble, sigo pensando que tú eres lo único que realmente merece la pena.

El corazón se me encogió, lleno de emoción.

—Mírate, Leo —dije con una sonrisa temblorosa—, el hombre arrogante que nunca quería comprometerse, soltando frases cursis a una mujer.

Él arqueó una ceja, con esa media sonrisa.

—A una mujer, no. A mi mujer.

El aire se me quedó atrapado en la garganta. El viento helado me golpeaba el rostro, pero lo único que sentí fue el calor arrollador de sus palabras.

—Leo… —susurré.

Él inclinó la cabeza y me besó con una dulzura inesperada. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si en ese gesto quisiera resumir lo que no necesitaba más palabras.

Y justo entonces, un sonido profundo rompió la calma.

Un chorro de agua se elevó en el aire, seguido por el chapoteo majestuoso de un cuerpo gigantesco.

Nos giramos al unísono, y ahí estaba: una ballena emergiendo con elegancia, el sol reflejándose en su lomo oscuro mientras el agua caía en cascada a su alrededor.

—¡Mírala, mírala! —exclamé con la voz quebrada de emoción—. ¿No es preciosa?

Leo me rodeó con los brazos desde atrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

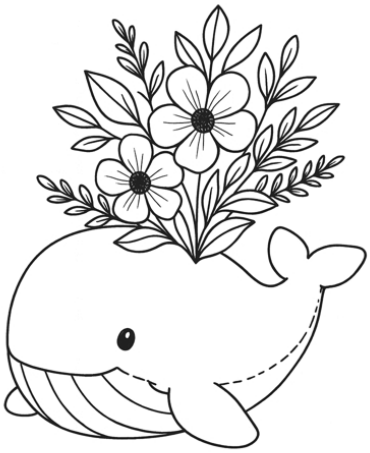
—Sí… —susurró, sin apartar los ojos de mí—. Lo es.

Y mientras la ballena volvía a sumergirse en el océano, supe que aquel momento, congelado entre el mar, el sol y Leo, sería el recuerdo que guardaría para siempre como el principio de nuestra nueva vida juntos.

Extra

Leo

UN SECRETO IMPACTANTE



Era la boda de Julian y Clementine, y hacía dos semanas que habíamos regresado de la expedición por Groenlandia.

Aún sentía el vaivén del mar en la piel y el eco de los cantos de ballenas en la cabeza.

Pero ahora el escenario era completamente distinto: un salón de lujo en pleno Manhattan, música en directo y cientos de invitados vestidos de gala.

Riley estaba a mi lado, deslumbrante en un vestido verde oscuro que resaltaba todas sus curvas. Me costaba verla así, tan elegante, después de tantos días con chaquetas impermeables y botas forradas. Aunque, para ser sincero, me encantaba el contraste.

La ceremonia había sido preciosa. Clementine estaba radiante, con un vestido que parecía hecho para ella, y Julian no le apartó la vista de encima ni un solo segundo.

Ni siquiera cuando el juez habló, ni cuando los aplausos estallaron. Solo tenía ojos para su mujer.

Y, joder, lo entendía, yo tampoco podía apartar mis ojos de Riley.

—Deja de mirarme así —me susurró, sonrojada, mientras apretaba mi mano.

—¿Así cómo? —pregunté, fingiendo inocencia.

—Como si fueras a arrastrarme fuera de aquí en mitad del brindis.

—Tsk… no lo digas muy alto, que me das ideas.

Riley rodó los ojos, divertida, y se excusó para ir al baño.

Yo aproveché para dar un vistazo al salón. Spencer estaba en su salsa, riéndose con una morena despampanante que claramente no se creía ni la mitad de lo que él estaba contando.

Adam, por su parte, estaba apartado con el móvil pegado a la oreja, en esa pose seca y elegante que usaba hasta para mandar al carajo a alguien.

El único que desentonaba era Cameron.

Estaba sentado en un extremo de la mesa, con una copa sin tocar delante y la mirada perdida entre los invitados que bailaban. Llevaba raro desde que llegó, y eso conmigo no colaba.

Me serví una copa y me dejé caer a su lado.

—Vale, Cameron, ¿qué coño te pasa? Llevas toda la noche con cara de funeral.

Cameron alzó la vista, como si lo hubiera pillado en un sitio donde no quería estar. Dudó unos segundos antes de soltarlo.

—Ha pasado algo. Esta mañana recibí una carta certificada.

Fruncí el ceño.

—¿Y?

—Era de Audrey.

Se me atragantó el whisky.

—¿Audrey? ¿Tu ex?

—Sí.

Me incliné hacia él, intrigado.

—¿Y qué coño quería?

Cameron bajó la voz.

—Era una petición de divorcio.

Me quedé a cuadros, sin palabras.

—¿Perdona? ¿De-di-vo…? ¿Me estás diciendo que estabais casados?

Él apartó la copa, incómodo, y murmuró:

—Sí, Leo. Nadie lo sabía… pero Audrey y yo nos casamos hace años. Y ahora quiere el divorcio porque… quiere volver a casarse con otro.

Me quedé mirándolo sin saber qué coño decir.

Joder… y yo que pensaba que en este grupo ya lo habíamos visto todo.

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

Puede que no lo sepas, pero **Amazon valora muchísimo** cada pequeña reseña, cada estrellita que dejas tras leer un libro.
Es como si dijeras: «Esta historia me tocó, y quiero que llegue a más lectoras como yo».

No hace falta que escribas una reseña larga. **Una frase, una emoción, unas estrellitas… todo suma.** Y para una autora como yo, significa el mundo.



¡MUCHAS GRACIAS!

SINOPSIS

MILLONARIO ENCANTADOR

Un matrimonio secreto. Un divorcio pendiente. Y la chispa de un primer amor que nunca se apagó.

Soy Audrey Wells, exnadadora de natación sincronizada. Ahora estoy retirada y a punto de casarme con un hombre influyente, el candidato perfecto para construir un futuro estable.

El problema es que, antes de hacerlo, necesito divorciarme.

Sí, divorciarme. Porque hace años, en un arranque de amor juvenil y promesas eternas, me casé en secreto con Cameron Blake, mi primer amor.

Él era todo lo que necesitaba entonces: apasionado, testarudo, dispuesto a desafiar al mundo conmigo.

Creímos que lo nuestro sería para siempre… hasta que la vida, la distancia y las ambiciones nos separaron.

Ahora solo necesito su firma. Pero Cameron no está dispuesto a dejarme marchar tan fácilmente.

¿El problema?

Que mi exmarido no solo es encantador… también sigue siendo el único capaz de hacerme temblar.

¿Seré capaz de resistirme a lo que nunca dejó de arder entre nosotros?

Lo que encontrarás en esta historia:

✓ Segundas oportunidades con altas dosis de tensión.

✓ Un matrimonio secreto que sale a la luz.

✓ Choques, reproches… y besos que lo incendian todo.

✓ Una heroína que quiere rehacer su vida y un hombre decidido a recuperar lo que perdió.

✓ Un millonario encantador que no está dispuesto a firmar el divorcio tan fácilmente.

MIS NOVELAS

SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN

-Un acuerdo millonario

-Un contrato millonario

-Un deseo millonario

-Un problema millonario

-Un error millonario

-Un sueño millonario

-Un desafío millonario

-Un sabor millonario

Aquí para leer la serie

SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN

-Millonario irresistible

-Millonario arrogante

-Millonario encantador (ya en preventa)

Aquí para leer la serie

¡ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

Una vez más, quiero darte las gracias.

Gracias por dejarte arrastrar por la intensidad de Leo, por sufrir (y sonreír) con las contradicciones de Riley, por perderte en sus noches de fuego y en sus mañanas de dudas.

Gracias por vivir con ellos esa historia que nació de una pregunta tan simple como peligrosa: ¿qué pasa cuando decides poner tu corazón en manos de tu mejor amigo?

Riley fue para mí un personaje muy especial.

Ella es la chica que parece frágil desde fuera, pero que guarda una fuerza que ni ella misma conoce hasta que se atreve a reclamarla.

Representa a todas las mujeres que alguna vez han sentido que no encajaban, pero que al fin se descubren capaces de arder por dentro.

Y Leo… Leo es la tentación hecha carne. El arrogante, el intenso, el que pone las reglas… pero también el hombre que, al abrirse, lo da todo sin miedo a quemarse.

Escribirlo fue un reto y una delicia a partes iguales.

Gracias por acompañarlos.

Gracias por cada mensaje, cada reseña, cada vez que recomiendas esta novela a una amiga.

Gracias por elegir esta historia entre tantos libros y regalarle tu tiempo y tu corazón.

Si al cerrarla te has quedado con un nudo en el estómago, con mariposas revoloteando o con ganas de saber qué pasará después… entonces, misión cumplida.

Con todo mi cariño y gratitud,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

https://www.leilayoon.com/